



UN ROMANCE DE LOS HERMANOS SYN

BAJO SU VIGILANCIA

VICTORIA LIGHT

BAJO SU VIGILANCIA

UNA NOVELA DE LOS HERMANOS SYNN

VICTORIA LIGHT

Derechos de autor © 2024 por Victoria Light

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

[Introducción](#)

[Prefacio](#)

1. [Bautista](#)

2. [Ryan](#)

3. [Bautista](#)

4. [Ryan](#)

5. [Bautista](#)

6. [Ryan](#)

7. [Bautista](#)

8. [Ryan](#)

9. [Bautista](#)

10. [Ryan](#)

11. [Bautista](#)

12. [Ryan](#)

[Epílogo](#)

[Postfacio](#)

[Serie Hermanos Synn](#)

INTRODUCCIÓN

Ryan

Han pasado siete años desde que dejé a Bautista Synn en un polvoriento campo de batalla en Oriente Medio. Él era soldado entonces, y yo era un fotoperiodista asignado a su escuadrón. Ahora estamos atrapados juntos en una selva sudamericana. Necesitaba un guardaespaldas y Bau era la única opción que tenía.

Me niego a enamorarme de él otra vez. Tengo demasiado miedo de lo que podría pasar si me dejo llevar.

Mis padres biológicos no me quisieron. Mis padres adoptivos rechazaron quién soy. A veces es más fácil huir que ser abandonado por los que te importan.

Pero cuando encontramos a un bebé perdido en la selva, sé que mi misión es llevarlo a casa.

Bautista

No esperaba encontrarme con Ryan en la gala.

No esperaba que intentara contratarme.

Y definitivamente no pensé que diría que sí. Pero de ninguna manera lo dejaría ir a uno de los lugares más peligrosos de Sudamérica sin mi protección.

Es solo un trabajo, no me importa un comino el hombre que me rompió el corazón hace siete años.

Pero ahora Ryan no es el único que necesita mi ayuda. Hemos encontrado a un pequeño bebé abandonado en la selva, y si queremos sacarlo con vida, Ryan y yo vamos a tener que trabajar juntos.

Pero eso no significa que tenga que caerme bien. Entonces, ¿por qué demonios aún logra volverme loco?

Si quieres ser el primero en saber cuándo tengo nuevos lanzamientos, puedes suscribirte a [mi lista de correo.](#)

PREFACIO

Gracias por leer el último libro de la serie Brothers Synn. Una nota: esta historia fue traducida del inglés y tiene lugar principalmente en un país de habla hispana en Sudamérica. Por favor, recuerda que todos los personajes, a menos que se indique lo contrario, están hablando en inglés.

BAUTISTA

Para los más adinerados de la ciudad de Lobo, quinientos kilómetros al sur de la frontera de Nuevo México, contar con un equipo de seguridad armado era parte normal de la vida. La mayoría tenía su propio guardia de tiempo completo que actuaba como chófer, vigilante nocturno y guardaespaldas, todo en uno. Era un trabajo peligroso, pero también lucrativo. Cuando un funcionario del gobierno, empresario o cualquier otra persona generalmente respetuosa de la ley con el dinero suficiente necesitaba lo mejor de lo mejor, contrataban a Synn Services. Y por un precio elevado obtenían mis servicios, Bau Synn, el dueño y operador.

El Sr. Cesar Castillo era un hombre que podía permitirse pagar el precio más alto. El viejo magnate de los negocios me había contratado para ayudar a su equipo de seguridad a protegerlo durante una serie de reuniones con grupos que operaban en áreas conectadas con sindicatos criminales locales. Así era como funcionaban las cosas por estos lares. Los negocios del sindicato a menudo se infiltraban en asuntos legítimos, difuminando la línea entre criminales y gente honesta. Incluso los federales —la fuerza policial federal— hacían tratos con las bandas.

Estaba en la etapa final del contrato, el último día antes de que estuviera programado para volar de regreso a Los Ángeles. Había logrado mejorar a los hombres de Castillo y estaba seguro de que los dejaría mucho más capacitados para sus deberes. En este país, era bastante común para mí trabajar con personal de seguridad que eran ex oficiales de la policía federal con falta de entrenamiento, por lo que mis habilidades como Ranger del Ejército eran invaluable. Estos tipos eran todos bastante buenos; habíamos realizado tres escoltas de alto riesgo durante la semana pasada, llevando a Castillo a lugares en la ciudad y el desierto circundante para realizar sus negocios, y todo había salido sin siquiera un aumento en el pulso. Francamente, prefería un poco de acción. Hacía sentir que el cliente estaba obteniendo lo que pagaba.

Condujimos por el centro de Lobo, pasando edificios cubiertos de grafitis y empapelados con carteles de personas desaparecidas, la Ford Expedition blindada rebotando sobre los inevitables baches que plagaban las calles. Yo iba en el asiento del copiloto, mi mirada cambiando constantemente entre las ventanas y los espejos para detectar cualquier actividad inusual. A mi lado, Luis conducía. Castillo iba sentado en la fila del medio con su jefe de seguridad, Héctor, a su derecha. En los asientos detrás de ellos estaban Diego y Rodrigo.

Todos los hombres del equipo de seguridad estaban armados, mientras que el VIP llevaba un chaleco antibalas debajo de su traje Armani. Todos armados... excepto yo. Gracias a una ley recientemente promulgada, no se permitía a los contratistas extranjeros portar armas. Mi única defensa era mi entrenamiento y cualquier habilidad que hubiera logrado inculcar en los hombres de Castillo en el corto tiempo que había estado bajo contrato.

Nos desviamos hacia el sur en el distrito industrial donde Castillo debía reunirse con Torres, el jefe de una planta local de producción de cemento. Cualquier contratista de seguridad que se preciara sabía que esta parte de la ciudad era notoria por la actividad del sindicato.

Adelante estaba nuestro destino. Me incliné hacia adelante para mirar las torres de tuberías retorcidas y las enormes pilas en forma de silo de la fábrica de cemento, tomando notas mentales de los puntos calientes y los peligros potenciales.

Hablé en español rápido:

—Muy bien, chicos. Ojos atentos. Luis se queda en el vehículo; el resto establecemos el perímetro. Tal como lo discutimos. Atentos a los vigías.

—Entendido.

Un vigía era un explorador del sindicato enviado para evaluar una situación antes de enviar hombres armados. Podían ser difíciles de detectar. A veces eran niños dando vueltas en bicicletas.

Luis detuvo el SUV frente a una serie de oficinas móviles y todos salimos, desplegándonos en formación. Toqué mi auricular.

—Prueba.

—Prueba —repitieron el resto de los hombres, alto y claro.

—Parece despejado —dijo Rodrigo.

—Bien, Sr. Castillo —dije—. Vamos.

Él bajó del SUV y me quedé con él, esperando a que apareciera el contacto. Un momento después, un hombre de traje salió de la oficina móvil. Mis manos colgaban sueltas a la altura de la cintura, flotando cerca de donde normalmente habría tenido mi pistola enfundada.

No miento, me sentía jodidamente desnudo sin un arma encima. Era posible pedir prestada un arma al equipo de seguridad, pero las consecuencias legales si nos topábamos con un control federal eran demasiado arriesgadas. Había demasiado dinero en juego para arriesgarme a ser expulsado permanentemente del país, o peor aún, terminar en la cárcel.

Castillo se acercó a Torres y le estrechó la mano. Me quedé a un par de metros y mantuve la cabeza en constante movimiento. Un hombre rico como Castillo sería un objetivo principal para el secuestro y era imposible saber quién estaba trabajando o había sido chantajeado para trabajar con los sindicatos. El resto de los hombres tomaron posiciones en la parte delantera y trasera del SUV, listos para la acción. Me sentía orgulloso de ellos. Sus habilidades habían mejorado mucho desde que llegué. En general, había sido un buen trabajo. No mucha acción, pero el pago era extraordinario.

Mi hermano menor Sylus se estaba poniendo serio con su pareja y presentía que habría campanas

de boda en el horizonte. Con cien mil dólares extra ganados en una semana de trabajo, podría comprarle a mi hermanito un bonito regalo de bodas cuando llegara el momento. Nuestros padres ya no estaban y, como el mayor, me sentía responsable de representar a la familia Synn.

El negocio había estado en auge durante el último año. Synn Services seguía siendo técnicamente una pequeña operación, pero cubríamos un amplio espectro que iba desde servicios de guardaespaldas de riesgo relativamente bajo hasta seguridad contratada en zonas de combate y áreas de alto riesgo como el país en el que me encontraba ahora. Habíamos conseguido una serie de clientes de alto perfil que nos habían abierto las puertas a contratos aún más lucrativos. Hombres como Castillo siempre conocían a otras personas que necesitaban servicios.

Esperé fuera del tráiler mientras Héctor seguía a Castillo cuando este entró con Torres para firmar algunos documentos. Me fijé en un hombre mayor que caminaba a lo largo de la cerca de alambre de púas que marcaba la entrada a la fábrica de cemento. Cruzó más allá de la puerta principal, cojeando. Lo observé hasta que desapareció de vista.

Yo era el último de los hermanos Synn sin pareja. Para sorpresa de todos nosotros y de nuestra querida tía Mercy, quien había inventado el término "Maldición Synn" en referencia a nuestro perpetuo estado de soltería, Virgil se había metido en una relación estable hacía varios meses. Yo había tenido algunas relaciones que nunca duraron mucho durante los últimos dos años desde que dejé los Rangers, y una gran cantidad de aventuras de una noche. Con mi trabajo, no era difícil conocer hombres.

Podía decir exactamente cuándo fue la última vez que amé a un hombre. Señalar ese momento en el tiempo no era un problema para mí porque nunca lo había olvidado incluso después de que desapareciera de mi vida hace siete años, cuando estaba en misión en Irak. Su nombre era Ryan Everton, un fotoperiodista asignado a mi unidad. Pasamos un mes juntos, existiendo codo con codo durante todo ese tiempo a través de cada misión, cada comida y cada minuto prolongado entre ellas. Al principio, nadie en la unidad quería tener mucho que ver con él. Pero en la primera misión en la que nos siguió, pude notar que estaba hecho de una pasta dura. Me sentí atraído por él y decidí encargarme yo mismo de cuidarlo. Luego, un día, simplemente desapareció. Se subió a un transporte de regreso a casa y se fue.

Lo había buscado una vez. No fue difícil encontrarlo; era un fotógrafo bastante conocido con muchos trabajos publicados. Fotos hermosas. Todavía me preguntaba por qué se había ido tan repentinamente así, y si lo que habíamos compartido realmente había significado tanto para él como para mí, lo cual era absolutamente ridículo considerando que nunca volvería a ver al hombre. Yo no era alguien que se quedara enganchado en las cosas, pero por alguna razón no había podido dejar ir esa.

Me enderecé, alerta, despertado por la vista del anciano que volvía por donde había venido. Toqué mi auricular.

—Puerta principal.

—Entendido, lo tenemos a la vista —dijo Diego.

El hombre se arrastraba lentamente, moviéndose sin rumbo de un lado a otro frente a la puerta antes de desaparecer por donde había venido. No me gustaba el aspecto de esto.

Detrás de mí, Castillo y el ejecutivo del cemento reaparecieron de la oficina con Héctor a la zaga. Pareciendo satisfechos con cualquier trato que acababan de hacer, se estrecharon las manos. Héctor me hizo un gesto con la cabeza y abrió la puerta trasera del SUV. Diego y Rodrigo se amontonaron en los asientos traseros. Castillo estrechó la mano del hombre una vez más y entró. Héctor lo siguió, cerrando la puerta tras él, y yo subí al asiento delantero.

Salimos de la fábrica de cemento y nos dirigimos por la carretera deteriorada bordeada de almacenes abandonados en varios estados de deterioro.

—Vehículo —dijo Luis.

Revisé el espejo lateral y vi un coche gris acercándose por detrás a una manzana de distancia. Mi instinto me decía que esto no era una coincidencia.

—¿Señor Castillo? —pregunté—. ¿Hay alguna razón para no confiar en el señor Torres?

—Absolutamente ninguna —respondió sin dudar—. Hemos sido socios durante años. ¿Por qué?

—Nos están siguiendo. Debe ser un intento de secuestro común.

—Oh. Eso es reconfortante.

—Recuéstese, señor. Estaremos bien. —Miré a Luis y asentí. Él pisó el acelerador, empujándonos contra nuestros asientos. El SUV, con su motor personalizado, tenía una cantidad sorprendente de potencia para un vehículo de su tamaño. Rugimos por la carretera y el vehículo perseguidor aumentó la velocidad, pero estaba mal preparado y mal equipado para mantenerse a nuestro ritmo. Entonces apareció un segundo vehículo delante de nosotros, saliendo bruscamente de una calle lateral y cortando nuestra ruta.

Sentí un destello de emoción mientras mi pulso se aceleraba. Excelente. Las cosas finalmente se iban a poner interesantes y no había nada que me gustara más que una pequeña persecución de coches.

—Mantenga la cabeza baja, señor —instruí con calma.

Había un grupo de tres hombres apostados en la caja de la camioneta frente a nosotros, y todos levantaron rifles de asalto de sus regazos y los apuntaron hacia nosotros. Abrieron fuego, las balas explotando contra el vidrio blindado, enviando inofensivas fracturas floreciendo por todo el parabrisas. La camioneta frenó repentinamente, acortando la distancia entre nosotros. Luis giró bruscamente para evitarlos, colocándolos directamente a nuestra derecha. Prácticamente estaba mirando por el cañón del rifle de uno de los hombres mientras lo blandía hacia la ventana, gritándonos que detuviéramos el coche. Se inclinó hacia adelante para intentar agarrar la manija de la puerta. Desabrochándome el cinturón de seguridad, abrí la puerta de golpe, golpeando el

lado de su cabeza en el proceso.

—¡Lo siento, no pude escucharte! —grité en inglés—. ¿Qué dijiste?

El hombre se tambaleó y cayó hacia adelante. Salté de la parte trasera de la camioneta y le arrebaté el rifle de las manos antes de que se cayera por la parte trasera y rodara por el suelo. Los dos hombres restantes me miraron boquiabiertos, olvidando que sostenían rifles.

—Hola —dije, sonriendo.

Levantaron sus armas. Me aparté a un lado y balanceé mi rifle contra el costado del arma de uno de los hombres. Disparó en un arco lateral que alcanzó a su compañero en el pecho, lanzándolo por el costado de la camioneta. Sin dudarlo, golpeé al hombre restante con una fuerte patada lateral, quitándole el rifle de las manos. Voló contra la parte trasera de la cabina, su cabeza golpeando ruidosamente contra el metal. Pateé su rifle fuera de la camioneta, salté al techo de la cabina y bajé de un salto al capó.

Luis aceleró el SUV y se colocó frente a la camioneta. Apunté mi rifle al conductor, quien me miró a través del parabrisas con ojos muy abiertos. Levantó las manos. Diego y Rodrigo abrieron la puerta trasera del SUV, con pistolas desenfundadas y apuntando mientras Luis cerraba la brecha entre los dos vehículos.

—No intenten seguirnos —grité en español al conductor. Él asintió.

Salté del capó a la parte trasera del SUV y lancé el rifle a la calle antes de cerrar la puerta. — Buen trabajo, chicos. Sáquenlos de aquí —dije, limpiándome las manos en los pantalones. Castillo asomó la cabeza por encima del asiento para ver si era seguro.

—Estoy impresionado, señor Synn —me dijo en inglés con acento—. Ahora veo que sus habilidades realmente se extienden más allá del ámbito de la consultoría. Estoy muy contento.

Bueno, cualquiera que acabara de escapar de un potencial secuestro probablemente lo estaría, pensé.

—Señor Castillo, me alegro de que hayamos podido resolver esa situación de manera segura. Pero le recomiendo que sugiera al señor Torres que aumente su seguridad.

Castillo se rio. —Tal vez le pase la información, ¿eh? O podría contratarlo permanentemente. Puedo pagarle bastante.

—Eso es muy generoso de su parte, señor, pero los contratos temporales son todo lo que puedo ofrecer.

—Diga, ¿por qué no se queda un día extra aquí en Lobo? Sabe que la gala de la empresa es mañana por la noche. Asista. Disfrute por una noche en esta ciudad.

—Gracias, señor. Pero tengo un vuelo que tomar de vuelta a Los Ángeles. Además —sonreí—, no estoy equipado para asistir a un evento formal como ese.

—Lo enviaré a casa en un jet privado. Y no se preocupe, le conseguiré ropa. Por favor. Lo que hizo allá atrás fue asombroso. Me salvó la vida. Me dijo que no tiene ningún contrato programado para el próximo mes, así que ¿qué es un día extra? Véalo como una oportunidad para hacer contactos. Habrá muchas personas ricas y famosas allí. Lo presentaré con ellos, ¿eh?

Podía ver que no había forma de discutir con el tipo. Pasar un día más en Lobo no iba a arruinar mis planes; tenía razón, no tenía nada programado por un tiempo. Estaba planeando tomarme las cosas con calma y trabajar en mi proyecto de coche. No era bueno en las fiestas, pero sería una manera fantástica de hacer nuevos contactos y podría experimentar el tratamiento VIP por una vez.

—De acuerdo —dije—. Está bien, me ha convencido.

Pasaría un día más en Lobo y luego regresaría a LA.

RYAN

La ciudad de Lobo se extendía bajo el avión mientras descendíamos. Miré por la ventana, pensando solo en una cosa: ¿cómo demonios iba a tomar mi vuelo de conexión a Los Llanos?

Después de una década haciendo este trabajo, uno pensaría que tendría todas mis bases cubiertas. De alguna manera, había pasado por alto que para entrar al país donde iba a hacer un reportaje sobre la deforestación y, con suerte, fotografiar al gato montés de Los Llanos en peligro crítico de extinción, necesitaba tener un guardaespaldas profesional. Y no cualquier guardaespaldas, tenía que ser un guardaespaldas estadounidense: nuevas enmiendas a la advertencia de viaje de Nivel 4 del Departamento de Estado que se habían implementado recientemente desde la última vez que había venido al país. Pero ya estaba en camino, obviamente sin haber cumplido los requisitos, con una escala de un día en Lobo para una gala donde se exhibiría parte de mi trabajo. Tendría que usar cada minuto sabiamente para salir de esta situación, o de lo contrario volver a Nueva York con las manos vacías y arruinar mi reputación profesional.

Me negaba a fracasar. Como alguien que había salido de la indigencia siendo un adolescente fugitivo para entrar en la NYU y eventualmente tomar fotos en Irak, Afganistán y África Central, este ridículo error era solo un pequeño bache en el camino. Me había sacado de situaciones más difíciles antes.

En el momento en que bajé del avión, comencé a hacer llamadas telefónicas. Mis contactos en National Geographic estaban todos dormidos debido a la diferencia horaria, así que los desperté. Me indicaron la dirección de un hombre que trabajaba en el consulado aquí que podría ayudarme, así que tomé un taxi y me dirigí a la ciudad. Tenía unas horas antes de tener que estar en la gala. Me registré en mi hotel, luego tomé otro taxi hacia el consulado y llevé conmigo mi bolsa de ropa que contenía mi traje. Continué llamando a todos los contactos que se me ocurrían

que pudieran conectarme con un guardaespaldas y obtuve la misma respuesta de varias maneras de todos con los que hablé: no. Aparentemente, conseguir un guardaespaldas estadounidense para que me acompañara en la selva con tan poco tiempo de aviso era casi imposible. Pero no me desanimé. Tenía que haber una manera.

Era ridículo. Sabía que Los Llanos era peligroso, pero no tanto. Con mi experiencia, estaba seguro de que podría arreglármelas solo. Odiaba tener protección asignada; solo lograban interponerse en mi trabajo.

—Puedo ayudarte —me dijo Riley, el contacto en el consulado—. Es con poco tiempo de antelación, pero por el precio adecuado te escoltaré a Los Llanos.

—Bueno, gracias a Dios por eso —dije—. ¿Cuáles son tus tarifas?

Escribió un número en un pedazo de papel y me lo pasó.

Mi cabeza dio vueltas. —¿Qué es esto? ¿Por semana?

—Por día.

—Tienes que estar jodiéndome.

—Oye. Es con un día de aviso. Además, tendría que equiparme cuando llegemos a Los Llanos. La ley aquí prohíbe las armas, así que no tengo mi propio equipo a un día de distancia. La tarifa incluye eso.

No había aire acondicionado. Un ventilador de techo giraba lentamente, empujando aire caliente por la habitación. Me froté la frente, estrujándome el cerebro en busca de una solución. Miré fijamente el exorbitante número en el pedazo de papel. No había forma de que pudiera pagar eso,

no con la minúscula cantidad de fondos que había recibido. Estaba financiando este proyecto principalmente con mi propio dinero, y la mayoría de eso se había ido en costos de viaje.

—Escucha, voy a fotografiar un animal que solo ha sido avistado un puñado de veces. Su hábitat está siendo destrozado para convertirlo en tierra agrícola, y sé que hay múltiples organizaciones que pagarán bien por las imágenes que voy a capturar. Y tu nombre estará asociado con algo histórico e importante. —Saqué mi tarjeta de presentación y la puse sobre la mesa frente a él—. Búscame. Puedo conseguirte el resto de este pago después de la expedición.

Riley me miró como si fuera un idiota por esperar que aceptara esos términos. Honestamente, ni siquiera me importaba el dinero que ganaría con esto, que anticipaba sería significativo. Había autofinanciado operaciones muchas veces antes, saliendo a realizar proyectos en los que muchas publicaciones no creían, hasta que ponían sus ojos en lo que había traído conmigo. Entonces se peleaban por exclusivas. Era ridículo lo consistente que era el ciclo. Uno pensaría que una reputación significaría algo a estas alturas. Estaba perfectamente dispuesto a sacrificar la mayoría del dinero que vendría por esta historia. Necesitaba contarla.

Recogí el papel, lo doblé por la mitad y se lo devolví. —Encontraré a alguien más. —Me levanté de la silla, las patas rechinando contra el suelo polvoriento.

Se rio entre dientes. —Hermano, no vas a poder encontrar a nadie que pueda llevarte a un lugar como Los Llanos a menos que tengas dinero.

—Gracias por el consejo —gruñí—. Lo tendré en cuenta.

Riley se encogió de hombros.

Me di la vuelta para irme, recogiendo mi bolsa de ropa, y miré la hora. Necesitaba estar en la gala. —¿Dónde está el baño en este lugar?

Salí a las polvorientas calles de Lobo vestido con mi traje y pedí un taxi. Hice algunas llamadas más durante el trayecto al auditorio donde se celebraba el evento, sin éxito alguno. Estaba decidido a encontrar una solución a este problema, pero también muy enojado conmigo mismo por haber permitido que esto sucediera en primer lugar. Me consolaba saber que la gala sería una buena oportunidad. Codearse con el tipo de personas que asistían a un evento de César Castillo seguramente me llevaría a alguna pista. Al menos, eso me decía a mí mismo.

Mantenerme enfocado y deshacerme instantáneamente de cualquier sentimiento intrusivo que amenazara con paralizar mi determinación era la única manera de salir adelante. Era mi método probado y verdadero para superar tiempos difíciles, perfeccionado desde que era un niño educado en casa por padres conservadores que se negaban a reconocer la identidad de su hijo.

En aquel entonces, había usado internet para llenar los vacíos. Así fue como aprendí que era normal sentir lo que sentía por otros chicos y que todo lo que mis padres me habían estado diciendo era una completa mentira. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba solo y que si quería vivir mi propia vida tendría que cuidar de mí mismo. Dicen que los hábitos y elecciones que se hacen en la juventud marcan el camino para la edad adulta y el resto de tu vida. Fue mi capacidad para salir de cualquier mala situación que se me presentara lo que hizo posibles mis éxitos.

Estaba seguro de que podría encontrar alguna solución.

El taxi se detuvo frente al lugar, un edificio relativamente nuevo en la zona comercial del centro de Lobo. Algunos de los más ricos de la ciudad definitivamente estaban presentes esta noche, si los vehículos que llegaban al servicio de aparcacoches eran una indicación. Salí de la parte trasera de mi taxi, llevando conmigo mi bolsa para trajes. Sabía que destacaba como un completo desastre. Mi traje estaba arrugado y no había tenido la oportunidad de refrescarme desde que bajé del avión. Me sentía mucho más cómodo estando en el campo con unos vaqueros sucios y una cámara en las manos que socializando con "el dinero".

—¿Puedo ayudarlo, señor? —preguntó el guardia de la puerta, extendiendo su palma para detenerme.

—Sí —respondí en español sin acento—. Puede ayudarme notificando al señor Castillo que uno de sus homenajeados está aquí.

Parpadeó, como si no hubiera esperado que le respondiera en español perfecto. Saqué mi invitación y pasaporte del bolsillo de mi pecho y se los entregué al guardia. Los examinó y asintió, cambiando inmediatamente su actitud.

—Gracias, señor Everton. Lo escoltaré personalmente.

—Muy agradecido. ¿Hay algún lugar donde pueda dejar mi bolsa? Ha sido un día jodidamente largo.

Me llevó a la sala VIP, pasando por la exhibición sobre desastres ecológicos y ambientales en la que se mostraban algunas de mis fotos, y me dijo que el señor Castillo estaba en camino y me dejó a mis anchas. Un asistente me liberó de mi bolsa y me dirigí al bar de autoservicio para servirme un vaso de whisky. Otros VIP deambulaban silenciosamente por la sala. Tomé nota mental de las caras familiares, personas a las que buscaría más tarde en la noche después de que el alcohol hubiera estado fluyendo por un tiempo.

Reconocí a Kathryn Reynoso, una ejecutiva de una compañía petrolera con sede en Argentina. Estaba Mitchell Runion, representante de una importante empresa tecnológica con negocios en Centro y Sudamérica. Roberto Hernández, que trabajaba en la exportación de acero en Brasil. La ironía era que la mayoría de las personas reunidas aquí esta noche provenían de industrias que estaban contribuyendo activamente a los problemas expuestos en la exhibición.

Pero así era las relaciones públicas. Lanzar una campaña publicitaria brillante y sonriente y hacer apariciones y donaciones insignificantes a las causas correctas, y de repente la gente pensaba que estaban del lado correcto de las cosas. Lo jodido era que a veces tipos como yo no teníamos más remedio que quedarnos de brazos cruzados y observar, o de lo contrario perder cualquier oportunidad de dar a conocer la historia.

—¡Señor Everton!

Inmediatamente reconocí el suave acento de César Castillo y me giré, listo para comenzar mi noche de socializar con la alta sociedad.

—Señor Castillo —dije—. Me alegro de verlo de nuevo.

—Y yo a ti, muchacho. Tus fotografías se ven increíbles esta noche. ¿Has tenido la oportunidad de ver la exhibición?

—Acabo de llegar —dije, levantando mi vaso—. Primero me estoy relajando un poco.

—Oh, ¿qué es eso? —Tomó el vaso de mi mano y lo olió—. Ah, esto es un brebaje. Ya sé, ya sé, es la sala VIP. —Tiró el whisky a la basura y puso el vaso en un mostrador—. Ven, tengo el bueno en otra habitación. VVIP. —Se rio. Me encogí de hombros y lo seguí. Realmente no importaba qué tipo de whisky tuviera mientras cumpliera su función.

César me llevó a una habitación diferente que abrió con una tarjeta llave, y nos sirvió a ambos un vaso de whisky.

—Excelente —dije, probándolo.

—Bien. Me alegra que te guste. Ven, me gustaría presentarte a algunas personas. Posibles nuevos clientes para ti, ¿eh? —Me dio una fuerte palmada en el hombro y luego se rio—. Disculpa si parezco estar de buen humor. Tuve un día bastante bueno ayer.

—¿Ah, sí?

—En efecto. Un intento contra mi vida. No es tan inusual, pero siempre es una maldita emoción cuando sucede.

—Mm. Sé a qué te refieres. No hay nada como un roce cercano para recordarte que estás vivo de verdad.

Me palmeó el hombro nuevamente. —¡Exactamente!

Salimos de la habitación y nos dirigimos al área principal de la exposición, donde la multitud crecía en tamaño. Cogí un aperitivo de una bandeja que pasaba y lo devoré. No había comido desde Nueva York.

—Yo he tenido un día bastante tranquilo —dije—. Nadie ha intentado matarme, pero he visto pasar mi vida ante mis ojos un par de veces. Estoy en un pequeño aprieto, señor Castillo.

Le expliqué la situación, preguntándole si conocía a alguien que pudiera ayudarme. Se rio y me dio una palmada en la espalda. César era un hombre bajo, especialmente a mi lado, y tuvo que estirar el brazo para alcanzarme. —Sí, sí. Puedo presentarte a un hombre que tal vez pueda ayudarte. Aún no ha llegado, pero te lo presentaré en cuanto lo haga. Por ahora, ¡disfruta! Es tu noche. ¿Has conocido a los otros artistas? ¡Ven!

Solo me sentí ligeramente tranquilizado. No había forma de que pudiera relajarme completamente con esta situación aún sin resolver, así que me tragué el resto del whisky y cambié el vaso vacío por vino. Castillo me presentó a Jan, Hiroki y Miguel, los otros tres cuyas obras estaban en exhibición. Charlamos y nos mantuvimos juntos para fortalecernos en número cuando los patrocinadores comenzaron a acercarse a nosotros para hablar sobre el trabajo. Castillo se fue, y todo lo que pude hacer fue verlo desaparecer entre la multitud, preguntándome si recordaría lo que me había dicho y si realmente tenía un contacto aquí.

Les pregunté a los tres fotógrafos si conocían alguna pista que pudiera ayudarme, pero sus respuestas no fueron alentadoras. Obviamente estaba en un gran aprieto sin tener fondos

significativos para derrochar. En situaciones como esta, el dinero definitivamente hablaba con la voz más fuerte. La ventaja que tenía era que estaba en una habitación llena de personas admirando mi trabajo y buscando formas de ser caritativas. Aparte de los representantes corporativos, los socialités adinerados eran mi mejor apuesta.

Me separé del grupo para explorar la multitud, esperando encontrar a alguien que conociera, alguien con quien ya pudiera tener una buena relación. Mientras caminaba, me giré para admirar una de las fotografías de Jan: una impresión gigante del tamaño de una pared de un esposo reuniéndose con su esposa después de haber sido separado de ella cuando su pueblo fue arrasado por un deslizamiento de tierra. La pareja se estaba abrazando, con lágrimas de alegría en sus ojos. Era una imagen hermosa, inmaculadamente capturada, y me hice una nota mental para decirle a Jan lo asombrosa que era.

Como estaba distraído por la fotografía y no prestaba atención a dónde caminaba, me encontré chocando con una enorme pared de hombre frente a mí. Rebote en su pecho y trastabillé hacia atrás, casi cayendo. Su mano se disparó y agarró mi muñeca, salvándome pero no a mi copa de vino. Se me escapó de la mano y se hizo añicos en el suelo.

—Ah, mierda —dije—. Lo siento, yo...

Mis palabras se quedaron atascadas en mi garganta cuando me giré y vi quién era el enorme desconocido. No era un desconocido en absoluto. Todos los pensamientos de limpiar el vidrio roto desaparecieron de mi cabeza como una bocanada de humo. No podía creer a quién estaba viendo frente a mí. De repente, mi cabeza se llenó de una cascada de recuerdos como una presentación de diapositivas enloquecida. Mi corazón latía con fuerza. Nunca pensé que lo volvería a ver. Había esperado que no nos volviéramos a ver.

Pude ver que estaba tan sorprendido como yo. No, probablemente más, y por una buena razón que yo conocía.

—¿Bau? —dije en voz baja. Era la primera vez que pronunciaba su nombre desde que había estado con él hace siete años.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó.

Fruncí el ceño. —¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

—Yo pregunté primero.

—Estoy en exhibición aquí.

Bautista Synn ladeó la cabeza y se burló. —Pagaría por ver eso.

—Mi trabajo está en exhibición. —Bajé la voz—. ¿Es por eso que estás aquí?

La pregunta de si había venido aquí por mí cruzó por mi mente, seguida por la pregunta de "¿por qué ahora?". Me había ido de Irak después de terminar mi asignación sin decirle nada al soldado del que me había encontrado enamorándome profundamente. Había huido de él, y durante mucho tiempo me pregunté si vendría a buscarme. Una parte de mí lo había esperado, pero me alegré cuando nunca sucedió. Entonces, después de todos esos años, ¿por qué ahora?

Me miró como si estuviera loco. Parecía que estaba recibiendo esa mirada muy a menudo últimamente.

—No tenía idea de que estarías aquí, Ryan.

Tuve que reconocer la pequeña llama que se había reavivado por un momento dentro de mí antes de que se apagara. Por un breve momento lo sentí todo de nuevo y había esperado que Bau estuviera aquí por mí. Ridículo de mi parte, considerando que yo era el que había huido.

Sonreí. —Claro, una exposición de arte no es realmente lo tuyo. ¿Quién te obligó a estar aquí?

Vestía un esmoquin impecablemente ajustado que acentuaba a la perfección su musculoso cuerpo. Bau era enorme. Yo medía casi un metro ochenta, y me sentía bajo cuando estaba a su lado. Ya era extremadamente fornido cuando lo conocí en aquel entonces, y era evidente que no había dejado de levantar pesas en absoluto. Ahora era incluso más grande, si es que eso era posible. Era extraño verlo tan arreglado. El Bau de mis recuerdos iba vestido de camuflaje y con equipo militar, siempre con un fusil M4 sujeto al pecho, así como yo llevaba mi Canon DSLR colgada al cuello. Parecía que siempre estaba cubierto por una capa de arena, tan fina como el corte de pelo al rape que llevaba entonces. Ahora lo tenía más largo, más elegante y brillante por el producto para el cabello. Tenía que admitir que se veía condenadamente bien... aunque prefería la versión más sucia.

—¡Ah! Veo que ya se conocen —apareció Cesar de alguna parte y se acercó a nosotros—. Lo estaba buscando, señor Synn. Iba a presentarle al señor Everton, cuyas increíbles obras están expuestas esta noche, pero ¿no son ustedes desconocidos?

—No, no somos desconocidos —dije—. Al menos, no del todo. Un momento, ¿Bau es el contacto del que hablabas?

—Así es.

Ah, mierda.

—Oh, excelente —dije, sonriendo—. Gracias, señor Castillo. Realmente aprecio su ayuda.

—Es un placer.

Castillo se marchó, dejándonos solos de nuevo. Bau me miró interrogante.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó.

Suspiré. —Así que ya no estás en los Rangers, ¿eh? ¿Qué eres ahora, un mercenario?

—Seguridad privada —respondió con firmeza, sacando una tarjeta de visita de su bolsillo.

—Servicios Synn —dije, leyendo el texto—. Entonces, ¿eres un mercenario?

—Prefiero seguridad privada. Somos un poco más juiciosos de lo que implica la palabra mercenario.

Le devolví la tarjeta. —¿También ofreces servicios de guardaespaldas?

—Por supuesto. —Hizo una pausa—. No me digas que estás buscando contratar a alguien.

—En realidad... sí.

—¿Y quieres contratarme a mí?

No me entusiasmaba la idea, no porque dudara de que Bau pudiera hacer el trabajo —no tenía duda de que probablemente era el mejor en el negocio—, sino porque no podía soportar la idea de estar cerca de él de nuevo.

—Estoy buscando contratar a alguien —dije.

—De acuerdo, ¿y de qué se trata exactamente este trabajo?

Respiré hondo. —Estoy realizando un proyecto fotográfico. Estoy buscando un felino selvático raro que ha sido en gran parte desplazado por la deforestación en Los Llanos, y necesito...

Bau echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Necesitas un guardaespaldas que te escolte al país. No lo entiendo, Ryan. ¿Por qué buscas un guardaespaldas aquí y no en Estados Unidos? ¿Es aquí donde vives ahora?

—No. Yo, eh... no me di cuenta de que había una restricción de viaje, y tengo programado partir mañana. Lobo era solo una escala.

Su risa se volvió tan fuerte que la gente se giró para ver cuál era el chiste. —¿Estás bromeando, verdad? ¿Qué pasó con el señor Preparado?

—No estoy bromeando —dije—. Necesito llegar a Los Llanos mañana.

—Bueno, te deseo suerte. Eres un tipo ingenioso, seguro que se te ocurre algo. —Luego metió las manos en los bolsillos y se alejó.

—O... Oye, espera. —Lo seguí, sintiendo una punzada inusual de desesperación. Era consciente de que Bau era mi última oportunidad de llegar a Los Llanos. No tenía absolutamente ninguna razón para hacerme ningún favor, después de cómo había terminado las cosas. Pero tenía que encontrar alguna forma de convencerlo.

BAUTISTA

Sí, diría que estaba empezando a arrepentirme de haber aceptado asistir a la fiesta.

En la superficie parecía tranquilo, pero estaba jodidamente conmocionado. Él era la última persona en este planeta con la que esperaba encontrarme. Hablar con él, verlo de nuevo, escuchar su voz por primera vez en siete años; estaba extasiado de verlo y al mismo tiempo quería que desapareciera de mi vista.

Me abrí paso entre la multitud, tratando de aclarar mis ideas. ¿Cómo demonios iba Ryan a aparecer de nuevo en mi vida y pedirme que lo protegiera, actuando como si nunca hubiera pasado nada? Me había roto el corazón. Eso era difícil de admitir para un tipo como yo. Puede que hubiera ocurrido hace casi una década, pero eso no significaba que lo hubiera perdonado.

—¡Espera! ¡Bau, espera!

Me detuve de repente y él chocó contra mi espalda. Me di la vuelta, y él me miró con determinación ardiendo en sus ojos. Recordaba muy bien esa mirada. Había sido débil ante ella. Cuando Ryan llegó a nuestro escuadrón, ninguno de nosotros quería tener mucho que ver con él. No sabíamos cuál era su objetivo y ciertamente no queríamos tratar con alguien que nos retrasara o nos pusiera en peligro extra. Pero no tardamos en darnos cuenta de que Ryan era capaz de cuidar de sí mismo. No era un soldado, pero tenía el espíritu de un guerrero. Fue esa intensidad la que me atrajo hacia él.

—Estoy esperando —dije.

—Sé que no me debes nada. Pero necesito llegar a Los Llanos, y tú eres el único hombre que puede ayudarme. No tienes que hacerlo por mí. Hazlo sabiendo que estarás ayudando a una causa mayor. —Señaló la gran foto de dos personas abrazándose frente a los restos de un edificio—. Estarás ayudando a prevenir más de eso. Y la extinción de un animal increíblemente raro.

—No me dedico a obras de caridad —dije—. Es un mundo terrible, terrible allá afuera, Ryan. Eso nunca va a cambiar.

—Te pagaré —dijo, suplicando—. Por favor, Bau. —Extendió la mano y agarró la mía—. Por favor.

Me liberé de su agarre, aunque mi palma hormigueaba por su contacto. Maldita sea. No podía creerlo. Había repasado este escenario tantas veces: las palabras que tendría para él si alguna vez lo volviera a ver. Cómo desataría el infierno sobre él y le daría una muestra de cómo me había hecho sentir. Pero ahora sentía que todo eso se desvanecía.

Tenía que salir de aquí y alejarme de él.

—Olvídalo. El único Los que veré mañana es Los Ángeles. —Me di la vuelta para irme y Ryan me detuvo de nuevo agarrándome del brazo. Sacó una tarjeta de su bolsillo y la puso en mi palma.

—Por favor, Bau. Si reconsideras, puedes contactarme en este número. Solo tengo una oportunidad de sacar esta historia a la luz. Este cuadrante de bosque está designado para ser talado dentro de un mes. Tengo todas mis cartas en orden excepto esta, y si tengo que volar de vuelta a Nueva York mañana, no habrá manera de que pueda alinear todo de nuevo a tiempo. Puedo reembolsarte cualquier tarifa que me exijas después. Sabes que puedo pagarlo. Así que, por favor.

Metí la tarjeta de visita en el bolsillo del pecho de mi chaqueta. —Lo siento, Ryan. No puedo

ayudarte. —Luego lo dejé allí parado.

Fiel a su promesa sobre el trato VIP, Castillo hizo que una limusina me llevara de vuelta al hotel. Subí a mi habitación y me cambié el traje, que me había hecho a medida ese mismo día, y bajé al bar del vestíbulo. Me pedí una copa y me exilié a una mesa en un rincón donde podía estar a solas con mis pensamientos. Me encontré viajando en el tiempo y los recuerdos que me llevaron al polvo de un desierto iraquí de hace siete años.

—Me llamo Ryan Everton, voy a estar asignado a su escuadrón para tomar fotos de la situación aquí. Solo quiero aclarar las cosas. Estoy aquí trabajando con ustedes, no contra ustedes. Nada de lo que tome los meterá en problemas con nadie que pueda estar buscando ese tipo de cosas. Solo estoy aquí para mostrarle a la gente por qué tipo de mierda están pasando ustedes.

Nadie le había respondido realmente. Todos lo habíamos mirado como si estuviera hablando en árabe. Lo mismo pasaba por nuestras mentes: este tipo mejor que no me mate. Ryan era novato: era su primera asignación en el país después de recibir la autorización de seguridad y convencer a un editor de que tenía la capacidad. Teníamos más o menos la misma edad, pero la diferencia en experiencia era enorme. Yo ya llevaba tres años allí y había visto combate muchas veces. Había pasado por el riguroso entrenamiento de Rangers. Pero lo que a Ryan le faltaba en experiencia práctica, lo compensaba con carácter. Era rápido de reflejos, nunca dudaba bajo presión. Dejó claro desde la primera operación con nosotros que no iba a retrasarnos.

—Everton —le dije mientras viajábamos uno al lado del otro en la parte trasera de un Humvee, aproximadamente una semana después de su llegada—. Quédate cerca de mí. Me aseguraré de que no te pase nada. Me aseguraré de que consigas todo lo que necesites.

Me miró, sorprendido. Era la primera vez que alguno de nosotros se dirigía realmente a él.

—Gracias, Sargento. —Luego añadió con una sonrisa—: Espero que este sea el comienzo de una hermosa relación.

Después de eso, él y yo pasamos mucho tiempo juntos. Se quedaba a mi lado para hacerme preguntas sobre la vida en los Rangers, sobre los chicos de mi unidad y sobre mí. Le conté sobre mis hermanos y mi familia unida, sobre cómo me había criado en un rancho al norte, a una hora más o menos de Los Ángeles, en el centro de California. Él siempre se mantuvo bastante evasivo sobre su pasado, manteniendo el enfoque en mí. Mi intuición me decía que era gay, pero no sabía si él podía notar que yo me sentía atraído por él.

No había lugar para el coqueteo abierto donde estábamos, solo un sentimiento que había seguido creciendo dentro de mí, alimentado por pequeñas cosas: una cierta forma en que me miraba, un toque que parecía durar un poco más de lo normal. Estaba solo una noche, fumando un cigarrillo y mirando las estrellas, cuando Ryan salió y se unió a mí. Nos sentamos en la arena y observamos destellos de fuego de armas muy lejos en el oeste, una escaramuza a la que seríamos enviados al día siguiente. Entonces Ryan se abrió conmigo sobre sí mismo. Se había convertido en fotógrafo para contar las historias de personas sin la capacidad de contar las suyas propias, y con suerte hacer algo bueno en el mundo. Recuerdo lo conmovido que me sentí. Me había unido al ejército con una vaga noción de querer hacer cosas buenas, pero principalmente era porque simplemente pensaba que era genial. Mi respeto y atracción por él crecieron más allá de lo imaginable.

Podía recordarlo con tanta claridad. Había extendido la mano y tocado la suya. Era como si mi cuerpo hubiera actuado por sí solo; ni siquiera estaba pensando. Luego sus dedos se deslizaron entre los míos. Luego nos estábamos besando. Solo duró unos momentos antes de que nos controláramos. No podíamos ser atrapados haciendo algo así, no donde estábamos. Pero esa noche realmente fue el comienzo de algo hermoso. Nunca había sentido nada igual antes.

Los recuerdos se desvanecieron y me devolvieron al bar del hotel. Di un sorbo a mi bebida y me recosté en mi silla con un suspiro. Así de repente, Ryan estaba de vuelta en mi vida. Odiaba estar reviviendo mis sentimientos por él. Nada de esa mierda importaba ya. Todo era parte del pasado. Pero maldita sea, el hecho de que necesitara mi ayuda realmente me había confundido.

No necesitas ayudarlo, me dije a mí mismo. No le debes nada.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué la tarjeta de presentación que tenía dentro,

sosteniéndola entre el pulgar y el índice y girándola una y otra vez. Luego vacié el resto de mi vaso y saqué mi teléfono móvil.

—¿Hola? —La voz de Ryan, incluso a través del teléfono, todavía lograba hacer que mi corazón latiera un poco más rápido. Era una locura que alguien aún pudiera tener ese tipo de poder sobre mí después de tantos años. Había dejado de desearlo hace mucho tiempo, pero no podía simplemente ignorar esa historia que habíamos compartido, incluso si había terminado como lo había hecho.

—Soy Bau —dije.

—¡Bau! Espera un segundo. Déjame salir a donde pueda oírte. —Escuché el ruido del evento de fondo, luego el sonido de una puerta cerrándose y finalmente, silencio—. Disculpa por eso.

—Realmente no debería estar haciendo esta mierda —refunfuñé—. Cubre los gastos necesarios y te escoltaré al país y verificaré todos los documentos necesarios para que puedas entrar. Luego, fletaré un avión para que me lleve de vuelta a la mañana siguiente. Puedo proporcionarte contactos si necesitas un guardaespaldas en el país, pero algo me dice que no será necesario para ti.

—Gracias —dijo, con alivio audible en su voz—. No sabes cuánto te debo, Bau. Te prometo que te compensaré con tu tarifa completa después de que venda el proyecto, y cualquier otra cosa que necesites además.

Había una cosa que se me ocurría que quería de él: respuestas.

Ryan me encontró en el aeropuerto de Lobo a la mañana siguiente. Llegó vestido con una camiseta sencilla y unos vaqueros desgastados, con una gran bolsa de lona colgada sobre su hombro. Sus ojos estaban ocultos detrás de unas gafas de aviador de espejo. Extendió su mano cuando se acercó a mí y compartimos un apretón de manos incómodo. Era obvio que ninguno de

los dos sabía cómo actuar alrededor del otro ya.

—Te ves bien —anunció Ryan—. Quiero decir, te ves saludable. Te has estado cuidando bien.

¿Me veo saludable? No pude contener una risita. —Gracias. Tú también te ves bien. Vamos, nuestro avión está esperando.

No tenía mucho equipaje, solo una pequeña maleta de mano con algunos cambios de ropa, mi documentación y equipo básico como un teléfono satelital. Todo el equipo principal que había traído para el contrato de Castillo lo había organizado para que lo enviaran de vuelta a Los Ángeles. Nuestro vuelo era un pequeño avión bimotor que parecía que sus mejores días habían quedado décadas atrás, y seguimos la fila de pasajeros por la pista y subimos las escaleras para abordar. El interior estaba tan jodido como el exterior, con asientos manchados y paneles en el techo que estaban agrietados y abiertos, exponiendo el cableado debajo. El aire olía como si alguien hubiera disfrutado recientemente de un cigarro barato.

—Oh, esto será divertido —dijo Ryan, agachando la cabeza bajo el marco de la puerta—. Pero no puede ser peor que el vuelo al Campamento Basrah. ¿Te acuerdas de eso?

—Mierda —dije con una risa. Nuestro escuadrón había volado en un antiguo C-130 que había estado en peligro real de desarmarse en la pista rocosa de Basrah. Me sorprendió que Ryan hubiera mencionado eso. ¿Qué más recordaba?

Un recuerdo cruzó mi mente como iluminado por una bengala: tenía a Ryan contra la pared exterior del comedor de Basora, en un rincón oscuro oculto por varios tanques de agua grandes. Su camisa estaba abierta, su pecho expuesto a mis labios. Sus dedos se entrelazaron con la cadena de mi placa de identificación, y la usó para acercarme más. Recordé la sensación de su polla contra mi palma mientras metía la mano dentro de sus pantalones. Recordé el sonido de su gemido contenido en mi oído.

Maldición. Sentí un inesperado pulso de excitación entre mis piernas y rápidamente aparté el

recuerdo. Encontramos nuestros asientos. Ryan tenía una pequeña cámara tipo telémetro y me tomó una foto.

—Eh, eh —dije—. No sabía que iba a aparecer en esta historia.

Sonrió ligeramente y tomó otra foto antes de guardar la cámara. El avión se sacudió violentamente cuando los motores cobraron vida, y me incliné sobre Ryan, que estaba sentado junto a la ventana, para mirar afuera y asegurarme de que las hélices no se hubieran caído.

—Debería haberle preguntado a Castillo si su servicio de jet privado incluye países con un nivel 4 de advertencia de viaje —dije, con voz apenas audible sobre el gemido de los motores. Había tanto traqueteo que parecía que nada estaba correctamente atornillado. Ryan metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña petaca plateada. Tomó un trago y me la pasó.

El avión logró despegar, aunque por un momento consideré salir corriendo para darle un empujón o al menos sacar el brazo por la ventana para añadir algo de sustentación extra. Lobo se hizo cada vez más pequeño en la vista a través de la ventana empañada hasta que estuvimos por encima de las nubes.

Los Llanos era un país que había estado plagado de disturbios civiles y actividad criminal durante décadas. Era un lugar peligroso, pero no necesariamente más que el lugar que acabábamos de dejar atrás, especialmente para hombres experimentados. Sabía que Ryan era capaz y tenía mucha experiencia en lugares mucho más duros, pero me preguntaba cómo planeaba moverse.

—Entonces, ¿qué es este gato? —dije, alzando la voz para hacerme oír sobre el ruido de los motores.

—¿Qué? —gritó Ryan.

—Este gato del que vas a tomar una foto. ¿Qué tiene de especial?

Sacó su teléfono móvil y mostró una foto en blanco y negro granulada de un pequeño gato manchado en posición de alerta, con los ojos brillantes por el flash. —Este es el gato de la selva de Los Llanos. Esta foto fue tomada en 1993 por un leñador. Es la mejor foto que existe de este animal. —Deslizó la pantalla y mostró una antigua pintura del mismo gato. Era gris con manchas marrón oscuro y ojos amarillos brillantes—. Y esta es una ilustración que se hizo en el siglo XIX, la única representación en color del animal. Ha habido informes recientes de avistamientos, así que sé que aún no se ha extinguido, pero nadie ha podido entrar y verlo.

—¿Cuándo empezaste a hacer fotografía de vida silvestre? —pregunté.

—La deforestación de la selva de Los Llanos es responsable de múltiples deslizamientos de tierra en las últimas tres décadas que han matado a miles de personas. La misma situación está ocurriendo en innumerables lugares de todo el continente y del mundo. La gente está tan saturada estos días que cuando ven una historia así, la olvidan al instante. —Tocó su teléfono—. Este pequeño gato está a punto de perder su existencia. Es la mascota simbólica perfecta para crear conciencia sobre lo que está pasando en Los Llanos y en otros lugares. La gente lo recordará. ¿Sabes por qué? —Apagó el teléfono y lo guardó en su bolsillo.

—¿Por qué?

—Porque es lindo.

—Deberías tener más fe en la gente —dije.

Se rio. —¿Tú la tienes? Sé que viste mucho más en Irak de lo que yo vi jamás. No hay mucho en mi experiencia de vida que me dé mucha fe en la gente.

—Yo tengo mucha fe en la gente.

Me miró, con recuerdos brillando en sus ojos grises. —Sabes, Bau, nunca entendí tu positividad, aunque la admiraba.

—Puedes ver a una niña que se está muriendo de hambre por tonterías que están más allá de su control. Pero también puedes ver cómo ofrece la mitad de su barra de chocolate sin pensarlo dos veces. Y hay hombres como tú, que se preocupan y están haciendo lo que pueden para marcar la diferencia.

Ryan se volvió para mirar por la ventana. Su mano descansaba en el reposabrazos, y sentí el impulso de tomarla entre las mías. Recordé esta intensidad. En aquel entonces, había encendido este deseo de protegerlo. Podía sentir que tenía dolor dentro de él, y había querido quitárselo. Siempre había tenido un instinto protector gracias a crecer con dos hermanos menores que me admiraban. Pero con Ryan había sido algo completamente más allá de lo que estaba acostumbrado, y ese sentimiento volvía a mí ahora. Había olvidado cómo se sentía. Nadie más con quien hubiera estado me había hecho sentir así, y había estado con muchos hombres desde Ryan.

No hablamos mucho durante el resto del vuelo. Reflexioné sobre la situación en la que me encontraba: había accedido a ir lo suficientemente lejos como para asegurarme de que Ryan entrara al país con éxito. Ahora me encontraba preguntándome si realmente sería capaz de simplemente dejarlo atrás.

RYAN

Desde que tenía memoria, había sido sensible a las injusticias del mundo.

Empezó cuando era niño, cuando me enteré de que las personas a las que llamaba mamá y papá no eran mis padres biológicos; que me habían dado en adopción siendo un bebé. Continuó cuando me di cuenta de que los chicos me atraían mucho más que las chicas, y descubrí que muy pocas personas, incluidos mis padres, estaban dispuestas a aceptar eso de mí. Solo se profundizó a medida que aprendía más sobre el mundo. Pero no quería darle la espalda. Quería marcar la diferencia, hacer lo que pudiera con mis talentos dados por Dios para ayudar a las personas que habían sido abandonadas por la esperanza.

Tal vez eso fue lo que realmente me atrajo de Bau, y por lo que me había sentido tan atraído por él en aquel entonces. Él no tenía ideales elevados y pretenciosos como los míos, actuaba porque proteger a los demás era su instinto natural. Admiraba su fuerza, su espíritu y su sentido del honor, y rápidamente me encontré enamorándome de él. Convertirnos en amantes se sintió increíblemente correcto. Nunca antes había sentido ese tipo de magnetismo, como si no hubiera duda de que iba a suceder.

Y fue debido a esos sentimientos abrumadores que había necesitado irme. Bueno, fue más bien como si hubiera huido.

Cuando pienso en cómo me sentía en ese entonces, incluso ahora todavía me da miedo. Y ahora que él había vuelto a mi vida, no sabía qué hacer. Una parte de mí se sentía aliviada de que se iría mañana, y otra parte esperaba...

No tenía idea de qué estaba esperando.

Pasamos dos horas en una oficina de inmigración y aduanas, donde un oficial inspeccionó mi equipo fotográfico y nos interrogó. A través de la ventana, vislumbré una vista de la bulliciosa ciudad de Puerto Tame, que se encuentra a ochenta kilómetros al este del bosque. Guardias armados con ametralladoras patrullaban afuera, y las calles estaban atascadas con un ruidoso tráfico. Cuando el oficial se negó rotundamente a creer que Bau era un contratista estadounidense, a pesar de su pasaporte estadounidense y su documentación, rápidamente captamos la idea y le untamos la mano. Siempre asignaba fondos para sobornos. Inmediatamente nos concedieron los sellos y el acceso.

Llamé a Gianna McNamara, una antigua colega que era enlace en Los Llanos. Había vivido en el país durante aproximadamente un año y había pasado varios años antes haciendo tanto investigación como trabajo de ayuda en toda la región. Llegó una hora después en un Jeep destartado, sonriéndome ampliamente mientras bajaba de la cabina abierta.

—Joder, Ryan Everton. Me alegro de que lo hayas logrado —me estrechó la mano—. Disculpas de nuevo por las dificultades. No tenía idea de que eso fuera algo ahora.

—Está bien —dije, feliz de verla de nuevo. Habían pasado unos buenos cinco años desde que nos conocimos durante un proyecto aquí en Los Llanos—. Eso es culpa mía. Debería haber tenido toda la logística bien atada.

—¿Dónde encontraste a este? —preguntó, y se volvió hacia Bau—. Hola. Soy Gianna McNamara.

—Un placer —dijo él, estrechándole la mano—. Bautista Synn.

—¿Synn? —Sonrió, y sus ojos se encontraron con los míos por una fracción de segundo con una mirada muy conocedora—. Me gusta tu apellido. Bien, suban, muchachos. Salgamos de aquí de una puta vez. Bautista, ¿no tienes más equipaje? ¿Nada de equipo?

De repente recordé que Gianna sabía sobre Bau, porque le había contado toda la maldita historia en aquel entonces.

—No planeaba quedarme mucho tiempo —dijo él, subiendo a la parte trasera del Jeep—. Solo estoy contratado por un día. Solo accedí a darle a Ryan una forma de entrar al país.

Gianna y yo nos subimos al frente y ella encendió el motor.

—Debería haber adivinado que no querías tener un guardaespaldas cerca, Ryan.

Me agarré del agarradero del techo mientras el Jeep rebotaba sobre el asfalto irregular, Gianna serpenteando salvajemente entre otros vehículos. Si había alguna regla de tráfico aquí en Puerto Tame, estaba más allá de mi comprensión. La ciudad era un conjunto de coloridos bungalows de varios pisos con techos de teja y metal corrugado, ocasionalmente puntuados por un rascacielos o un edificio histórico de la era gótica. Rodeando la ciudad había altos acantilados cubiertos de espesa selva. Tomamos la autopista de salida y los edificios se volvieron más escasos hasta que cruzamos acres de tierras de cultivo que alguna vez habían sido ocupadas por praderas naturales. La autopista se estrechó y se convirtió en una carretera regular, y pronto llegamos a un campamento lleno de tiendas de socorro. Una fila de personas cargando pertenencias a sus espaldas avanzaba por la carretera, entrando en el pueblo.

—Todos vienen del bosque —dijo Gianna—. Tuvimos algunas lluvias torrenciales importantes el otro día que arrasaron con todo un pueblo agrícola. Podrías encontrarte con lo que queda de él, Ryan, cuando estés buscando a ese gato tuyo.

Observamos cómo la solemne caravana de refugiados desaparecía detrás de nosotros. Toda la escena era un recordatorio de para qué había venido aquí, y fortaleció mi resolución. Podía ver a Bau en el espejo retrovisor mirando por encima del hombro hacia el campamento. Sentí que mi pecho se apretaba mientras una inesperada sensación de anhelo me invadía. Estaba recordando lo que hacía de Bautista Synn un gran hombre, y cómo yo era completamente inmerecedor de su generosidad.

Gianna vivía en un pequeño pueblo enclavado en la base de una exuberante montaña. Su casa se encontraba en las afueras, un pequeño edificio de dos habitaciones con techo de tejas de barro sombreado por árboles de mango y caucho. Un SUV Isuzu estaba estacionado en el frente y ella se detuvo junto a él.

—¿Ese es el mío? —pregunté. Le había pedido que reuniera equipo y suministros para mi viaje a la selva, incluido un vehículo.

—Esa es la tuya —confirmó—. La conseguí por un precio excelente y la arreglé toda para ti.

Nos recibieron dos perros callejeros amistosos del vecindario a los que Gianna llamaba "Perro Uno" y "Perro Dos". Bau se agachó y de inmediato fue derribado por los entusiastas cachorros. Les rascó las orejas alegremente, riendo mientras le lamían la cara.

—Hay muchos perros callejeros por aquí —dijo Gianna—. Estos dos reciben muchas sobras de los vecinos. Los dejaría entrar si no fuera por las pulgas.

Gianna tenía todo el equipo que había solicitado desplegado y organizado sobre el piso de baldosas rojas de la sala: un saco de dormir, una tienda con mosquitero, equipo de cocina, teléfono satelital y navegación, botiquín de primeros auxilios, comida, agua y otros elementos esenciales. Traje mi equipo fotográfico y revisé mi lista, asegurándome de que todo estuviera en orden. A través de la ventana podía ver a Bau afuera, aún jugando con los dos perros callejeros.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Gianna, sentándose en el suelo a mi lado. Se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió con un encendedor Zippo, girando la cabeza para exhalar el humo lejos de mí—. Ha pasado tiempo desde que hablamos, pero ¿no es Bautista Synn el nombre de tu amante soldado?

—Lo es —dije. Mantuve mi atención en el equipo, sin querer dejar que mis emociones se

notaran.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Están juntos de nuevo?

Me reí.

—No, absolutamente no. Es solo una loca coincidencia. No tenía idea de que estaría aquí. Pero gracias a Dios que lo estaba. De lo contrario, habría estado jodido.

Podía sentir los ojos de Gianna quemándome un agujero en el costado de la cara. Por el rabillo del ojo, vi la brasa de su cigarrillo brillar con su inhalación.

—Estabas muy enganchado con ese tipo, lo recuerdo. Quedaste muy afectado por esa experiencia.

—Lo estaba —dije—. Eso es cierto.

—¿Estás bien?

—Definitivamente. Oye, ¿me falta un táser?

—Sí, sobre eso... Sé que eres consciente de los peligros presentes en esas junglas, pero me pregunto si los estás subestimando. No te haría daño tener un guardaespaldas, ¿sabes? Tal vez puedas convencerlo de que se quede.

—Dudo que eso sea posible —dije, añadiendo rápidamente—, incluso si quisiera que se quedara. Solo sería incómodo. Todavía me guarda rencor.

—Aceptó volar hasta aquí solo para ayudarte. Eso no suena a rencor para mí, Ryan. —Extendió la mano para agarrar una taza de café de una mesa cercana y golpeó la ceniza de su cigarrillo en el borde—. En fin. No quiero meterme en tus asuntos. Sé que sabes lo que haces. Pero creo que sería mejor si llevaras una de estas en su lugar. —Sacó una pistola enfundada y me la ofreció.

—Aprecio el gesto —dije, colocándola en el suelo con mi equipo—. Es mejor estar preparado.

Asintió, dio una última calada y dejó caer el cigarrillo en la taza donde se apagó con un siseo.

—Entonces... ¿Todavía sientes algo por él?

Abrí un mapa topográfico del bosque y lo extendí en el suelo.

—¿No habías dicho que no te ibas a meter en mis asuntos? —Había marcado el mapa con la ruta que planeaba tomar para encontrar al felino de la jungla, basándome en mi investigación y viajes previos que había hecho a la región.

Gianna sonrió, sacando otro cigarrillo y poniéndolo detrás de su oreja. Se levantó y fue a la cocina, colocando la taza junto al fregadero y sacando una botella de aguardiente, el licor local, del armario.

—Lo siento. Ya sabes que los que tenemos una carrera haciendo preguntas no podemos evitar ser un poco entrometidos. ¿Quieres un poco de esto?

—Estoy bien —dije—. Mi estómago no puede con esa mierda.

No sabía cómo responder a su pregunta. Bau seguía siendo tan atractivo como lo había sido entonces, por las mismas razones. Verlo de nuevo había traído tantos recuerdos, cargados de sentimientos que habían sido empujados al fondo de mi mente hasta casi olvidarlos por

completo. Pero eso era todo lo que era: viejos recuerdos. No significaba que realmente todavía sintiera algo por él, ¿verdad? Estaba a punto de responderle cuando Bau volvió a entrar en la casa. Los dos perros se quedaron en la puerta trasera, moviendo la cola furiosamente.

—Perros lindos —dijo, sonriendo—. Me recuerdan a los perros que conocí en Irak. Muchos callejeros. Tantos que desearía haber podido traer de vuelta a casa conmigo.

—Oye —dijo Gianna—, si estás buscando adoptar, hay muchos perros por aquí. ¿Quieres un trago?

—Claro —dijo él.

Llevé mis mapas a la mesa de la cocina para continuar revisando mis planes. Después de tomarse un trago de aguardiente, Gianna se unió a mí para repasar los planes, que ella había ayudado a formular. Colocó una hoja de plástico transparente sobre el mapa y comenzó a dibujar en ella con un marcador de borrado en húmedo.

—Bien, sé que estabas pensando en tomar este antiguo camino maderero hacia la jungla, pero ya no creo que sea una idea tan sabia. —Rodeó con un círculo otra carretera a varios kilómetros al este—. Esta carretera es mucho menos directa, pero es más segura.

—¿Por qué? —pregunté. Bau se acercó y miró por encima de mi hombro el mapa.

—El desprendimiento de tierra cruzó justo por el camino viejo. Eso es uno. Dos, es que he oído informes de bandidos y actividad criminal en esa zona. Los narcotraficantes están aprovechando la disrupción y enviando a sus hombres por esa ruta.

Me froté la frente, haciendo un cálculo rápido. —Mierda. Eso podría significar añadir otra semana a la expedición con la distancia adicional.

Ella asintió. —Sí. No dudo de tu capacidad para navegar por zonas difíciles, pero es algo a tener en cuenta.

—¿No hay otra manera? ¿Qué tal atravesar la selva?

—Demasiado peligroso, lo sabes.

—Mierda. No tengo mucha elección. Voy a tener que arriesgarme.

—Espera —dijo Bau, sonando sorprendido—. ¿Vas a arriesgarte? ¿Sabiendo que es una zona caliente?

—La otra opción requeriría recursos que no tengo. De todos modos, tengo mucha experiencia. Haré lo que tenga que hacer.

Gianna asintió para sí misma. Ya sabía lo que iba a elegir. Bau, sin embargo, obviamente no estaba contento con mi decisión.

—¿No tienes al menos una escolta? ¿Un guía?

—He estado por estas partes varias veces, Bau. Sé cómo navegar por esta zona.

—Es cierto —dijo Gianna—. Yo ayudé a planificarlo, pero Ryan tiene suficiente experiencia y conocimiento para calificar como su propio guía. —Sacó el cigarrillo de detrás de su oreja y lo encendió.

Doblé el mapa. —En fin. Gianna, ¿has oído alguna información recientemente sobre mi pequeño gatito de la selva? ¿Algún avistamiento?

Ella negó con la cabeza. —Me temo que no. Todo ha estado en el aire debido al desprendimiento de tierra. La buena noticia es que la operación de tala fue temporalmente detenida. Pero con todo lo demás que está pasando, tienes trabajo por delante.

—Bueno, así es como me gusta —dije—. Cuanto más difícil, mejor.

Gianna sonrió con picardía, y me di cuenta de lo que acababa de decir. Estaba a punto de defenderme de la inminente pulla cuando Bau habló y me interrumpió.

—Realmente necesitas un guardaespaldas para esta expedición.

—No tengo uno. Estaré bien.

Entonces me miró a los ojos y dijo: —Ahora tienes uno. No voy a volver a Los Ángeles.

BAUTISTA

Después de enterarme de los detalles de la expedición, ¿cómo coño iba a dejarlo? Sabía que era capaz de cuidarse solo, pero en ese momento, nada podría haberme hecho cambiar de opinión. No podía simplemente dejarlo, sabiendo que nadie iba a cubrirle las espaldas.

Al principio protestó, diciendo que ya había hecho suficiente para ayudarlo, pero no tardó mucho en estar de acuerdo. No era estúpido; sabía que tenerme allí solo iba a facilitarle las cosas.

—No puedo pagarte nada ahora.

—Ya pensaremos en las finanzas después —saqué mi teléfono móvil y marqué a mi hermano Sylus, que estaba a cargo de las operaciones de la empresa.

—Bau —contestó.

—Hola, hermano. Necesito que inicies una orden de trabajo. Estoy extendiendo mi operación en Los Llanos.

—Me lo imaginaba. ¿Tiempo de misión?

—Una semana, mínimo.

—¿Paquete?

—Lo que se pueda reunir en menos de un día. Apunta a una Clase 2. chaleco antibalas. Omite los explosivos.

—Entendido —dijo Syllus—. Me pondré en contacto con mis conocidos y veré qué pueden hacer por ti.

—Gracias. Entrega en las coordenadas GPS actuales.

—Afirmativo. ¿Algo más?

—Sí. ¿Cómo están tú y Chris?

Se rio. —Estamos bien, tío.

—¿Ya le has propuesto matrimonio?

—Todavía no... No he encontrado el momento adecuado. Chris ha estado ocupadísimo con su nuevo álbum y no quiero interrumpir su concentración, ¿sabes?

—Solo tienes que hacerlo, hermano. Has estado esperando un buen tiempo.

—No te preocupes. Lo sabrás cuando suceda.

—Entendido. Buena suerte.

—Ten cuidado por allá —dijo, y colgó la llamada.

Un paquete de equipamiento Clase 2 era similar a mi equipo de Ranger y consistía en un arma corta, un rifle de asalto con mira óptica, armadura y munición extra. Con tan poco tiempo de aviso, un ensamblaje remoto de equipo de buena calidad no sería fácil, pero Synn Services estaba bien conectada y podía pedir favores a muchas personas diferentes. Los viejos contactos de las Fuerzas Especiales de la Marina de Sylus serían especialmente útiles para encontrar una manera de conseguirme lo que necesitaba de manera oportuna, pero no me di cuenta de lo eficientes que serían. Una hora después de hacer la llamada, escuché el sonido de un helicóptero acercándose a la casa. Los tres salimos para ver un helicóptero militar de Los Llanos descendiendo lentamente hacia el campo abierto cercano. Me apresuré a saludar al soldado que bajó de la puerta lateral del helicóptero, agachando la cabeza mientras cruzaba bajo los rotores.

—Debes tener amigos en lugares muy altos, amigo —gritó el hombre en español. Me entregó una larga funda de rifle mientras dos soldados sacaban una caja de envío de considerable tamaño. Pronto estaban de nuevo en el aire, desapareciendo hacia el horizonte. El sonido del helicóptero se desvaneció, dejando solo el ruido de los perros ladrando en la distancia.

Gianna y Ryan me ayudaron a llevar todo de vuelta a la casa. Dentro encontré todo lo que necesitaba, todo de especificación militar y de excelente calidad. Un fusil M4 con mira holográfica, una pistola de fabricación local que era estándar para el ejército de Los Llanos, dos chalecos tácticos blindados, varios cargadores de repuesto para ambos y varios cientos de rondas de munición.

—Vale —dijo Ryan—. Tu empresa no es una operación tan pequeña como pensaba.

—¿Impresionado? —pregunté, y él respondió con una leve sonrisa.

Después de que Gianna se fuera a la cama, me senté a la mesa del comedor e hice una inspección completa del equipo. Ryan se sentó frente a mí y estudió su mapa. No dije nada, concentrado en mi tarea y sin querer molestarlo, aunque sí quería hablar con él. Ryan fue quien rompió el silencio.

—Bau —dijo sin levantar la vista del mapa—. Mira, eh, gracias. Solo quería hacerte saber cuánto aprecio lo que has hecho. Va mucho más allá de lo que merezco de ti.

—No te preocupes —dije, con mil preguntas en la punta de la lengua. No fui capaz de hacerlas—. No podría vivir conmigo mismo si te pasara algo.

Ahora me miró. No aparté mi atención de lo que estaba haciendo, fingiendo no notar su mirada. Me pregunté si iba a decir algo, si tenía algo que quería preguntarme... pero guardó silencio.

¿Por qué mi corazón latía tan rápido?

¿Cómo demonios este hombre tenía este poder sobre mí después de todo este maldito tiempo?

Deslicé el cerrojo de vuelta en el receptor superior y cerré el rifle de golpe para rearmarlo, completando mi inspección al tirar hacia atrás de la manija de carga y apretar el gatillo. El rifle hizo clic, y lo coloqué sobre la mesa para pasar a desarmar la pistola. —Es peligroso para cualquiera estar ahí fuera solo —añadí—. No importa lo bueno que seas. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas.

—Gracias.

Rocié un poco de lubricante a lo largo del armazón de la pistola antes de volver a armarla y tirar hacia atrás de la corredera. Apunté el cañón al suelo y bajé el martillo. —No te emociones demasiado. Tú eres quien está pagando por esto, ¿recuerdas?

Se rio y se levantó de la mesa. —Oh, créeme. Sé que solo estás haciendo tu trabajo. —Apagó las luces, dejando solo la lámpara solitaria colgando sobre la mesa del comedor donde yo estaba sentado—. Tenemos que madrugar mañana. Ve a dormir un poco.

—Sí.

Ryan desapareció en el dormitorio. Me quedé sentado solo en la mesa, aún con la pistola en la mano. La amartillé una vez más, la apunté al suelo y apreté el gatillo. El martillo bajó con un clic sólido. Solo estoy haciendo mi trabajo, me dije a mí mismo. Habría hecho esto por cualquiera que lo necesitara.

A la mañana siguiente, me desperté antes del amanecer, levantándome del sofá para cargar el equipo en el coche. El aire estaba caliente y húmedo a pesar de la hora temprana. Enormes polillas revoloteaban alrededor de la luz del patio, y el croar de las ranas se mezclaba con el extraño zumbido de los insectos de la jungla. Cuando volví adentro para agarrar otra caja de suministros, encontré a Ryan en la cocina preparando una tetera en la estufa de leña. Me miró con los ojos entrecerrados y somnolientos. Tenía el pelo revuelto por el sueño y la barbilla oscurecida por la barba incipiente.

—¡Buenos días! —exclamé.

Me respondió con un gruñido desdeñoso y finalmente logró encender el fuego. Ryan nunca había sido una persona madrugadora. Solía molestarlo mucho por eso, haciéndole bromas tontas como sacudir su catre y gritar "¡TERREMOTO!" a todo pulmón. Había olvidado lo jodidamente adorables que eran sus reacciones. Sonreí para mis adentros, recordando aquellos momentos.

—Necesito un puto café —murmuró.

Gianna salió de su habitación, encendiendo un cigarrillo mientras cascaba unos huevos en una sartén de hierro fundido sobre la estufa.

—¿Habéis dormido lo suficiente, bellezas? —preguntó—. Espero que tengáis hambre. Uno de los vecinos mató un jabalí salvaje e hizo un montón de tocino.

Ryan gruñó en señal de aprobación, y yo anuncié que, sin duda alguna, podría comerme todo ese puto jabalí.

Nos sentamos a la mesa frente a un despliegue de huevos enormes con yemas de un naranja brillante, pan plano cubierto de queso de cabra desmenuzado, gruesos cortes de tocino de jabalí sazonado con chiles, y rodajas de tomates y aguacates cremosos. Ryan tragaba grandes cantidades de café y yo me lancé sobre la comida, limpiando rápidamente mi plato.

—No mentías —dijo Gianna, ofreciéndome más comida.

—Costumbre del ejército —dije, alternando entre morder un trozo de tocino y un pedazo de pan empapado en yema—. Durante una misión, siempre hay que comer como si pudiera ser tu última comida.

Los gallos cantaron mientras la luz del amanecer se filtraba a través de las persianas de listones. Ayudé a Gianna a limpiar los platos mientras Ryan terminaba de cargar el coche.

Ella estaba de pie sobre el fregadero y me pasaba los platos limpios para que los secara, con un cigarrillo sin encender colgando de su labio. —Debe ser difícil, ¿eh? Volver a verlo.

—No sé a qué te refieres —dije, ocultando mi sorpresa.

—Ver a Ryan después de tantos años. No me digas que esa no es parte de la razón por la que te quedaste.

—Necesitaba mi ayuda.

Me pasó el último plato y encendió su cigarrillo. —Sé que estoy metiendo las narices donde no me llaman. Pero creo que sería una pena si ustedes dos nunca abordaran lo que pasó entre

ustedes. A él le cuesta hablar de eso, por eso te lo estoy diciendo.

Ambos miramos por la ventana hacia donde estaba Ryan. Lo observé cargar una caja de agua en la parte trasera del SUV. Tenía las mangas arremangadas y se limpió la frente con el dorso del brazo.

—Ese tipo ha pasado por muchas mierdas —continuó—. Le cuesta acercarse a la gente. En fin. Pensé que querrías saberlo.

—Lo que pasó entre nosotros ya terminó —dije—. Todo quedó en el pasado. —Le di una sonrisa, como si estuviera bien con eso. Fin de la historia, no hay necesidad de seguir hablando de ello. Pero en realidad, me preguntaba qué les había contado Ryan sobre nosotros. Siempre había asumido que yo era el único que se había quedado afectado por nuestro tiempo juntos, que era el único que guardaba recuerdos, que se preguntaba qué significaba todo. Después de todo, si pudo desaparecer así, ¿cómo podría haberle importado una mierda?

Pero Gianna sabía sobre nuestra historia. Era real; existía para más de uno de nosotros.

Ella asintió, dando una calada a su cigarrillo. El humo se enroscó detrás de su mano mientras exhalaba. —Bueno, me alegro de que te quedes. Ryan es uno de los mejores en este juego. Duro como el infierno e increíblemente talentoso. Pero a veces creo que tiene un deseo de muerte.

—Sé a qué te refieres —dije. Cogí mi pistola de la mesa y la deslicé en la funda de mi cinturón.

Los dos perros callejeros subieron corriendo por el camino cuando salí, saltando hasta mi pecho para intentar darme unos lametazos húmedos en la cara. Les había traído algo de tocino y se lo di con la mano. El coche estaba cargado y estábamos listos para ponernos en marcha. Teníamos un día entero de conducción por delante a través de carreteras selváticas y condiciones inciertas. Tenía los habituales nervios previos a la misión, y el hecho de tener a Ryan bajo mi cuidado de nuevo solo los intensificaba.

Los recuerdos me llevaban de nuevo al pasado, a dos días después de nuestra primera noche juntos, cuando a mi escuadrón le habían asignado una misión para investigar a un grupo de sospechosos fabricantes de IED en las afueras de Faluya. Recordaba lo jodidamente difícil que había sido mantener mis manos quietas. Ryan era mucho mejor que yo ocultando sus impulsos afectuosos, hasta el punto de que a veces me preguntaba si realmente había pasado algo entre nosotros. Entonces, de repente, en algún pasillo vacío o detrás de las ruinas de un edificio en ruinas fuera de la vista del resto de los hombres, me saltaba encima, dejando besos rápidos pero apasionados en mis labios.

Me quedé a su lado, tratando de no ser demasiado obvio sobre el hecho de que lo había tomado bajo mi protección. Ryan no me lo puso fácil. Era intrépido. Mientras algunos fotoperiodistas podrían esconderse una vez que las balas empezaran a volar, él se ponía en situaciones locas solo para conseguir la toma correcta, estando en medio de la batalla junto al resto de nosotros.

—No te preocupes por mí —me había dicho—. Sé que me estás cuidando, pero no voy a hacer nada que comprometa tu seguridad o la de tus hombres. Finge que no estoy ahí.

Le había dicho que eso sería imposible, que mejor se acostumbrara al hecho de que yo lo protegería. El peligro solo sirvió para acercarnos más. Cada situación de riesgo y cada enfrentamiento del que salíamos ilesos avivaba las llamas de nuestro fervor. Cada noche, nos encontrábamos desapareciendo en algún lugar apartado, aliviando la tensión del día con los cuerpos del otro. Lo follé en la parte trasera del camión de carga, con mi uniforme alrededor de los tobillos mientras agarraba su cintura, presionándolo contra una caja de municiones. Lo hicimos en las duchas, arriesgándonos a que alguien nos pillara mientras lo abrazaba y nos acariciábamos las pollas mutuamente. Él me encontraba durante mi guardia nocturna y me la chupaba mientras yo estaba de pie con el rifle en la mano, tratando de ahogar mis gemidos. Hubo una noche en la que Ryan incluso logró forzar la cerradura de un contenedor de almacenamiento, permitiéndonos usarlo como un escondite secreto para hacerlo en la oscuridad caliente y sofocante, rodeados de cajas de agua y raciones de combate.

Cada recuerdo ardía en mi mente ahora, más fuertes de lo que habían sido en tantos años.

—Oye. ¿Hola? ¿Bau?

La voz de Ryan me trajo de vuelta al presente. Me di cuenta de que todavía estaba agachado allí, mirando fijamente a los dos perros mientras se revolcaban en la tierra. Me puse de pie. —Sí.

—¿Vamos a ponernos en marcha o jugaremos con los perros todo el día? —Estaba apoyado contra la parte trasera del coche, sonriéndome con suficiencia.

—Hagámoslo —dije.

Los perros me siguieron, observando con curiosidad mientras nos metíamos en el coche. Gianna nos saludó con la mano. —Buena suerte. Espero que encuentren lo que necesitan.

Ryan dio la vuelta y empezó a bajar por el camino de entrada embarrado. En el espejo retrovisor lateral pude ver a los perros persiguiéndonos hasta que estuvimos lejos en la carretera. Nos embarcábamos en la primera misión juntos en siete años. Todavía podía recordar cada detalle de su cuerpo, y sabía que lo deseaba de nuevo.

RYAN

El viejo camino nos llevó a través de pastizales hasta lo que solía ser el borde de la selva, ahora una vasta extensión de árboles nivelados como rastrojos a lo largo del paisaje. Había enormes pilas de madera cortada entre lo que ahora parecía un cementerio. Gigantescos camiones pasaban junto a nosotros, llevando los troncos hacia el pueblo. El proceso de tala rasa estaba en pausa por el momento, con las excavadoras y otras herramientas de destrucción inactivas en el barro. Después de unas horas de conducción, finalmente llegamos al nuevo borde de la selva. Era una diferencia increíblemente marcada en el paisaje, una repentina pared de árboles que nos tragó por completo.

El camino ascendía por una serie de pronunciadas curvas en zigzag que nos llevaron sobre la montaña y más profundamente en un paisaje que no había sido perturbado por humanos en mil años, cuando los ancestros de los pueblos nativos de aquí habían plantado y mantenido vastos campos agrícolas que eventualmente se volvieron salvajes y se convirtieron en selvas.

Le eché un vistazo a Bau. Tenía su rifle firmemente apretado contra su pecho y escaneaba las ventanas con ojos alertas. No pude evitar sonreír. Recordé que así había sido en Irak también. Había tomado tantas fotos increíbles capturando esos ojos, la mirada enfocada de un soldado de élite. Muchas de ellas habían sido publicadas. Algunas las había mostrado en mi galería en Nueva York.

Una de mis fotos más preciadas fue tomada después de que me derribara la explosión de un RPG. Bau había corrido hacia mí, arrodillándose y disparando con su rifle. En mi aturdimiento, logré levantar mi cámara y tomar una foto de él alzándose sobre mí, con una ráfaga de llamas brotando del extremo de su arma mientras una lluvia borrosa de casquillos vacíos caía sobre el lente de la cámara. Solo uno de sus ojos era visible, pero estaba lleno de una intensidad tan

poderosa que cualquiera que mirara la imagen se sentiría inmediatamente atraído.

Esa fotografía estaba colgada en mi dormitorio. Al final, no había podido dejarlo completamente atrás.

—Así que —dijo Bau, rompiendo otro silencio entre nosotros. Ya habíamos pasado un día entero juntos y apenas habíamos hablado, aparte de discusiones logísticas.

—Así que —respondí.

Suspiró. —Será mejor que empecemos a hablarnos o esto va a ser un viaje jodidamente largo. O, simplemente hazme saber si tienes algún problema conmigo y no tenemos que decir una palabra. Cualquiera de las dos opciones me parece bien.

—No tengo ningún problema contigo.

—De acuerdo... ¿Pero lo tuviste?

—No —dije—. Para nada.

—Bueno, ayúdame aquí. Hace siete años, me desperté y descubrí que te habías subido a un avión de vuelta a casa, dejándome preguntándome qué coño había pasado.

La tensión llenó mi cuerpo, como si cada músculo se hubiera tensado. —Lo sé. Y lo siento. No fue tu culpa, Bau. Eso fue todo por mí. —Apreté el volante. ¿Por qué era tan difícil hablar de esto?— No debería haber huido así, pero en ese momento sentí que no tenía otra opción.

—¿Qué pasó?

—Yo solo... Yo... —Mi voz se quedó atrapada en mi garganta. La culpa de ello había pesado sobre mí durante tanto tiempo, pero ahora que tenía la oportunidad, todavía no podía abrirme sobre la verdad—. No lo sé, tío.

—¿No lo sabes? ¿No tenías otra opción, pero no sabes por qué?

—Sí, algo así.

—Solo estoy tratando de entender. ¿No fue mi culpa pero ni siquiera pudiste tener la cortesía de decirme que te ibas a ir?

—Déjalo estar, Bau —espeté—. ¿Vale? Lo siento mucho. Eso es todo lo que puedo decirte, que lo siento.

Me miró en silencio. Ambos estábamos hirviendo. Esta no era la forma en que había esperado que abordáramos este asunto que pendía sobre nosotros. Tal vez el silencio era la mejor opción, después de todo.

El coche comenzó a traquetear cuando llegamos a una sección del camino que había sido cubierta por una capa de barro y escombros. El agua fluía sobre una sección cerca de unos árboles caídos que yacían atravesados en el camino. Disminuí la velocidad hasta detenerme, y Bau miró a nuestro alrededor. Giró la palanca para bajar su ventana y me indicó que hiciera lo mismo.

—¿Por qué? —pregunté.

—En caso de que necesite disparar a algo —dijo simplemente—. ¿Tienes esa pistola?

—Sí. —Me di una palmada en la cadera—. ¿Por qué?

Asintió hacia los árboles que estaban en el camino. —Parece que hubo un deslizamiento de tierra o algo así, pero una mierda como esta siempre debería hacerte sospechar. Saca tu pistola. Quédate en el coche. Voy a despejar el camino.

Desenfundé el arma y Bau salió afuera. Cogió un hacha de la parte trasera y la colocó sobre el capó. Lo observé mientras caminaba delante del coche, con el rifle nivelado. Se movía lentamente, como un depredador inspeccionando cuidadosamente su territorio. Pasó por encima de los árboles, que tenían troncos bastante delgados y solo se elevaban unos quince centímetros del suelo. Se agachó para examinarlos y luego siguió su longitud, revisando ambos lados del camino. Finalmente, regresó al coche y agarró el hacha.

—Es seguro —dijo—. Pero hay señales de que otros han pasado por aquí. Probablemente antes de que cayeran los árboles. Huellas de neumáticos en el barro, tal vez de hace un par de días.

Volví a enfundar mi pistola y salí del coche para ayudarlo a despejar el camino. Trabajamos rápidamente. Estaba nervioso, pero no exactamente asustado. Me había encontrado en este tipo de situaciones muchas veces antes, y siempre me hacían bombear la sangre. Era lo mismo para Bau. La mala energía había desaparecido. Ambos estábamos concentrados en superar este obstáculo lo más eficientemente posible. Desenrollé el cable de acero que estaba atado a la parte delantera del Isuzu y lo aseguré alrededor del centro de los árboles. Bau los cortaba con el hacha, partiendo la madera para que pudiéramos arrastrarlos fuera del camino. Con la humedad tan alta como estaba, nuestras camisas se empaparon casi de inmediato con sudor y condensación. Bau sacó un pañuelo verde de su bolsillo trasero y se lo ató alrededor de la frente. Me tomé un momento para sacarle algunas fotos antes de volver corriendo al coche.

—¿Listo? —pregunté.

—Parece bien. Ponla en reversa. Despacio, despacio.

Pisé suavemente el acelerador, haciendo retroceder el coche. El cable se tensó y Bau liberó los troncos con el talón. Retrocedí lo suficiente para abrir un camino lo bastante grande para que pudiéramos pasar, y Bau desconectó y retrajo el cable. Saltó de vuelta al coche y seguimos nuestro camino.

En Irak, trabajar junto a Bau siempre era una experiencia emocionante, y me sorprendió darme cuenta de que nada había cambiado. Todavía teníamos esa conexión. Me pregunté si él también podría sentirlo.

El camino pasaba por áreas de selva que estaban en proceso de ser taladas o que habían sido despejadas hace algún tiempo, reemplazadas por equipos de tala o plantadas con hileras e hileras de jóvenes árboles de mango y caucho. Me detuve a un lado del camino para tomar algunas fotos de las plantaciones. Caminamos por un sendero que corría junto a una sucia zanja de riego y me detuve para tomar algunas fotos. Bau estaba detrás de mí, con las manos apoyadas sobre su rifle. El sudor brillaba en sus brazos y mejillas. Levanté mi cámara y presioné el obturador.

—No desperdicies tus fotos conmigo —dijo.

Respondí tomando otra. Él me hizo una peineta, y me reí.

Continuamos, pasando por una pequeña casa que parecía estar construida con ladrillos y metal corrugado. —Mira todo esto —dije, señalando el paisaje arrasado—. Miles de especies diferentes destruidas solo para cultivar, ¿qué? ¿Dos cosas? Luego talarán más selva para construir casas que no durarán ni una década. —Señalé la montaña verde en la distancia—. Las lluvias que bajan de esas colinas lo arrasarán todo con deslizamientos de tierra peores de los que nadie aquí ha experimentado.

Encontramos a un hombre solitario caminando por el campo, con un gran cubo de plástico atado al frente para cosechar mangos. Me acerqué a él y le pregunté en español si era su granja, y me dijo que sí y me dio permiso para tomarle fotos. Ni siquiera pestañeó al ver el rifle de Bau.

—Me sorprende que estén aquí —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, dando unos pasos atrás para tomar una foto de él con los campos de fondo.

—Bueno... —Se rascó la barbilla, luciendo vagamente incómodo—. Solo por el deslizamiento de tierra. No han pasado muchos desde entonces. Especialmente extranjeros. Es muy triste, ¿saben? Muchos lo perdieron todo, incluidas sus vidas.

Tuve la sensación de que había otra razón. Intercambié una mirada con Bau, quien pude ver que tenía el mismo presentimiento.

—¿Has visto alguna actividad inusual por aquí recientemente? —le preguntó Bau—. Vamos a parar cerca de ese pueblo esta noche. Tenemos algunos suministros y tal vez podamos ayudar a alguien que aún esté allí. ¿Hay algo que debemos saber?

El granjero agitó la mano. —No, no, no. Ya no queda nadie allí. Pero... —Bajó la voz—. He notado coches bajando por la carretera principal en la noche. Podía ver los faros. Gente mala, tal vez. Eso es todo lo que quiero decir. Me han dejado en paz, y quiero que siga así.

—No te preocupes —dijo Bau—. Lo que nos has dicho no saldrá de nuestros labios.

Volvimos al coche y continuamos conduciendo. Se acercaba la noche y queríamos llegar al sitio del pueblo para acampar por la noche.

—Parece que lo que nos dijo Gianna era preciso —dijo Bau—. Tenemos que ser cuidadosos. Aparcaremos fuera del camino. Sin fuego, sin luces, y nos turnaremos para hacer guardia.

—Estoy de acuerdo —dije.

Después de otras dos horas de conducción, justo cuando el sol comenzaba a ponerse, llegamos a nuestro destino. Al principio, parecía que el camino había terminado abruptamente en una masa de rocas y lodo, y nos tomó un momento darnos cuenta de que estábamos mirando el resultado de un deslizamiento de tierra masivo. Después de explorar un poco, encontramos un pequeño sendero que había sido despejado y conducía al bosque, marcado con huellas de neumáticos. Lo seguimos y descubrimos que nos llevaba por encima de una parte estrecha del montículo de escombros. Activé la marcha baja del SUV y subimos lentamente por el montículo, rezando para no quedar atascados o volcar.

—Jesús —dijo Bau, mirando por la ventana.

Me giré para mirar y me di cuenta con asombro horrorizado de que estábamos viendo los restos cubiertos del pueblo. Con la luz del atardecer era difícil ver al principio, pero poco a poco pude distinguir las formas de los escombros que sobresalían del lodo: casas volcadas, el extremo de un camión, concreto destrozado y ladrillos dispersos. No importaba cuántas veces lo experimentara, este tipo de destrucción nunca dejaba de humillarme.

—Detente allí —dijo Bau, señalando.

Aparcamos a poca distancia del camino cerca de una pila de bloques de hormigón y lo que parecían los restos de una pared. Salimos e hicimos lo mejor posible para camuflar el coche usando vegetación caída y lodo. Luego seguí a Bau mientras exploraba la zona. Teníamos linternas frontales pero las mantuvimos apagadas, confiando en la luz restante del sol para ver.

Por más confiado que estuviera en mi experiencia, no podía negar lo agradecido que estaba de tener a Bau a mi lado. Claro, habría perseverado, pero toda esta situación estaba mucho más allá de lo que había esperado. Con todas las dificultades para entrar al país, me había entusiasmado un poco y no había prestado atención a las advertencias de Gianna como debería haberlo hecho.

Nos movíamos en silencio, conscientes del hecho de que bajo nuestros pies yacían los restos de todo un pueblo. La selva, sin embargo, era todo menos silenciosa. Una sinfonía completa de vida

silvestre tocaba música en la noche, un recordatorio de lo increíblemente diverso que era este lugar.

—Parece que estamos solos —dijo Bau, bajando su rifle—. Pero es jodidamente difícil de decir, considerando que apenas puedo distinguir mi trasero de mi codo con esta luz.

Montamos el campamento junto al coche con la pared a nuestras espaldas y una vista del camino al frente. Mantuvimos nuestras luces apagadas, pero afortunadamente la luna estaba fuera y lo suficientemente brillante para proporcionarnos luz suficiente para vernos. Bau me pasó un paquete de MRE —raciones militares liofilizadas listas para comer— y tuvimos nuestra primera comida en la selva.

—Haré la primera guardia —dijo Bau, sentándose en un pequeño taburete plegable—. Tú duerme un poco.

—Dudo que pueda dormir —dije—. Te haré compañía.

Sonrió. —Será mejor que lo intentes, Ryan.

Me acosté en el catre y Bau instaló un perímetro de mosquitero alrededor nuestro. Miré hacia el dosel de la selva que recortaba formas en el cielo nocturno. Hubo un tiempo en que estar a solas así habría sido una bendición. Solíamos aprovechar cualquier oportunidad que teníamos para ser íntimos.

No había pensado en esas cosas en mucho tiempo. Había logrado sacármelas de la cabeza, porque había sido demasiado doloroso revivirlas. Nunca había conocido a nadie como Bau antes. Las cosas que sentía por él me hacían sentir como si me hubiera vuelto loco. No había pensado que sería posible sentirme así por otra persona. Quería que estuviera cerca de mí todo el tiempo, que fuera mío para siempre. Me aterrorizaba. Por eso había tenido que hacer algo para protegerme. Por eso había tenido que irme.

—Cuéntame qué has estado haciendo todo este tiempo —dije.

—Ve a dormir, Ryan —dijo con un suspiro.

—Cuéntame sobre tu aburrida vida. Tal vez ayude.

Resopló. —Sí, lo que sea.

Me giré de lado, apoyando la cabeza en mi brazo. —Estoy esperando.

Bau me miró en silencio por el rabillo del ojo. Olfateó y se frotó la nariz con el nudillo. —Hice un par de giras más en Irak y en Afganistán. Cuando tenía unos treinta años me di cuenta de que quería hacer otras cosas fuera de los Rangers. Así que cuando terminó mi tiempo, no me realisté. Volví a casa con la idea de iniciar un negocio de seguridad privada, solo que tuve la noción de que iba a hacerlo en la Costa Este. Nueva York.

—¿En serio? ¿Por qué Nueva York?

—¿Por qué crees? —Su amplio pecho se elevó con un largo suspiro—. Porque sabía que era de donde tú eras.

Mi corazón dio un salto. —Oh. —Intentaba sonar indiferente—. ¿Estabas... tratando de encontrarme?

—No. Nunca te busqué. —Se rió para sí mismo—. Tenía la estúpida idea de que podría encontrarte por casualidad. Pero no te estaba buscando. De todos modos, hubo un accidente en casa. Mató a mis dos padres. Así que me mudé de vuelta a Los Ángeles y establecí mi negocio allí en el rancho familiar. Mis hermanos también terminaron su tiempo en los Marines y volvieron. Reunimos a toda la pandilla.

—Siento lo de tus padres —dije.

—No pasa nada. Entonces, eh... ¿Qué hay de ti? ¿Me buscaste?

—Bueno... —tosí—. Um. Es decir...

—¿Qué, te da vergüenza? —preguntó, sonriendo.

—Te busqué. Formaste parte de mi exposición sobre la guerra.

—¿Fui parte de tu exposición?

—Sí. Por supuesto que lo fuiste.

—Nunca te pusiste en contacto conmigo.

—Lo sé —dije con tristeza—. Lo siento.

Bau se frotó la barbilla, acariciando su barba incipiente. —¿Cómo fue? ¿Fui un éxito?

Sonreí. —Fuiste un gran éxito. Ganador de premios.

—¿En serio? —Lo pensó por un momento—. Me encantaría ver esas fotos algún día.

Por un momento consideré contarle sobre la foto que colgaba en mi habitación, pero decidí no

hacerlo.

—Claro —dije—. Me encantaría que las vieras.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —me preguntó—. ¿Eh?

—¿No dijiste que debería irme a dormir?

—Tienes razón, podrías hacerme dormir.

Le sonreí. —Cuéntame más. ¿Estás... saliendo con alguien?

Incluso en la oscuridad pude ver la sorpresa escrita en su rostro, e inmediatamente deseé haberme guardado esa pregunta.

—¿Si te refieres a una relación? No. No tengo tiempo para eso. Muchas otras cosas, pero no una relación.

—Muchas otras cosas —repetí—. ¿Como qué?

Se rio. —Jesús. Eres peor que mi tía. ¿Qué coño son estas preguntas, de todos modos?

—No lo sé —admití—. Me alegro de que estés teniendo algo. Para ser honesto, no he estado con nadie desde ti.

Hizo un ruido extraño como de asfixia. —Espera... ¿eso que oigo son celos?

—¿Qué? —Me incorporé—. No. Hablo en serio. Me alegro por ti.

No sabía por qué estas cosas estaban saliendo de mi boca, y más extraño aún era el hecho de que me estuviera sintiendo celoso. No tenía derecho a sentir celos, ni nada por el estilo. Era completamente irracional, y lo sabía.

Bau se rio de nuevo. Era una risa sin restricciones y fuerte, pero parecía que simplemente no podía evitarlo. —Esto es demasiado bueno —dijo, golpeándose la rodilla con el puño—. ¿Qué, pensaste que estaría colgado de ti y no me acostaría con nadie más?

—Oye —siseé—. ¿No estás haciendo demasiado ruido?

—Lo sé, lo estoy haciendo —dijo entre risas profundas.

—Solo era una maldita pregunta.

—Sí. Seguro que era una maldita pregunta. Una pregunta sobre follar. —Soltó una risita.

En ese momento, mi oído captó un ruido que cortaba la cacofonía de sonidos de la selva. Me quedé inmóvil, esforzándome por escuchar. ¿Qué coño? Me llevé el dedo a la boca y le hice callar.

—Tú eres el que preguntó, Ryan —dijo.

—No, ¡shh! Joder, he oído algo.

Bau se quedó en silencio, apretando el puño alrededor de la empuñadura de su rifle. Ambos nos sentamos inclinados hacia adelante, esforzándonos por escuchar.

—Ahí —susurré—. ¿Oyes eso? ¿Es lo que creo que es?

Asintió. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos, que estaban abiertos de par en par por la conmoción. —Sí. ¿Es eso un bebé?

BAUTISTA

Era inconfundible. En algún lugar cercano, un bebé estaba llorando.

Mi primer pensamiento fue que se trataba de algún tipo de animal, un zorro o algo con un grito extraño, pero al escuchar quedó claro que la fuente del ruido era humana.

—Quédate aquí —le susurré a Ryan.

—Ni hablar. Voy contigo.

—Podría ser una trampa —dije.

—Voy contigo —sacó la pistola de su cadera—. Podrías necesitar ayuda.

Vi la determinación en sus ojos y supe que no tenía opción. Asentí y le hice una señal silenciosa para que me siguiera. Dejamos el campamento, avanzando lentamente hacia la fuente del sonido. Era estacionario, de eso estaba seguro. Mi mente repasó las posibilidades: ¿supervivientes que habían regresado o que no se habían ido? ¿Alguien de un pueblo cercano o de una de las granjas pasando con su bebé? ¿Saqueadores? ¿O la posibilidad de una emboscada...

De la parte trasera del SUV saqué un par de gafas de visión nocturna montadas en la cabeza y me las puse. El bosque a mi alrededor brillaba en verde. Mantuve mi rifle nivelado, girando mi

cuerpo para revisar y despejar cada posible escondite mientras nos movíamos de cobertura en cobertura. Nos estábamos acercando. Levanté el puño en el aire, luego abrí la mano y presioné la palma hacia abajo, indicando a Ryan que se detuviera y se agachara. Usando más señales con las manos, le indiqué que me cubriera mientras yo avanzaba. Él asintió y tomó posición.

Tuve que sonreír. Todas estas habilidades de combate se las había enseñado a Ryan para ayudar a mantenerlo a salvo en Irak, y me complació ver que recordaba todo. Nos movíamos con el mismo nivel de sincronización, como si nada hubiera cambiado.

Salí corriendo de detrás de la cobertura, trepando sobre los escombros. Un árbol enorme yacía junto a una casa derrumbada, sus raíces enmarañadas arrancadas del suelo y alzándose en el aire como una criatura en sus estertores. Corrí hacia el árbol, golpeando mi espalda contra él. El llanto continuaba desde los escombros de la casa, y me di cuenta de que venía de adentro. Estaba completamente colapsada, su techo de chapa sobresaliendo a medias del barro y el resto era solo un montón de bloques de concreto. Mis botas crujieron sobre el vidrio roto, y bajé mi rifle para tratar de encontrar una forma de entrar en los escombros. Había una pequeña abertura en los escombros, y caí sobre una rodilla para mirar dentro.

—Mierda —susurré.

A través del tinte verde de mis gafas de visión nocturna vi los restos de un dormitorio. La mitad estaba derrumbada, llena de barro y madera astillada, pero la otra mitad parecía casi intacta. Y allí, ilesa, había una cuna. Podía ver al bebé dentro, retorciéndose y pateando sus pequeñas piernas.

Todos los pensamientos de sigilo desaparecieron inmediatamente. Me quité las gafas y le hice señas a Ryan. —¡Ven aquí!

Corrió para encontrarse conmigo, y encendí la linterna adjunta al extremo de mi rifle y la apunté hacia el agujero.

—Dios mío —dijo—. ¿Cómo entramos?

—Revisa el perímetro. Intentaré mover estos bloques.

—De acuerdo.

Saqué un par de guantes y agarré la losa de concreto que bloqueaba el camino, usando toda mi fuerza para intentar liberarla.

—Vamos —gruñí.

Ryan regresó, negando con la cabeza. —No hay manera. Está completamente sellado —saltó a mi lado y ambos nos esforzamos, poniendo todo lo que teníamos en mover la barrera. Ryan perdió el agarre y tropezó cayendo de espaldas. Estuvo a mi lado de nuevo en un instante. Intercambiamos una mirada.

—A la cuenta de tres —dije—. Uno, dos, tres.

Tiramos. Mis músculos ardían. La maldita cosa ni siquiera se movió.

—Joder —jadeó Ryan, limpiándose el sudor de la cara—. ¿Qué hacemos?

—No rendirnos, maldita sea —dije—. Podemos hacerlo.

La expresión de Ryan cambió. Solo duró un segundo, pero por ese breve momento pareció completamente expuesto. Nunca lo había visto así antes, como si estuviera viendo una versión más joven y asustada de él. Luego desapareció. —Sí —dijo—. Vale. Vale... ¡El coche!

—Tráelo —le dije.

Condujo el SUV hasta aquí y yo tiré del cable de remolque del frente y lo llevé hasta los escombros, asegurándolo alrededor del bloque de concreto.

—Espera —dijo—. Esto podría derrumbar el resto de la estructura.

—Este es el punto más seguro que puedo ver —dije—. Tenemos que arriesgarnos. O ese niño no tiene ninguna oportunidad.

Escrutó mi rostro, buscando una seguridad que él sabía que yo no podía darle. Después de un momento asintió, un pacto silencioso hecho entre nosotros. Nadie vendría a ayudar. Dependía de nosotros salvar a este bebé, y si ocurría lo peor, entonces eso estaría sobre nosotros. Pero lo intentaríamos.

—Retrocede el coche lentamente —dije—. Solo necesita haber espacio suficiente para que yo pueda entrar arrastrándome.

—De acuerdo.

Corrí hacia un lado, fuera de peligro en caso de que el cable se rompiera o si —Dios no lo quiera — la estructura se derrumbara. Ryan aceleró el motor y puso el coche en marcha. Las ruedas giraron y ganaron tracción, tensando el cable. Aumentó la potencia, y el barro salpicó por el aire mientras el coche luchaba por mantener el agarre. Comenzó a deslizarse de izquierda a derecha sobre el suelo en su esfuerzo, como un perro tirando salvajemente del extremo de un juguete para morder.

—Sigue así —le insté. Podía ver el bloque de concreto temblando, pequeños trozos de roca desmoronándose por los lados. Ryan sudaba a mares, con los ojos bien abiertos.

—Por favor —repetía una y otra vez.

Entonces, finalmente, el bloque se movió, abriéndose lo suficiente para crear una entrada. Levanté la mano. —¡Para!

Ryan soltó el acelerador y yo corrí hacia la casa, deslizándome sobre mis rodillas. Podía oír el estruendo de las rocas desprendiéndose de los escombros. Tenía que ser rápido. Ryan llegó a mi lado y me quitó el rifle para entregárselo. Me giré para entrar, y él me agarró del brazo, tirando de mí hacia atrás.

—Espera. Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Volveré enseguida —dije, bajando las gafas de visión nocturna.

Me deslicé por la abertura y caí al suelo del espacio mohoso. Todo parecía crujir por la tensión, como si fuera a ceder en cualquier momento. Manteniendo la cabeza agachada, me apresuré hacia la cuna y miré dentro. Un bebé varón sucio y muy infeliz se retorció y lloraba. No llevaba nada más que un pañal sucio, y no había lesiones aparentes.

—Hola, amiguito —dije, y me incliné para tomarlo en mis brazos—. Mierda, ¿cuánto tiempo has estado aquí solo?

Examiné la habitación y encontré una bolsa que contenía pañales y fórmula para bebés. Me la colgué al hombro y me dirigí de vuelta hacia la salida, pero me detuve cuando un libro tirado en el suelo llamó mi atención. Lo recogí. Era un libro de bebé, empapado y manchado de barro, pero pude distinguir algo escrito en español en la primera página.

Bienvenido a este mundo, Gustavo.

Pasé la página y encontré una pequeña Polaroid de los padres de Gustavo acunándolo, con los brazos alrededor el uno del otro. Mi corazón dio un vuelco. ¿Qué les había pasado? ¿Habrían logrado salir y no pudieron volver a entrar en la casa para rescatar a su hijo? ¿O...?

Oí un fuerte crujido y levanté la vista, alarmado. El polvo flotaba desde el techo y un torrente de rocas se desprendía del trozo de concreto en la salida. Podía ver la red de grietas que lo atravesaba.

—Mierda.

Después de arrancar la foto de la página y meterla en mi bolsillo, corrí hacia el agujero y empujé a Gustavo a través de él. Sentí que Ryan me agarraba de los antebrazos y, con un tirón asombroso, me sacó de un jalón. Caí encima de él y lo derribé de espaldas con el bebé a salvo entre nosotros mientras toda la casa se derrumbaba con un estruendo ensordecedor.

Ryan me miró fijamente, y luego al bebé. —Jesucristo, Bau.

—Así que... Este es Gustavo —dije, esbozando una sonrisa. Una sonrisa se extendió lentamente por los labios de Ryan, y ambos fuimos atacados por un ataque de risa.

Condujimos el coche de vuelta a nuestro campamento y usamos la puerta trasera como un improvisado cambiador. Después de cambiar y limpiar a un Gustavo lloroso, preparé un biberón de fórmula para bebés, calentándolo en una olla con agua sobre una pequeña estufa de gas de nuestro equipo. Exprimí un poco sobre mi muñeca para comprobar la temperatura y luego le ofrecí el biberón al bebé. Inmediatamente se quedó en silencio, chupando con avidez la fórmula, con la cara roja y surcada de lágrimas.

—Sabes lo que haces —dijo Ryan, sentado en el taburete observándome.

—Me encantan los niños —dije—. Y ayudé a cuidar a mi hermano menor cuando era un bebé.

¿Y tú? ¿Te gustan los niños?

—Los niños son geniales. Conocer a todos los niños que conozco durante un proyecto es una de las mejores partes del trabajo. Pero no podría imaginarme teniendo un hijo yo mismo. Adoptar no es una responsabilidad que pudiera asumir.

—Pero tú fuiste adoptado, ¿no?

—Sí. Sé de primera mano qué clase de espectáculo es eso. No querría joder la vida de un niño. Es decir, me gustaría pensar que sabría cómo ser un mejor padre por lo que he pasado. Pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que acabaría fallándole a mi hijo de alguna manera.

Fruncí el ceño. Ryan nunca había hablado mucho sobre su infancia o su familia, aparte de que fue difícil. —Eres un hombre determinado y fuerte, Ryan —dije—. Te preocupas por ayudar a la gente. Creo que serías un buen padre.

Se rió para sí mismo. —Sí... y aun así logro herir a las personas que me importan.

Sentí que mi corazón empezaba a latir más rápido. Mantuve la mirada baja en el pequeño bebé en mis brazos, que ya estaba terminando el biberón.

—¿Por qué no lo sostienes tú? —pregunté.

—Ah... Bueno...

Antes de que pudiera decir que no, le pasé a Gustavo. Ryan lo tomó con cuidado y comenzó a mecerlo de un lado a otro.

—Puedes ser un poco más suave —le aconsejé—. No lo conviertas en un carrusel de feria.

Lo meció suavemente. Metí la mano en el bolsillo y saqué la fotografía arrugada, acercándome a Ryan para mostrársela. Cuando mi hombro rozó el suyo, sentí una pequeña descarga de emoción recorrer mi cuerpo. Algo había cambiado entre nosotros debido a este pequeño recién llegado y lo que acabábamos de pasar. La energía era diferente. La fricción había desaparecido.

—Estos son sus padres —dije.

—Tenemos que encontrarlos.

—Sí... Si es que están vivos. —Señalé el paquete de suministros—. Tenemos suficientes cosas para el bebé como para una semana, pero creo que debemos regresar mañana. Volver al pueblo y ocuparnos de esto.

Ryan asintió. —Sí. Tienes razón.

—Pero por ahora, vamos a dormir un poco.

Preparé una cuna improvisada con algunas mantas en el asiento trasero del Isuzu y recliné el asiento del copiloto para poder quedarme en el coche con Gustavo. Le dije a Ryan que usara el catre, pero se negó.

—Estarás más cómodo en ese catre —le dije.

—A la mierda. Dormiré con ustedes dos. —Reclinó el asiento del conductor y se subió.

Me volví para mirar el asiento trasero y vi que Gustavo ya estaba dormido, chupándose el pulgar.

El pobre pequeño probablemente estaba exhausto.

Me recosté en los rígidos cojines y me volví para mirar a Ryan. Él también se había quedado dormido, roncando suavemente. Sonreí, deseando desesperadamente extender la mano y tomar la suya. Mi corazón se llenaba de recuerdos y nostalgia por nuestro pasado. Aunque solo habíamos estado juntos durante un mes, sentía como si cada uno de esos días hubiera sumado mucho, mucho más.

Me sentía como un idiota por seguir queriéndolo ahora, después de todo. Pero así de fuerte había sido lo nuestro.

Cerré los ojos, agotado, y pronto estaba soñando con Irak.

Estaba sentado en mi litera escuchando el ensordecedor tic-tac del reloj de pared del cuartel. Me levanté y fui hacia la puerta, abriéndola para ver una enorme tormenta de arena arremolinándose afuera. Solo tenía una cosa en mente: encontrar a Ryan. Me precipité hacia la tormenta, sintiendo el punzante ardor de la arena contra mi piel. Apenas podía distinguir una silueta oscura, y me empujé contra el viento azotador para llegar allí. Entonces, en un instante, la tormenta se disipó y me quedé mirando la cola de un C-130 mientras corría por la pista. Corrí tras él, atravesando el asfalto a toda velocidad. Sabía sin duda alguna que Ryan estaba en ese avión y que si corría lo suficientemente rápido, podría alcanzarlo y averiguar por qué se iba. Por fin obtendría una respuesta. Podría detenerlo.

Luego estaba flotando en el aire, mirándome a mí mismo y a Ryan. Tenía mis brazos alrededor de él; acabábamos de hacer el amor.

—Cuando termine este servicio, volveré contigo —me vi decirle—. Incluso podríamos casarnos, ¿sabes?

Él se rio. —¿Ah, sí? Estás loco.

—Hablo en serio.

—Seriamente loco.

—No estoy jodidamente loco. Cada vez más estados lo están legalizando.

—Loco.

—No es una locura cuando estamos enamorados el uno del otro. Y yo estoy jodidamente enamorado de ti, Ryan.

En un remolino, el sueño cambió de nuevo y volví a estar en esa pista. Mis piernas no se movían lo suficientemente rápido para mantener el ritmo de mi cuerpo, y tropecé y caí al suelo. El avión despegó y se hizo cada vez más pequeño hasta que finalmente desapareció en la distancia. Y pude sentir todo lo que había sentido de nuevo cuando me enteré de que Ryan se había ido.

—¡Bau! ¡Bau!

Me desperté sobresaltado con la luz del día y la voz de Ryan. El increíble alivio que sentí al verlo sentado a mi lado en ese coche fue rápidamente reemplazado por la alarma. Tenía su arma desenfundada. Señaló por la ventana. A unos treinta metros, cerca de la carretera, dos camionetas llenas de hombres armados avanzaban lentamente a través de los escombros.

RYAN

Bau no dijo ni una palabra. Agarró el rifle de donde lo había dejado en el salpicadero y tiró del cerrojo para comprobar la bala cargada en la recámara. Luego se dio la vuelta para revisar a Gustavo. Seguía dormido.

—Quizás pasen de largo —susurré.

Como si hubiera pronunciado una maldición, los camiones se detuvieron y los tipos sentados en la parte trasera saltaron. Algunos llevaban palas y otros equipos de excavación. La mayoría portaba AK-47 u otros rifles.

—Conducir o disparar —dijo Bau.

—¿Qué?

—¿Cuál crees que puedes manejar mejor?

La pregunta me revolvió el estómago.

—Conducir —dije. No podía concebir la idea de dispararle a alguien.

—Estamos ocultos por ahora, pero nos encontrarán eventualmente. Vamos a largarnos de aquí antes de que eso suceda. Solo conduce y no te detengas hasta que yo te lo diga. Espera mi orden, ¿de acuerdo?

—Sí —dije con voz temblorosa.

Bau puso su mano sobre la mía, apretándola con fuerza. Luego se quitó el chaleco antibalas y lo colocó suavemente sobre Gustavo. Nos sentamos y observamos cómo los hombres comenzaban a peinar la zona, buscando objetos de valor entre los escombros. Mantuve mi mano en la llave. Estaba listo para sacarnos de aquí.

Dos de los hombres se dirigieron a los escombros de la casa derrumbada y caminaron alrededor, pateando los ladrillos dispersos. Entonces uno de ellos se detuvo y señaló el suelo, llamando a su compañero para que mirara. Ambos comenzaron a gritar al resto de su grupo.

—Oh, mierda. Las huellas —gruñó Bau.

Su mirada siguió el camino de las huellas hasta llegar a su inevitable conclusión. Nos estaban mirando directamente. Bau levantó lentamente su dedo medio y lo presionó contra el cristal.

—Conduce —dijo.

No necesitaba que me lo dijeran dos veces.

Giré la llave y pisé el acelerador. Los neumáticos lanzaron un chorro de barro y salimos disparados justo cuando los hombres abrieron fuego. Me dirigí directamente hacia ellos, obligándolos a saltar fuera del camino. Un hombre no tuvo tanta suerte; salió volando por la esquina del coche como un muñeco de trapo y se estrelló contra un árbol. En el espejo retrovisor vi cómo su cuerpo sin vida se desplomaba en la tierra mientras el resto corría hacia los camiones.

—¡Oh, mierda! —grité horrorizado—. ¡¡Creo que acabo de matar a un tipo!!

—Así es —dijo, bajando la ventanilla. Se asomó y comenzó a disparar.

Incluso después de todos los años trabajando en zonas de conflicto, después de todo el entrenamiento con armas de fuego, de alguna manera todavía lograba olvidar lo ruidosas que eran las armas.

Gustavo comenzó a llorar. Definitivamente no era una forma agradable de despertar.

—¡Lo siento, amigo! —le gritó Bau antes de soltar otra ráfaga de disparos.

Los camiones estaban sobre nosotros ahora, cerrando rápidamente la distancia. Los hombres se asomaban por las ventanas, con sus armas erizadas como espinas. Respondieron al fuego de Bau, y podía escuchar el golpeteo de las balas contra el metal. Hice un viraje para sacarnos del camino. No te detengas, pensé, maniobrando alrededor de los escombros que cubrían la carretera. La expresión de Bau estaba fija en algo entre un gruñido y una sonrisa. Sus ojos estaban entrecerrados, totalmente concentrados. Me recordaba a un depredador salvaje, un cazador haciendo lo que mejor sabía hacer. Y yo también estaba en mi elemento. Aterrorizado, sin duda, pero me sentía vivo. Este era nuestro mundo.

Bau se dejó caer de nuevo en el asiento y arrancó el cargador vacío de su rifle. El humo se elevaba desde la punta del cañón como un cigarro encendido. Recargó, luego se dio la vuelta para hacer muecas graciosas a Gustavo.

—¿Está bien? —pregunté, sin poder mirar.

—Está bien. No está contento, pero está bien. ¿Verdad, amigo? Saldremos de esta pronto, no te preocupes...

Los camiones se acercaron por ambos lados. En el espejo lateral vi sus feos rostros mirándome. Uno de ellos apuntó con una pistola, y el reflejo explotó junto con el espejo.

—¡Baja tu ventanilla! —gritó Bau—. ¡Y no te muevas!

Giré frenéticamente la manivela con mi mano izquierda mientras el camión rugía a nuestro lado. Bau no dudó: levantó el rifle y comenzó a disparar a través de mí. Podía sentir las balas silbando cerca de mi cara, la pólvora caliente salpicando mi mejilla. El conductor del camión se sacudió y se agarró el cuello antes de golpearse contra el volante, muerto. Se desviaron de nosotros y se estrellaron directamente contra la selva, explotando en llamas al chocar contra un árbol.

Bau giró y volvió a tomar su posición en la ventana, disparando varios tiros precisos. En el retrovisor, vi a dos de los bandidos caer de la parte trasera del camión en una neblina roja. Aparentemente, eso fue la gota que colmó el vaso para el conductor, y dejaron de perseguirnos.

—Sigue adelante —dijo Bau, subiendo la ventanilla—. Se están retirando por ahora.

Mantuve el coche a toda velocidad, mis ojos constantemente volviendo al espejo retrovisor, esperando ver al camión acercándose de nuevo. Mi pulso estaba acelerado. Después de cinco minutos, finalmente logré aflojar el acelerador. Bau señaló un pequeño claro entre los árboles, y metí el coche en la selva. Me detuve a corta distancia y apagué el motor.

Salimos y Bau se apresuró a cubrir nuestras huellas con follaje suelto. Fui a la parte trasera para revisar a Gustavo. Estaba sorprendentemente tranquilo considerando lo que acababa de pasar. Le quité el chaleco y lo levanté, meciéndolo de la misma manera que lo había hecho Bau. O tal vez no exactamente de la misma manera, porque Gustavo empezó a llorar de nuevo.

—No sé lo que estoy haciendo —dije, entregándole el niño a Bau. Dejó de llorar casi inmediatamente—. Supongo que no soy bueno con los bebés.

—Pueden sentir tu miedo —bromeó.

Caminé alrededor del coche, inspeccionándolo. El parachoques estaba acribillado de agujeros de bala. Me agaché y toqué el metal perforado.

—¿Estaremos seguros aquí afuera? —pregunté.

Bau se acercó, sosteniendo un biberón en la boca de Gustavo. —Tendremos que dejar el coche. Esconderlo en la selva. No creo que vayamos a poder volver al pueblo pronto. Sería demasiado peligroso, demasiado arriesgado.

—Se reagruparán.

—Exactamente. Estamos en una situación complicada.

—Mierda —suspiré, apoyándome contra la parte trasera del Isuzu—. Esto es mi culpa.

Bau negó con la cabeza. —Sabíamos los riesgos. No sabíamos que encontraríamos a Gustavo.

—¿Cómo lo sacamos de aquí?

—Tengo algunos trucos bajo la manga. Contactaré por radio a mi hermano y veré si puede pedir más favores al ejército de Los Llanos, conseguirnos una escolta o una extracción. Pero por ahora, no podemos quedarnos aquí.

—De acuerdo. Estoy de acuerdo. Así que seguimos moviéndonos.

—Vinimos aquí para conseguir una foto de un gato. Vamos a conseguir esa foto.

Sonreí. —Cierto.

Revisamos nuestros suministros y trasladamos lo necesario a dos grandes mochilas. También encontramos un arnés dentro del bolso de Gustavo, y me lo até al pecho. Después de camuflar el coche, nos adentramos en la selva a pie.

Quería conseguir esa foto. Pero en este momento, mis preocupaciones eran por el pequeño bebé que tenía a mi cuidado. Necesitaba asegurarme de que Gustavo estuviera a salvo, y si su familia aún estaba viva, devolverlo a ellos. Él era lo más importante, y me preguntaba cómo diablos íbamos a salir de esta ilesos.

Bau, como si sintiera mis pensamientos, miró por encima de su hombro y dijo: —No es la primera vez que nos metemos en problemas. ¿Recuerdas Mosul?

¿Cómo podría olvidarlo? El escuadrón de Bau había quedado atrapado dentro de un viejo edificio de apartamentos, con francotiradores enemigos en cada azotea impidiendo que alguien entrara o saliera. Ni siquiera se suponía que fuera una misión tan volátil, pero las cosas se habían puesto feas rápidamente. Rompiendo todo protocolo, me vi obligado a tomar un arma solo para añadir algo de potencia de fuego. Estuvimos en el edificio durante doce horas y tuvimos que evacuar equipos de dos mientras los que quedaban atraían el fuego enemigo desde dentro del edificio.

Bau intentó sacarme en el primer grupo, pero me negué a dejarlo. Sabía que esperaría hasta que el último hombre se hubiera ido antes de irse él mismo. Honestamente creí que íbamos a morir, pero Bau logró sacarnos del edificio bajo la cobertura de la noche, esquivando el fuego que venía de todos lados, justo cuando el ejército autorizó un ataque aéreo que nos dio una apertura para ser extraídos. Si no hubiera sido por la confianza inquebrantable de Bau, podría haber perdido la cabeza. Pero nos sacó con vida.

—No teníamos un bebé con nosotros en Mosul —dije. Gustavo se retorció y rió en su arnés, extendiendo la mano hacia un gran escarabajo verde que zumbaba a nuestro alrededor.

—No voy a dejar que le pase nada a ese niño. Y tú tampoco, lo sé con certeza. Ambos nos aseguraremos de que Gustavo esté a salvo.

Caminamos durante varias horas, sin detenernos y apenas hablando. Gustavo estaba dormido. La selva era espesa y nos presionaba por todos lados. Debería haberse sentido opresivo, pero era todo lo contrario. Estaba con Bau, y una cosa se estaba volviendo tan dolorosamente obvia para mí. Lo había extrañado. Realmente lo había extrañado.

Es decir, yo lo sabía. Pero honestamente creía que nunca lo volvería a ver. Lo había compartimentado y lo había sacado de mis sentimientos y, en su mayor parte, de mis recuerdos. No tenía expectativas de que algo volviera a suceder entre nosotros. Pero, como mínimo, sabía que le debía una explicación a Bau. Había vuelto a mi vida, dándome la oportunidad de finalmente arreglar las cosas entre nosotros.

Pero, ¿por qué era tan condenadamente difícil? Sabía lo que tenía que hacer, pero pronunciar las palabras era increíblemente complicado. Era como si hubiera un muro de ladrillos dentro de mi cabeza que me lo impedía. Era lo mismo que me había hecho huir en lugar de enfrentarlo. Un muro de miedo.

No podía huir esta vez.

La selva rebosaba de vida vibrante que había sido en su mayoría invisible desde las ventanas del Isuzu, pero ahora a pie nos encontrábamos cara a cara con la vasta multitud de criaturas que componían esta tierra virgen. Ranas de colores neón se aferraban a los troncos de los árboles mientras coloridos pájaros revoloteaban alrededor del dosel, moviéndose de rama en rama. Flores brillantes florecían de lianas colgantes, su néctar proporcionando alimento a las mariposas y otros insectos que revoloteaban a su alrededor. Pronto, pude escuchar el rugido de una cascada a poca distancia. Por el estudio de los mapas, sabía que un río cruzaba el camino, así que ese tenía que ser el lugar al que nos acercábamos ahora.

Los árboles se abrieron. Estábamos en un acantilado empinado de rocas negras cubiertas de musgo, el río fluía desde el este y caía en una piscina a unos treinta metros más abajo. Bau señaló hacia abajo.

—Mira —dijo.

Vi un pequeño edificio oxidado cerca de la salida donde la piscina continuaba hacia el río. El muelle junto al edificio me hizo pensar que era una cabaña de pesca. Bau dejó su mochila y sacó unos pequeños prismáticos.

—Parece abandonado —dijo, mirando a través de ellos—. No hay actividad. No parece que se haya usado en un tiempo. Deberíamos bajar allí y montar el campamento para pasar la noche.

—Sí —miré sobre el borde y me estremecí—. Esto va a ser divertido.

Decidimos hacerlo paso a paso. Bau bajaría hasta la primera roca, luego yo le bajaría a Gustavo antes de proceder a bajar yo mismo. Enjuagar y repetir. Las rocas estaban resbaladizas y no queríamos arriesgarnos a que alguien se cayera mientras llevaba al niño.

Gustavo, despierto de su siesta, se chupaba el pulgar y miraba alrededor con los ojos bien abiertos, completamente ajeno a nuestra precaria situación. Agarrando las correas de su portabebés, lo bajé cuidadosamente a los brazos esperantes de Bau. Solo había unos pocos pies de roca resbaladiza para pisar. Hundiendo mis dedos en una grieta en las rocas, hice mi camino hacia ellos. Con mi pesada mochila era aún más difícil mantener el equilibrio. Sentía como si el peso de la bolsa me estuviera jalando hacia el vacío, lejos del acantilado.

Bau me entregó a Gustavo y encontró una manera de bajar al siguiente nivel de rocas. Estaba a unos tres metros más abajo, y tuve que ponerme boca abajo para bajarle a Gustavo. Bau extendió los brazos, pero le faltaba un pie para alcanzarlo.

—Suéltalo —dijo.

—¿Seguro que lo tienes? —pregunté.

—Sí. Lo tengo.

Apreté los dientes, conté hasta tres y luego solté el portabebés de Gustavo. Cayó en las manos de Bau, riendo como si estuviéramos jugando. Exhalé aliviado.

—Jesús —murmuré—. Bien, voy bajando.

Giré mi cuerpo y lentamente intenté deslizarme por la roca, clavando mis botas en la piedra para tratar de encontrar apoyo. De repente, pisé un trozo de algas resbaladizas como el hielo. Mi agarre falló y, en un instante, estaba cayendo. Aterricé sobre mis pies, pero el peso de mi mochila me arrastró hacia abajo. Caí hacia atrás, con la parte superior de la mochila colgando justo al borde de la roca. Podía sentirlo: estaba a punto de caer de cabeza. ¡Mierda! Extendí mi mano en un intento de agarrar algo para salvarme. Sentí la mano de Bau atrapar la mía. Tenía a Gustavo acunado en un brazo, y el otro era todo lo que me impedía caer de cabeza a mi perdición.

—Te tengo —dijo—. Tres, dos...

Flexionó su brazo, su enorme bíceps hinchándose mientras me levantaba de nuevo. Tropecé hacia adelante, estabilizándome contra su cuerpo.

—Jesús —respiré—. Gracias.

—¿Estás bien?

No pude evitar sonreír. Mi corazón latía con adrenalina.

—Sigo vivo.

Fue entonces cuando me invadió el impulso de besarlo. No lo hice, por supuesto, pero el deseo era fuerte. Provocado por el peligro y alimentado por su presencia embriagadora, un viejo fuego se renovó dentro de mí, amenazando con arder con intensidad.

BAUTISTA

La cabaña estaba vacía y abandonada, tal como había pensado. Nadie la había visitado en mucho tiempo, y la selva empezaba a reclamarla. Dentro había un colchón mohoso, una mesa plegable con una silla y algunos viejos aparejos de pesca. Instalamos nuestro campamento en el interior y extendimos un mapa sobre la mesa. Manteniendo un ritmo constante, podríamos llegar a nuestro objetivo al día siguiente. Pero necesitaba un plan para salir de aquí. Ya no confiaba en la carretera, pero no había forma de que pudiéramos irnos a pie. Los bandidos probablemente montarían algún tipo de bloqueo, sabiendo que estábamos por aquí. Y existía la posibilidad de que aún nos estuvieran siguiendo el rastro.

No sabía si tenía suficiente potencia de fuego para enfrentarlos solo. Y con Gustavo para proteger, las cosas se complicaban aún más. Debería haber pedido los malditos explosivos.

Necesitaba ayuda.

Ryan se sentó en el suelo y observó a Gustavo gatear, gorjeando y arrullando emocionado mientras perseguía a una pequeña lagartija que trepaba por la pata de la mesa. Saqué el teléfono satelital de mi mochila y marqué el número de la base. Tres timbres, y Sylus contestó la línea.

—¿Sí? —respondió.

—Hola, hermano —dije—. Escucha... tengo una pequeña situación aquí.

Rápidamente le informé sobre lo que estábamos enfrentando. Escuchó en silencio, y casi podía oír los engranajes girando en su cabeza, buscando una manera de sacarnos de este aprieto. Sylus siempre había sido el serio. Había sido un segador en las Fuerzas Especiales de los Marines, un francotirador, y uno de los mejores. Su nivel de concentración no tenía paralelo con nadie que yo conociera, al igual que su habilidad como soldado. Pero había dejado su rifle y se había alejado de la muerte. Tanto él como Virgil lo habían hecho. Yo era el único soldado que quedaba. Pero era imposible sacar al guerrero del Marine. Confiaba en él completamente. Sería capaz de conseguir el apoyo necesario para sacarnos de aquí.

—Espero que alguien por allá te deba un par de favores más —dije.

—Haré algunas llamadas —dijo—. No te preocupes. Tengo que sacarte de ahí para poder conocer a ese hombre tuyo.

Me reí. —Eh, eh. Para tus caballos, hermano. No es lo que tú crees.

—No te creo —dijo—. Bien, me pondré en contacto contigo tan pronto como pueda. Mantén la línea libre. —La llamada se desconectó. Maldito Sylus.

Ryan estaba jugando al cucú con Gustavo, haciendo todo tipo de ridículas conversaciones de bebé. Tuve que sonreír para mis adentros, era demasiado adorable.

Mi hombre...

Qué bien sonaba eso, joder. Ryan Everton como mi hombre.

Ryan levantó a Gustavo y lo alzó en el aire, provocando un ataque de risa en el pequeño bebé. Por un momento ya no estaba en una selva húmeda y lóbrega, sentado dentro de las ruinas mohosas de la vieja cabaña de algún pescador. Estaba en otro lugar, viendo la posibilidad de Ryan Everton y yo juntos. Vislumbré cómo sería verlo como mi hombre, una escena de la vida

doméstica que había fantaseado tantas veces antes. Nuestro salón en el rancho Synn, juntos, con un bebé... Nuestro hijo.

Todo al respecto era completamente una locura. Especialmente el hecho de que aún pudiera mantener estos pensamientos después de que me hubiera roto el corazón.

Me miró, bajando lentamente a Gustavo a su regazo. —¿Qué pasó?

—Sylus tiene que hacer algunas llamadas —dije, alejando la fantasía—. Por ahora, creo que podemos relajarnos.

—Me vendría bien un descanso —dijo—. Todo está empezando a alcanzarme ahora.

—Voy a salir a echar un vistazo. Creo que estaremos bastante seguros aquí. Estamos lo suficientemente lejos de la carretera. No sé tú, pero yo podría usar un baño de puta madre.

—Dios, sí.

La enorme piscina en la base de la cascada era sorprendentemente clara y profunda, el agua de un hermoso color zafiro debido a los minerales depositados en el fondo. Dejé mi rifle sobre una roca y me quité toda la ropa.

—Yo lo sostengo —dije, acercándome a Ryan.

—Oh, Jesús. Bau, ¿qué demonios?

—¿Qué?

—¡Estás jodidamente desnudo!

—No voy a bañarme con la ropa puesta. Vamos, dámelo.

Era gracioso lo obvio que era Ryan al mantener sus ojos a nivel. Me entregó a Gustavo, le quité el pañal y entré lentamente en la piscina, bajándonos a los dos al agua. Gustavo chilló y pateó con sus piernas.

—Ahí vamos —le dije—. ¿No se siente bien, amiguito? Primer baño.

Sosteniendo a Gustavo contra mi pecho, nadé hacia el centro de la piscina donde la brisa de la cascada rociaba mi cara. Me di la vuelta para ver a Ryan caminando de un lado a otro por la orilla.

—¿Qué estás esperando? —grité.

Finalmente, como si después de un gran debate, Ryan se quitó rápidamente la ropa y corrió hacia la piscina. Nadó hacia nosotros, el agua brillante apenas ocultando su forma desnuda. Sumergió la cabeza y se echó el pelo hacia atrás con las manos.

—¿No te sientes cohibido, verdad? —le pregunté.

—No estoy tan ansioso por estar desnudo todo el tiempo como tú —dijo—. Oh, esto se siente tan bien.

—Por cierto, bien conducido allá atrás. Lo manejaste muy bien.

—Gracias —dijo, luciendo complacido.

—Siempre hemos hecho un maldito buen equipo.

Su sonrisa hizo que mi corazón se saltara un latido. —Supongo que sí.

Se hundió para dejar que el agua cubriera su boca y luego sopló burbujas, provocando que Gustavo estallara en chillidos de deleite. Le pasé al niño, y él lo hizo rebotar en el agua y lo movió alrededor mientras hacía ruidos de motor con la boca.

Nadé lentamente alrededor de la piscina, mirando hacia el imponente dosel de árboles de la selva y la cima de la cascada. Su estruendo era una bendición y una maldición. Ocultaría los sonidos de nuestro campamento, pero también haría difícil detectar cualquier intruso. Tenía que confiar en que estábamos lo suficientemente lejos de la carretera y de cualquier sendero muy transitado como para no tener que preocuparnos por ser descubiertos.

Salí y me senté en una roca al borde del agua y usé mi pañuelo para limpiar mi cuerpo. Ryan emergió llevando a Gustavo, y le arrojé su ropa. La agarró de la bolsa y caminó desnudo de vuelta a la cabaña. Miré por encima de mi hombro, echándole un vistazo.

Cuando regresé a la cabaña, encontré que había preparado un área para dormir para Gustavo en el suelo y estaba calentando un biberón de fórmula para él. Me conmovió verlo cuidando al niño. Incluso si decía que no estaba interesado en adoptar, el tipo era mejor con los niños de lo que se daba crédito, y era jodidamente adorable.

Ryan me miró, con el biberón en la mano. —Oh, te has puesto la ropa.

—Suenas decepcionado.

—Recuerdo cuando solías caminar desnudo por la base. Sin vergüenza alguna.

—¿Sí? ¿Un buen recuerdo para ti?

Resopló pero no dijo nada. Me senté junto a Ryan y levanté suavemente a Gustavo, acunándolo en mis brazos. Ryan le ofreció el biberón, y él lo tomó con sus manitas regordetas y comenzó a succionar. Nos sentamos en silencio, viendo a Gustavo beber felizmente su comida. El pequeño bebé nos miraba con ojos grandes.

—¿Quieres sostenerlo? —pregunté.

—Vale.

Se lo pasé. —Sabes... El maldito niño es bastante lindo —dijo.

Me estiré en el suelo, usando mi mochila como almohada. —Espero que sus padres hayan podido salir de allí con vida. Los encontraremos. Nos aseguraremos de que vuelva a casa con ellos.

—Sí.

Cuando Gustavo terminó su biberón, Ryan lo colocó en su pequeño nido y luego se acostó en el suelo a mi lado. Podía sentir el calor de su cuerpo, o tal vez era solo mi imaginación, tan consciente de su presencia. Cerré los ojos, recordando la sensación de tenerlo contra mí, de sostenerlo en mis brazos.

—Oye, eh, escucha —dijo Ryan. Me volví para mirarlo. Estaba mirando al techo, con expresión tensa—. Creo que ninguna disculpa por lo que te hice será jamás suficiente. Pero lo siento. Lo siento mucho, mucho.

Mi corazón latió más rápido. —Sé que lo sientes. Me lo has dicho.

—Te debo una explicación.

—Sí, me la debes. Me debías una explicación hace siete años, Ryan. Hace siete putos años.

—Me ha llevado un tiempo jodidamente largo entender por qué hice lo que hice. Pero me da cuenta de que la explicación era simple: tenía miedo.

—¿Tenías miedo? —repetí incrédulamente, tratando de darle sentido.

—Tenía miedo. Supongo que la mejor manera de describirlo es que me entró el pánico. Como... como una novia que huye de su boda. Fue una cantidad loca de presión que sentí de repente, y simplemente no pude manejarlo. Nunca había tenido que lidiar con eso antes, así que supongo que huir fue lo único que tenía sentido para mí hacer.

—No lo entiendo. ¿Qué presión? —me reí—. No es como si nos fuéramos a casar. Ni siquiera estábamos en una relación real. ¿Verdad?

Me miró y se encogió de hombros. —No, pero era la forma en que me sentía.

—¿La forma en que te sentías? ¿Cómo era eso?

Suspiró. —Maldita sea. Todavía me resulta jodidamente difícil hablar de esto.

—Bueno, esta vez no tienes a dónde huir. Así que será mejor que hables de ello.

Tragó saliva, exhaló, tomó una respiración profunda y exhaló de nuevo. —Oh, Dios.

—Suéltalo ya.

—Joder, Bau. Estaba enamorado de ti, y no podía afrontar esa puta realidad.

Me quedé allí, atónito. ¿Qué? ¿Estaba enamorado de mí? Nunca antes me había dicho esas palabras. Pero aún así no tenía sentido para mí. De hecho, solo hacía las cosas más jodidamente confusas. ¿Por qué demonios se iría si me amaba? Abrí la boca para responder, cuando el teléfono satelital empezó a sonar. Nos miramos fijamente, las palabras flotando pesadamente en el aire.

—Espera —dije, finalmente—. Mantén ese puto pensamiento, ¿de acuerdo?

Me levanté y cogí el teléfono, haciendo todo lo posible por evitar que mis malditas manos temblaran. —Sylus.

—Hola, Bau. —Pude notar inmediatamente por su tono que no tenía buenas noticias para mí—. Escucha, hice llamadas a mis contactos en Los Llanos. No van a hacer una mierda. Es una puta mierda, pero nadie está dispuesto a arriesgarse para hacer una extracción real. Demasiados obstáculos que superar es su excusa.

—Joder, Sylus —dije en voz baja, no queriendo que Ryan me oyera—. ¿No entienden que tenemos un puto bebé aquí? ¿Uno de los suyos?

—Su propio gobierno ni siquiera envió ayuda cuando ocurrió el desastre. Es obvio que les importa una mierda.

—Mierda —murmuré—. Vale. Así que estamos solos.

—No. Todavía me tienes a mí. Y aún tienes al resto del equipo de Synn Services. Seguiremos

trabajando en esto. Vosotros dos aguantad y manteneos con vida. Y mantén activada tu baliza GPS. Estaré rastreando tu posición.

—Entendido.

Puse el teléfono sobre el mapa que estaba extendido en la mesa. Mierda.

—Eso no sonó como buenas noticias —dijo Ryan, acercándose a la mesa.

—No —dije—. Seguro que no lo eran.

—¿Nadie viene?

—En este momento, no.

Para mi sorpresa, Ryan extendió la mano y la puso en mi espalda. Mis pulmones se llenaron de aire mientras tomaba una respiración rápida. Su toque tenía ese efecto en mí. Era eléctrico, inyectando vida en mi cuerpo. Haría todo lo que estuviera en mi poder para mantenerlo a él y al bebé a salvo.

—Siento haberte metido en esta situación —dijo Ryan.

—No lo sientas. Me alegro de estar aquí para sacarte de este lío.

Cenamos una ración de combate y mantuvimos las luces apagadas mientras el sol se ponía. Con esta nueva situación entre manos, la confesión de Ryan pasó a un segundo plano. No fui capaz de sacarla a colación de nuevo; mis pensamientos estaban demasiado ocupados en cómo mantenernos a salvo. Si Sylan no era capaz de encontrar alguna manera de organizar una

extracción, dependería de mí luchar para sacarnos de aquí. El problema era que no tenía ninguna información. Realmente no sabía a qué me enfrentaba. Si estuviera solo, sería una historia completamente diferente, pero con ellos dos bajo mi protección...

Ryan y yo nos acostamos a cada lado de Gustavo, manteniéndolo a salvo entre nosotros. Cerré los ojos y me encontré rápidamente arrullado por el suave rugido de la cascada. Sin embargo, el sueño no duró mucho. Al menos, sentí que solo había estado dormido por un momento. Mis ojos se abrieron de golpe al escuchar los llantos de Gustavo, y me incorporé de un salto, sacando la pistola que tenía a mi lado. Miré alrededor, tratando de orientarme. La luna brillaba a través de la ventana brumosa.

Ryan se sentó.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—No lo sé. Está llorando.

Revisamos su pañal y lo encontramos limpio. Ryan lo tomó en sus brazos e intentó calmarlo, meciéndolo y arrullándolo. Preparé un biberón de fórmula e intenté alimentarlo, pero Gustavo lo rechazó. Su cara estaba roja y sus mejillas empapadas de lágrimas. Ryan y yo nos miramos, desconcertados.

—¿Qué le pasa? —me preguntó.

—¡No lo sé! Soy bueno con los niños. No es como si fuera un jodido experto en bebés ni nada.

—Intenta cantarle.

—¿Quién, yo? —pregunté.

—Sí.

—¿Con mi maldita voz? Empeorará las cosas. ¿Por qué no le cantas tú?

—Mierda, lo intentaré. —Se aclaró la garganta—. Duérmete niño, duérmete ya...

Gustavo lloró más fuerte, definitivamente no era fan del canto de Ryan.

—Bueno, tal vez no —dijo Ryan.

—Tengo una idea. —Fui a mi mochila y encontré la foto de los padres de Gustavo—. Oye, amiguito. Mira esto. Son tu mami y tu papi, ¿ves?

Su reacción fue casi inmediata. Miró fijamente la foto, sus llantos disminuyendo a suaves hipidos mientras las lágrimas corrían por su rostro hinchado. Usé mi pañuelo para limpiarle la cara, y pronto solo estaba un poco inquieto. Ryan lo mecía suavemente y comenzó a cantar de nuevo, más suave esta vez.

—Duérmete niño...

Me sentí obligado a unirme a él. Canté junto a él, sosteniendo la foto para que Gustavo pudiera verla. No apartó los ojos de la imagen hasta el momento en que volvió a quedarse dormido. Ryan lo colocó en su cama, y los dos nos sentamos en el suelo junto a él. Coloqué la foto en un lugar seguro donde estuviera a la vista de Gustavo.

—El pobre extraña a sus padres —dije.

Ryan asintió. Contempló al bebé dormido frente a nosotros, pareciendo estar muy lejos. De repente, en ese momento, lo entendí todo: el miedo de Ryan, por qué había huido. Por supuesto que tendría miedo. El hombre había sido abandonado en cada momento de su vida, cada persona cercana a él le había dado la espalda cuando más los necesitaba. Me había amado. Debió haber sido aterrador. Solo podía imaginar el tipo de miedo que agarraría a un hombre que solo había sido herido. Un perro golpeado se retraería o mordería la mano que intentara acariciarlo.

Deslicé mi brazo alrededor de él y lo abracé contra mí. Ryan se relajó en el abrazo como si fuera lo más natural del mundo, como si fuera lo único que se podía hacer.

—Ryan —dije. Él me miró—. Creo que es justo que yo también te confiese algo. La cosa es que, es como si hubiera pasado mucho tiempo buscando. Y, bueno... cada hombre con el que he estado, esperaba que pudiera ser un reemplazo para ti. Pero nadie logró siquiera acercarse a hacerme sentir de la manera en que me sentía contigo. Y... —Miré a Gustavo, reuniendo coraje para decir una última cosa. Ryan me observaba, esperando—. Es la forma en que todavía me siento.

Estaba oscuro, pero pude distinguir el brillo de las lágrimas acumulándose en sus ojos justo antes de que girara la cabeza para mirar hacia otro lado. Su frente se arrugó y cubrió su rostro con su mano, ahogando su suave llanto.

—Oye —susurré, abrazándolo más fuerte.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho, Bau. Siento lo que te hice.

Presioné mis labios contra su cabello y besé su cabeza.

—Lo entiendo. Ya no estoy molesto. Comprendo.

—Dios, solo desearía... No sé. —Bajó la mano y sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas—.

Desearía que pudiéramos recuperar todo ese tiempo.

Lo probé por primera vez en siete años y descubrí que nada había cambiado. La forma de sus labios sobre los míos, la manera en que me besaba de vuelta, presionándose contra mí y tomando un lento respiro al mismo tiempo, todo era justo como lo recordaba. Se sentía como si estuviera recuperando algo que había olvidado que extrañaba. Cada recuerdo se había reavivado y estallaba en mi mente como balas trazadoras disparadas al cielo nocturno.

Lo agarré y lo subí a mi regazo. Rodeó mi cintura con sus muslos y yo incliné la cabeza hacia atrás para besarlo. Él rodeó mi cuello con sus brazos, sosteniéndome cerca. Recorrí con mis dedos sus muslos hasta su cintura y luego su pecho, volviendo a familiarizarme con la forma de su cuerpo. Había pensado tanto en esto. En mis fantasías había explotado los viejos recuerdos tratando de recordar cómo se sentía, y ahora lo tenía de nuevo. Mi cabeza nadaba en felicidad. Estaba ebrio de ella. Lo tenía de nuevo.

Gimió suavemente contra mis labios. Me estaba abrazando tan fuerte, aferrándose a mí con sus piernas como si temiera que lo alejaran. Subí su camisa y se la quité por la cabeza. Miró por encima de su hombro para comprobar a Gustavo, que ahora estaba profundamente dormido.

—Seremos silenciosos —dije.

—Lo intentaré —susurró.

Sonreí. —Nos las hemos arreglado en situaciones más complicadas.

Sentía como si estuviera en un sueño despierto. Lo puse a cuatro patas, luego le bajé los pantalones por los muslos y tenía mi polla en la mano. Fue rápido y primitivo. Estábamos hambrientos el uno del otro. Escupí en mi palma y lo usé para lubricarlo. Ambos sabíamos que sería doloroso, pero no nos importaba. Lo habíamos hecho así tantas veces antes. Nos movíamos en sincronía, haciendo un baile que nuestros cuerpos aún recordaban.

Ryan gruñó cuando entré en él. Presionó su cara contra su antebrazo y mordió la piel, ahogando sus gemidos. Sus ojos se cerraron con fuerza y yo empujé profundamente, agarrando su cintura para tirarlo hacia mí. Golpeó el suelo con el puño.

—Joder, Bau —murmuró—. Joder.

Me estrellé contra él una y otra vez, mi polla palpitando dentro de su estrecho agujero. Él bajó la mano y se acarició, aún logrando ahogar sus gritos.

Todos los viejos recuerdos se estaban desvaneciendo ahora. Ya no necesitaba aferrarme tan fuertemente a ellos, porque lo tenía de nuevo.

Me incliné sobre él, presionando mi pecho contra su espalda. Él giró la cabeza para encontrarse con mis labios. Bajé la mano y tomé su polla, ayudándolo. Sentí cómo su cuerpo reaccionaba a mi toque y a cada embestida. Sus ojos grises se fijaron en los míos, y sentí todo lo que había estado extrañando. Me sentí completo. Era una locura lo increíblemente correcto que se sentía estar con él. Siempre había sido así y nada había cambiado en absoluto.

Él estiró la mano hacia atrás y la deslizó detrás de mi cabeza, agarrando un puñado de mi cabello para atraerme a un beso más apretado. Estábamos luchando el uno con el otro. Nuestro sexo siempre había sido rudo. A ambos nos daba vida el dolor. Moví mi boca a su cuello, besando, chupando y mordiendo. Luego él se dio la vuelta y se puso de espaldas, y yo le levanté las piernas y entré en él de nuevo, follándolo cara a cara. Agarró mis bíceps con tanta fuerza que supe que quedarían magullados. Lo follé profundamente, masturbando su polla con una mano mientras lo hacía.

Él se corrió primero. Su expresión se congeló en una mueca mientras su polla palpitaba en mi agarre y derramaba semen caliente sobre mis nudillos. Su ano se apretó a mi alrededor con las olas de su clímax. Me estaba atrayendo hacia él, apretándome, sin querer dejarme ir. Mi propio orgasmo me golpeó como un maldito rayo. Empujé hasta el fondo mientras mi polla se flexionaba y palpitaba, terminando dentro de él.

Nos quedamos en esa posición, nuestros pechos agitados mientras luchábamos por recuperar el aliento. Mis ojos nunca dejaron los suyos. Lo besé, y él me rodeó con sus brazos y me mantuvo allí, empujando su lengua contra la mía.

—No tienes nada que temer —dije—. Nunca, jamás te abandonaré. ¿Me oyes? Nunca.

Asintió y me atrajo hacia él.

Nos acurrucamos juntos, abrazados. Lo rodeé con mis brazos, atrayéndolo fuertemente contra mi pecho. Hundí mi cara en la parte posterior de su cuello, absorbiendo su cálido aroma. Me di cuenta de que esta sería la primera vez que dormiríamos juntos en los brazos del otro, la primera vez que no teníamos que esconder nuestro amor.

RYAN

Cuando desperté, la choza estaba vacía. Una olla humeante de café reposaba sobre la estufa de campaña con una taza limpia y un paquete de MRE sin abrir a su lado en el suelo. Los agujeros oxidados en las paredes metálicas de la choza dejaban entrar brillantes rayos de sol matutino. Escuché la risa de Gustavo y el chapoteo del agua. Me levanté para servirme una taza de café.

Uf.

Hacía tiempo que no me despertaba con este tipo de dolor, un recordatorio de la noche anterior. Afuera, Bau estaba metido hasta la cintura en la piscina sosteniendo a Gustavo por las axilas, ayudándolo a nadar. Me detuve, contemplando la escena. ¿Era extraño que, aunque estuviéramos aquí con nuestras vidas en peligro, no lo hubiera querido de otra manera? En este momento, no sentía miedo. No estaba preocupado por nosotros. Tal vez solo era el resplandor posterior jugando trucos en mi mente. Aún estábamos en peligro, pero por primera vez me sentía realmente seguro.

Sin embargo, me preocupaba que fuera un sentimiento temporal. Que tarde o temprano los viejos temores volverían, y no tendría suficiente fuerza para vencerlos. Pero quería creer que tal vez esta vez, estaría bien.

Cogí mi cámara y tomé una foto de ellos jugando. Bau miró hacia mí y saludó.

—Buenos días —dijo.

Me acerqué a él y me senté en una roca junto al borde del agua y tomé un par de fotos más. Salió del agua, acunando a Gustavo en el hueco de su brazo. Su rifle estaba apoyado contra un árbol, y fue a buscarlo y se lo colgó al hombro. A través del visor de mi cámara, observé a Bau caminar hacia mí. Clic. Clic. Clic. Cada disparo del obturador lo acercaba más. Bajé la cámara cuando estaba justo frente a mí, y se inclinó para darme un suave beso en los labios, como si fuera lo más natural del mundo. Ese beso me hizo sentir como si no hubiéramos estado separados durante siete años.

—Antes de irnos quiero mostrarte algo —dijo.

—¿Ah, sí? —De repente tuve todo tipo de pensamientos sucios que se detuvieron cuando Bau me lanzó su rifle.

—Quiero asegurarme de que aún sabes qué hacer con uno de estos.

Me reí.

—He tenido mucho entrenamiento.

—Bien. Recarga. Piensa rápido.

Lanzó un cargador y lo atrapé en el aire. En un rápido movimiento, liberé el cargador del rifle, metí el nuevo en la ranura y tiré hacia atrás de la manija de carga con dos dedos para cargar una bala en el arma.

Sonrió.

—Bien. Ahora muéstrame tu postura.

Me coloqué en posición de combate, sosteniendo la culata del rifle contra mi hombro. Aún acunando a Gustavo con un brazo, Bau se acercó a mí y pateó el tobillo de mi pierna trasera, ampliando mi postura. Luego se movió detrás de mí y levantó ligeramente la punta del rifle, alineando la mira con mis ojos. Se acercó más, su pecho desnudo tocando mi espalda. Sentí su entrepierna chocar contra mi trasero, y tomé una excitada bocanada de aire. Agarró mi brazo con su mano libre y usó su pecho para empujar mi torso hacia adelante, ligeramente.

—Inclínate más hacia adelante —dijo en mi oído—. Mantén la culata bien apretada. Absorberás mejor el retroceso. —Alcanzó y acercó el rifle más a mi pecho—. Sentí a Gustavo estirarse y golpear mi cabello, balbuceando felizmente—. Y no hagas esa cosa de ala de pollo con tu codo. —Golpeó mi brazo, obligándome a bajar el codo contra mi torso—. Caray. ¿Quién te entrenó?

—Tú lo hiciste, idiota.

Se rió.

—Bueno, o hice un trabajo terrible o olvidaste todo.

—Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he tenido que usar un rifle, así que probablemente lo segundo.

—Está bien, bien. Se ve bien. Y tu postura debería ser como... —Su mano agarró mi cintura y cambió mis caderas, girándolas ligeramente. Me tiró hacia atrás contra él, y ahora realmente podía sentir su bulto.

Empujé mis caderas hacia atrás y golpeé mi trasero contra su paquete.

—Muy bien, ahora solo estás jugando conmigo.

Se rio y me rodeó la cintura con el brazo, manteniéndome cerca. Giré el cuello hacia atrás y encontré sus labios. Podía sentir mi polla endureciéndose dentro de mis calzoncillos. Desabroché el botón del frente de mis pantalones y metió la mano dentro. Inhalé bruscamente cuando tocó mi erección. Sus dedos se curvaron alrededor de mi polla, apretándola con fuerza y sacándola.

—E-espera —murmuré—. ¿Gustavo...?

Bau hizo un pequeño nido con una manta en un lugar seguro entre las rocas y colocó a Gustavo en él. Luego volvió a mí.

Con el rifle en mis manos, todo lo que podía hacer era agarrarlo con fuerza contra mi pecho mientras Bau me acariciaba. Empujé mi trasero contra él, frotándome contra su polla. Estaba tan jodidamente duro. Sus caricias comenzaron lentas y lánguidas, y retorció su agarre para dar placer a cada punto de mi polla. Se movió más rápido, arrancándome un gemido. Goteaba pre-emen, cubriendo la punta de mi polla con cada caricia. No pude evitar mover mis caderas al unísono con sus movimientos. Estiré mi mano hacia atrás y la envolví alrededor de su cuello, atrayéndolo hacia un beso. Mi lengua se movió contra la suya. Estaba en el cielo.

—Joder —dije—. Se siente demasiado bien, vas a hacer que me corra.

—Entonces córrete, maldita sea —gruñó en mi oído—. Córrete para mí.

Mi polla se flexionó mientras el orgasmo explotaba a través de mí. Cubrí su mano con mi eyaculación, y continuó palpitando y goteando sobre el suelo. Me relajé contra él, recostándome en su pecho. Me besó el cuello, raspando mi piel con sus dientes. La piel de gallina se extendió por todo mi cuerpo.

Levantó su mano hacia mi boca. La besé y lamí mi semen de sus dedos. Me giró para quedar frente a él y atrajo mis labios a los suyos, saboreándome con su lengua.

—Extrañaba hacer eso —dijo, presionando su frente contra la mía.

—¿Sí? Yo también —deslicé mis manos alrededor del cuello de Bau.

Recogimos el campamento, cubriendo nuestras huellas y sin dejar rastro de nuestra presencia. Nos adentramos en la jungla, dejando la cascada atrás. Bau llevaba su baliza de rastreo GPS colgando del costado de su mochila, la cual proporcionaba información de ubicación en tiempo real a su hermano hasta Los Ángeles.

A medida que cubrimos más terreno, noté que el paisaje cambiaba. Ahora había más variación en la elevación, y ascendimos por rocas oscuras cubiertas de enredaderas y árboles. Reconocí que nos acercábamos al territorio conocido del felino de la jungla. Era un animal pequeño, solo un poco más grande que el gato doméstico promedio, y prefería los escondites que ofrecía el terreno rocoso exactamente como el que estábamos viendo. Tomé más fotos y Gustavo, atado a mi pecho, se estiró para tirar de mi cámara.

Nunca había pensado realmente en formar una familia, en adoptar un niño. Especialmente en adoptar un niño. Estaba demasiado preocupado de que arruinaría su vida de alguna manera en una situación de profecía autocumplida, y las cosas terminarían como habían sido para mí. No quería ser responsable de hacerle eso a un niño. Pero además, simplemente nunca pude imaginarme llegando a ese punto. Las relaciones nunca habían sido una consideración en mi vida, así que ¿cómo diablos iba a pensar en establecerme con un niño? Pero ahora, por primera vez, en realidad no parecía tan malo.

Después de varias horas de dura caminata, nos detuvimos a descansar en la cima de un montículo de rocas densamente cubierto de vegetación. Bau desempacó MRE y comida para bebés, y dejé a Gustavo con él mientras me alejaba para tomar algunas fotos de las aves que saltaban por el suelo de la jungla. Me agaché y apunté mi lente. Uno de los animales, exquisitamente coloreado con brillantes patrones rojo neón en su plumaje, parecía estar haciendo un pequeño baile, saltando, girando e hinchando sus plumas. Tomé algunas fotos y lo seguí mientras revoloteaba por el suelo.

Me alejé silenciosamente, buscando un nuevo sujeto. Encontré un enorme lagarto monitor caminando entre los helechos, con una apariencia similar a la de un dinosaurio. Ajusté el zoom de mi cámara, y el enfoque automático captó algún movimiento y cambió para enfocarse en algo detrás del lagarto. Me quedé paralizado de sorpresa. En el pequeño valle en la base de la colina rocosa, pude ver a tres hombres armados caminando en fila. Me tiré al suelo, aplanándome contra él. A través del teleobjetivo observé cómo avanzaban. Más hombres entraron en mi campo de visión, siguiéndolos. Se movían en nuestra dirección. Me levanté en cuclillas y me apresuré a volver con Bau tan rápido como pude.

—Comida —llamó, levantando el paquete de MRE. Presioné frenéticamente mi dedo contra mis labios. Su expresión cambió, endureciéndose en algo temible. Se puso de pie, levantando a Gustavo de su rodilla. Me apresuré y tomé al bebé, asegurándolo en su portabebés. Bau quitó el seguro de su rifle y yo saqué mi pistola. Usando mis manos, indiqué dónde y cuántos. Asintió y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Nos movimos lentamente, manteniéndonos ocultos en el follaje. Bau levantó su puño para detenerme, y nos agachamos. Señaló sus ojos y luego directamente hacia la ladera. Había toda una maldita caravana de hombres patrullando por la jungla. Obviamente estaban buscando algo, o a alguien. Bau y yo intercambiamos una mirada. Su mandíbula se tensó.

Se movieron por el cañón, ahora casi directamente debajo de nosotros. Bau extendió su palma abierta y la presionó hacia el suelo, indicándome que me quedara quieto. Asentí. Miró a través de su mira, siguiendo sus movimientos. Gustavo estaba atado a mi pecho, y arrulló suavemente mientras intentaba alcanzar un escarabajo azul brillante que se arrastraba sobre una hoja frente a él. Agarré sus manos y lo callé silenciosamente. Se retorció infeliz.

Por favor, no llores, pensé. Jesús. Ahora no.

El escarabajo extendió sus alas y zumbó alejándose. Gustavo rió y estiró su cuello para verlo. Una gota de sudor cayó por el costado de la cara de Bau. Sus ojos estaban fijos en la mira, pero sabía que estaba tan preocupado por Gustavo como yo.

Los hombres se detuvieron y algunos de ellos sacaron cigarrillos. Estaban justo debajo de nosotros ahora. Gustavo intentó alcanzar la baliza GPS que colgaba de la mochila de Bau; era de color naranja brillante con una luz roja parpadeante. Esta vez, simplemente lo dejé jugar con ella. No podía arriesgarme a que se molestara. Tiró de ella y la acercó a su boca.

Los hombres charlaban y reían, fumando sus cigarrillos. Uno de ellos sacó una petaca. Algunos se sentaron en las rocas. Uno de ellos sacó un cuchillo y comenzó a limpiarse la suciedad debajo de las uñas.

Mi corazón latía con fuerza. Bau no parecía haberse movido en absoluto. Era como una estatua, con su arma preparada y apuntando.

El bandido con el cuchillo se puso de pie y, para mi horror, se dio la vuelta y comenzó a caminar por las rocas hacia nosotros. Bau bajó el cañón del rifle, siguiéndolo. Apreté con fuerza la empuñadura de mi pistola en mi palma sudorosa, preparándome para lo peor. Entonces se detuvo y se desabrochó los pantalones para orinar. Todo lo que tenía que hacer era mirar hacia arriba y nos vería escondidos sobre él.

Se sintió como una eternidad antes de que terminara. Se dio la vuelta y regresó con su grupo, limpiándose las manos en sus jeans. El resto de ellos habían terminado su descanso. El hombre del cuchillo gritó, reuniendo a todos, y comenzaron a moverse.

Solté un largo suspiro. La postura rígida de Bau se relajó y se dio la vuelta. —Vamos —susurró.

Bajamos la colina con cuidado, moviéndonos lo más silenciosamente posible. De repente, nos vimos rodeados. Hombres surgieron de la selva circundante con armas apuntando a nuestras caras. Solté mi pistola y Bau bajó su rifle, y ambos levantamos las manos. Gustavo comenzó a llorar.

El hombre del cuchillo se acercó. —¿Creían que no sabíamos que estaban aquí? —gruñó en español—. Eh. ¿Entienden lo que estoy diciendo?

—Sí —gruñó Bau.

—¿Quiénes son? Antes de que los matemos, díganos cuál es su propósito aquí. —Se volvió y me señaló—. ¡Eh! ¡Que alguien calle a ese maldito bebé!

Uno de los hombres sacó una pistola. Crucé mis brazos frente a Gustavo, girando mi cuerpo para protegerlo.

—¡Eh, eh! —gritó Bau—. No querrás hacer eso.

—¿Ah, sí? —dijo el jefe—. ¿Y por qué no?

—Es importante. Es estadounidense. Los dos lo somos. Es el hijo de un empresario adinerado, yo soy del ejército de Estados Unidos. Me contrató para escoltarlo hasta aquí. Pueden obtener un rescate enorme por los tres.

El hombre se rio. —¿Escoltarlo hasta aquí? ¿Con qué propósito?

Bau se encogió de hombros. —Es un aspirante a fotógrafo de naturaleza. ¿No me creen? Revisen la cámara.

El jefe asintió y uno de sus hombres me arrancó la cámara del cuello. El hombre le mostró las imágenes en la pantalla, y el jefe asintió. —Eh, es bastante bueno. Viniste a un lugar bastante estúpido para tomar bonitas fotos de pájaros. ¿Habla español?

—No —mintió Bau.

—Entonces, ¿qué pasa con el maldito bebé? —preguntó el jefe.

—Quería traer a su hijo. No lo sé, maldita sea. No me pagan para hacer preguntas.

El jefe se rio. —Malditos estadounidenses. —Caminó de un lado a otro, pensando. Luego sacó su pistola—. Debería matarlos por lo que le hicieron a mis muchachos. Pero por ahora, solo los joderé un poco. —Se lanzó y golpeó a Bau en el costado de la cabeza, enviándolo al suelo.

—¡No! —grité.

—Vamos, levántenlo —gritó el jefe—. Vámonos.

Se llevaron nuestras mochilas y ataron nuestras manos. Afortunadamente, se me permitió llevar a Gustavo en su arnés. La caravana nos condujo a través de la selva, conmigo al frente y Bau detrás de mí. Su rostro estaba hinchado, con una línea de sangre bajando desde donde lo habían golpeado.

—Lo siento mucho, Bau —dije, hablando por encima de mi hombro.

—Ya te lo dije —respondió, con voz grave—. Me alegro de haber estado aquí contigo.

Estaba furioso al verlos golpearlo. Pero lo peor era no poder hacer nada para ayudarlo. Esto era mi culpa. Una vez más, yo era el responsable de su sufrimiento. Mis temores se habían hecho realidad. No podía soportar la idea de que me lo arrebataran, no ahora, no cuando finalmente entendía que lo que había necesitado todo este tiempo era a él.

Llegamos a un campamento en la selva, acurrucado en la base de otra colina rocosa. Había varios vehículos estacionados alrededor del área y algunas lonas azules colgadas para resguardarse.

Había una línea de grandes jaulas para animales junto a la base de la colina, todas vacías excepto una que tenía un jaguar vivo dentro, mirando a través de las rejas metálicas. El animal rugió y arañó a los hombres mientras nos arrojaban a Bau y a mí en dos jaulas separadas junto a él.

Estos hombres eran malditos cazadores furtivos. Escoria.

—¡Eh! —gritó Bau—. Al menos desátenlo para que pueda cuidar al niño. ¿Quieren que ese bebé esté llorando todo el tiempo?

Los hombres cortaron mis ataduras, y saqué a Gustavo de su arnés y lo acuné, tratando de calmar sus llantos. Bau se desplomó contra el lado de la jaula, que estaba justo al lado de la mía, lo suficientemente cerca como para que pudiera alcanzar a través de los barrotes la suya. No iba a llamar más la atención sobre nosotros, así que mantuve mis manos quietas. En el área principal del campamento, los bandidos rebuscaban en nuestras mochilas, discutiendo por lo que encontraban. Arrancaron la baliza GPS y la arrojaron sobre la mesa, aparentemente no la querían.

Después de destrozarnos nuestras cosas, cocinaron comida en varias estufas de propano. Sacaron botellas de whisky caro y las pasaron de mano en mano. Uno de los hombres sacó un arco recurvo y flechas de la parte trasera de un camión y apuntaba a los árboles, tratando de disparar a los pájaros de las ramas.

—Bau —susurré, y él se volvió para mirarme—. Quiero decirte algo, por si no salimos de aquí.

—Vamos a salir de aquí —dijo él.

—Sí, lo sé. Pero... por si acaso, ¿de acuerdo? Quiero decirte que te amo. ¿Vale?

Me miró fijamente, y era difícil distinguir su expresión por la sombra que la jaula proyectaba sobre su rostro magullado. Pero entonces vi cómo sus labios se curvaban en una sonrisa.

—Nunca he dejado de amarte, Ryan. Nunca.

Asentí. Era todo lo que podía hacer. No quería arriesgarme a hablar. Sabía que si abría la boca, no había garantía de que pudiera evitar derrumbarme. Me consideraba una persona bastante dura. Hacía mucho que había desarrollado una piel gruesa para protegerme y mantener mis emociones bajo control, pero todo eso se desvanecía cuando se trataba de Bau. Me sentía vulnerable y expuesto, con todo mi interior derramándose a pesar de mis mejores esfuerzos por contenerlo.

Bajé la cabeza y estreché a Gustavo contra mi pecho. No iba a rendirme, y no iba a quedarme sentado esperando a que nos mataran.

Una bota resonó contra la jaula. Sobresaltado, levanté la mirada y vi al jefe apoyado en la jaula de Bau. Sostenía el teléfono satelital y arrastraba la antena por los barrotes.

—Despiértate de una puta vez, soldadito.

Bau lo miró con furia. —¿Qué quiere?

—Es hora de que hagas una llamada telefónica. —Abrió la jaula y sacó a Bau.

—¡Si le haces daño, no obtendrás nada! —grité mientras se lo llevaba—. ¡Nada, ¿me oyes, maldito?! —Me sentía patético. Todo lo que podía hacer era gritar. En la jaula lejana al otro lado de la de Bau, el jaguar seguía paseando ansiosamente. Tenía que hacer algo, pero ¿qué demonios podía hacer?

Poco después, Bau fue arrojado de vuelta a su jaula. Con las manos aún esposadas a la espalda, cayó al suelo con fuerza, incapaz de detener su caída.

—Gracias, imbécil —tosió.

Me arrastré hacia los barrotes. —¿Qué pasó?

—Bueno, logré mantener la farsa. Llamé a Sylus, y él consiguió convencerlos de que algún cabrón de la embajada estadounidense vendrá en helicóptero al amanecer con un maletín lleno de dinero. Por supuesto, cuando llegue ese momento y nadie aparezca realmente... Pero al menos nos ganará algo de tiempo.

—Jesús —murmuré.

Entonces me di cuenta de que podía hacer algo, pero no sabía si tenía las herramientas para lograrlo. Busqué en mis bolsillos algo pequeño, algo metálico... Revisé mis botas. Nada.

Mierda.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bau.

—Buscando algo para sacarnos de aquí. Una horquilla, un clip, cualquier cosa.

Se retorció hasta quedar contra los barrotes. —Revisa mis bolsillos. Tal vez haya algo...

Metí la mano a través de los barrotes y hurgué en sus bolsillos, pero no encontré nada. Hice lo mismo con sus botas.

—No hay nada —dije—. Mierda. No tendrás algo contigo, ¿verdad, pequeño? —Gustavo me miró parpadeando, sus ojos marrones hinchados de tanto llorar. Se retorció y se frotó la cara con sus diminutos puños.

Bau y yo nos sentamos espalda con espalda contra los barrotes, frustrados y desanimados.

—Bueno, supongo que esta es una forma de poner a Los Llanos en el ojo internacional — murmuré, y Bau se rio.

Todo lo que podíamos hacer era esperar. Nos sentamos y observamos cómo los hombres bebían y consumían cocaína mientras la luz del día se desvanecía. Disparaban sus armas hacia la selva para entretenerse, derribando ramas con las balas. Al anochecer, llegó un camión con otro jaguar enjaulado y varias jaulas pequeñas llenas de loros. Trajeron las jaulas cerca de donde estábamos, tomándose un momento para atormentarnos golpeando los cañones de sus rifles contra los barrotes.

Encendieron una hoguera dentro de un bidón de metal y abrieron cajas llenas de botellas de licor. Vi cómo uno de ellos iba por ahí tomando fotos de sus compañeros con mi cámara. Un poco más tarde, estalló una pelea entre dos hombres. Se pusieron de pie, gritándose obscenidades. Los puños chocaban contra las mandíbulas. El hombre con mi cámara se reía y tomaba fotos de la pelea. Uno de ellos sacó un cuchillo, dando tajos salvajemente. El otro esquivó y lanzó un brutal uppercut que desarmó a su oponente y lo envió de espaldas justo frente a mi jaula, dejándolo inconsciente. Todos se rieron y volvieron a lo que estaban haciendo, ignorando su cuerpo inerte.

Permaneció allí durante unos quince minutos antes de volver en sí. Se levantó con un gemido y se sacudió las enormes hormigas que se arrastraban por su chaleco táctico y pantalones. Luego recuperó y envainó su cuchillo y regresó a la hoguera, donde fue recibido por el mismo tipo que lo había dejado fuera de combate.

El hombre con el arco recurvo mató un jabalí, y lo cocinaron sobre el fuego abierto, torturándonos a Bau y a mí con el increíble olor a cerdo asado. El jefe se acercó a mi jaula y se puso en cuclillas. Metió la mano entre los barrotes y colocó el biberón de Gustavo en el suelo.

—Yo también tengo uno pequeño —dijo—. Un poco mayor. —Se rio para sí mismo—. Fue estúpido de tu parte traer a tu hijo aquí. ¿Pensaste que esto sería unas vacaciones? Ridículo.

No dije nada, fingiendo no entender. Dio un golpecito al biberón y se puso de pie.

—¿Y nosotros? —preguntó Bau.

—¿Ustedes qué? Compartan esa botella, si tienen hambre. No recibirán nada.

—Cabrón —refunfuñó Bau.

Alimenté a Gustavo, ignorando mis propios retortijones de hambre. Podía aguantar. Más tarde, para mi sorpresa, el jefe regresó y dejó un plato de intestinos de jabalí a la parrilla y un cuenco de agua. Bau y yo lo compartimos, devorándolo todo en segundos.

Improvisé una cama lo más cómoda posible para Gustavo usando mi camiseta, y luego apoyé mi espalda desnuda contra los barrotes. Bau hizo lo mismo. Pasó sus manos a través de los espacios y tomó las mías. Nos sentamos allí, espalda con espalda, agarrándonos las manos para consolarnos. Los bandidos empezaban a desmayarse lentamente alrededor del fuego, con solo unos pocos hombres borrachos vigilando.

—Si salimos vivos de esta —dijo Bau—, te vendrás a casa conmigo.

—¿Ah, sí?

—Joder, claro que sí. Esta vez no tienes elección, amigo. De verdad que no te voy a dejar ir esta vez. No cuando acabo de recuperarte.

Después de unas horas, la luna estaba alta en el cielo y el campamento en silencio. Dos hombres se sentaban junto a la hoguera menguante, de espaldas a nosotros. Solté las manos de Bau y me arrastré sobre mis manos y rodillas pasando junto a Gustavo, que dormía sobre mi camiseta. Revisé los bordes de la jaula, buscando algo que pudiera usar como herramienta para romper el

candado. Probé cada tornillo, girándolos hasta que las yemas de mis dedos estaban en carne viva, pero ninguno cedía.

—¿Alguna suerte? —murmuró Bau.

—Todavía no —dije, tumbándome boca abajo para inspeccionar las costuras inferiores de la jaula.

Vamos, pensé. Encontré un tornillo que giraba libremente en su encaje e intenté aflojarlo, tratando de averiguar cómo sacarlo. Lo arañé y forcé, pero la maldita cosa no salía. Mis dedos sangraban. Me dejé caer hacia atrás, frustrado. Tenía que haber una manera de-

Un movimiento en la selva captó mi atención. Miré hacia arriba y observé fijamente la oscuridad. Las siluetas se definieron, iluminadas por la luz de la luna. Fue entonces cuando lo vi. Deslizándose entre las hojas y los helechos, apenas visible, había un pequeño gato gris con manchas marrones. Sus ojos ámbar brillaron en la oscuridad, fijos en alguna presa que yo no podía ver.

—Dios mío —susurré—. Bau. Oye.

—¿Encontraste algo?

—Mira. A las diez en punto desde mi posición, en la selva. Está ahí. El gato de la selva de los Llanos.

Se dio la vuelta y pegó la cara a los barrotes, entrecerrando los ojos. —Maldita sea. Lo veo.

Me reí suavemente. —Hijo de puta.

Un ratoncito corrió por el suelo y el gato saltó sobre él, atrapándolo entre sus patas. Tomó la cola del roedor en su boca, miró alrededor con sus enormes ojos y luego se internó de un salto en la selva.

Desapareció, así sin más.

Me quedé mirando asombrado, más que nada. Lo logramos. Sin foto, pero realmente vimos la maldita cosa.

—Mierda —dije, apoyándome en los barrotes—. Qué puto desastre, Bau.

Él gruñó. —Valió la pena.

Mis ojos bajaron desde donde había estado el gato y se posaron en algo en la tierra, brillando bajo la luz de la luna. Me incorporé. No puede ser. Inmediatamente me olvidé del gato. Había un maldito clip para papeles tirado en el suelo donde el tipo había caído durante la pelea. Debí habersele caído del bolsillo. Me arrastré hacia adelante y extendí el brazo lo más que pude.

—¿Qué es? —siseó Bau.

—Un clip. Justo ahí —dije, esforzándome—. ¡Mierda! No lo alcanzo.

—Las botas, usa tus putas botas.

Rápidamente me desaté y me quité la bota. Me dio el alcance justo para arrastrar el clip hacia la jaula. Lo recogí. La libertad en la punta de mis dedos.

—Joder, sí —respiré.

Lo desplegué y luego lo partí en dos. Usé mis dientes para doblar un extremo en forma de onda y el otro en forma de L. Bau metió sus manos a través de los barrotes y me puse manos a la obra.

—¿De verdad puedes abrir estas con eso? —preguntó.

Las esposas hicieron clic y se cayeron de sus muñecas.

—Sí —dije, sonriendo.

Él extendió la mano y agarró mi cara. —Te amo, joder. —Me atrajo hacia él y me besó.

—Bien. Ahora la jaula. Un candado va a ser mucho más difícil, pero puedo hacerlo.

—Con cuidado —dijo Bau—. Te cubriré las espaldas.

Introduje el alambre en forma de L en el candado que colgaba de la esquina de la jaula y luego inserté la otra varilla, moviéndola suavemente hacia adelante y hacia atrás. Con mis dedos hechos un desastre por intentar quitar los tornillos, era mucho más difícil reunir la destreza necesaria para mover los pines dentro del candado, pero era bueno en esto. Había pasado años en la calle cuando era adolescente. No era la época más orgullosa de mi vida, pero había obtenido mucha práctica en entradas forzadas discretas.

Apliqué presión cuidadosamente, girando ligeramente el candado mientras sentía los pines moverse a su lugar. Luego los sentí caer de nuevo, dejándome en el punto de partida. Mis malditos dedos. Era tan difícil sentir algo. Mi cara estaba empapada de sudor.

Entonces, en uno de los momentos más gratificantes de mi vida, el candado se abrió con un fuerte clic.

BAUTISTA

Casi amanecía cuando Ryan logró abrir el candado. Resistí el impulso de gritar de emoción. Los dos guardias sentados junto al fuego estaban medio dormidos, aún de espaldas a nosotros, pero quién sabía cuánto duraría eso.

Ryan abrió cuidadosamente la jaula y se puso a trabajar en la mía. El candado cedió unos minutos después. Lo agarré y lo atraje hacia mí, abrazándolo con fuerza. Se sentía increíble tenerlo entre mis brazos, porque había aceptado la posibilidad de no poder hacerlo de nuevo.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —susurró—. ¿Robamos una camioneta?

—No veo otra forma. Si nos persiguen, no llegaremos lejos a pie, no con Gustavo.

—Entonces robamos una puta camioneta.

Ryan tomó a Gustavo e improvisó un portabebés con su camiseta, atando al bebé dormido a su pecho.

—Espera. Tengo que hacer algo —Ryan corrió hacia la jaula del jaguar y manipuló el candado.

—Vamos, no tenemos tiempo para esto.

—Solo un segundo. Ya conozco los candados —Se abrió con un clic. Fue a las jaulas restantes y las abrió rápidamente, dejando las puertas ligeramente entreabiertas—. Bien. Salgamos de una puta vez de aquí.

Nos escabullimos silenciosamente pasando el campamento principal, donde una parte de la pandilla dormía alrededor de la fogata.

—Ve a la camioneta —susurré, señalando hacia una Toyota verde—. Te veré allí.

—¿Qué vas a hacer?

—Necesito un arma. Si queremos tener una oportunidad de salir de aquí, necesito algo para defendernos.

—De acuerdo. Date prisa.

Sobre una mesa justo frente al fuego estaban los contenidos de nuestras mochilas, incluida la cámara de Ryan. Al lado había un arco de caza y un carcaj con varias flechas. No era lo ideal, pero justo más allá de todas esas cosas, uno de los bandidos estaba desmayado en una silla con su AK-47 a sus pies. Bingo.

Me acerqué, moviéndome silenciosamente detrás de la cobertura. Llegué a la mesa y rápidamente agarré la cámara de Ryan, colgándomela al cuello. Estaba a punto de ir por el rifle, cuando se oyó un grito.

—¿Qué carajo estás haciendo?

Me giré. Cerca del coche, Ryan tenía las manos en alto. Uno de los hombres debía haber estado durmiendo en la caja de la camioneta. Estaba de pie y apuntaba con una pistola directamente a la

cara de Ryan. Gustavo empezó a llorar.

No dudé. Tomé el potente arco de caza de la mesa, tensé una flecha y la solté. Silbó silenciosamente por el aire y alcanzó al hombre directamente en el cuello. Este era un arco diseñado para derribar enormes jabalíes salvajes, con setenta libras de fuerza de tensión detrás de esa flecha. El hombre salió volando del extremo de la camioneta como si hubiera sido golpeado por la mano de Dios.

El campamento estaba despierto. Me lancé a cubierto y disparé otra flecha a un hombre que había estado durmiendo contra un árbol. Intentó agarrar su rifle pero se encontró con el brazo clavado al tronco. Gritó y agarró el astil, tratando con todas sus fuerzas de sacarlo. Tensé otra flecha y puse fin a su miseria.

Los otros dispararon sus armas contra mí. Se escucharon disparos desde la dirección de las camionetas, y vi a Ryan disparando con la pistola del hombre caído. Alcanzó a dos hombres en el pecho, derribándolos. Luego se oyó un grito desgarrador. Los hombres se giraron confundidos y se encontraron frente a las garras de dos jaguares enfurecidos. Los animales se habían dado cuenta de que estaban libres y estaban causando estragos. Un hombre se agarraba lo que solía ser su garganta mientras el jaguar pasaba sobre él, con los colmillos goteando sangre. Me abalancé hacia adelante, aprovechando el pandemónium, y agarré una enorme ametralladora M249 con cargador de tambor del suelo mientras corría hacia Ryan.

—Gracias por salvarme —dijo.

—Cuando quieras. Agáchate y cúbrele los oídos —Coloqué la ametralladora en la caja de la camioneta, desplegando el bípode. Apreté los dientes y presioné el gatillo.

La oscuridad del amanecer en el bosque se iluminó con los relámpagos y truenos que salían del extremo de la ametralladora. Esta era un arma que solo uno o dos hombres en un escuadrón llevaban, destinada a proporcionar fuego de cobertura y suprimir al enemigo con una tormenta de balas. Docenas de casquillos vacíos repiqueteaban en la caja de la camioneta mientras vaciaba todo el tambor. Los hombres se lanzaban a cubierto, tratando de escapar tanto del fuego como

del jaguar enfurecido.

El humo se elevaba del cañón al rojo vivo y arrojé el arma vacía —¡Larguémonos de aquí! —
Abrí de un tirón la puerta de la camioneta y Ryan subió.

Sentí el frío acero presionado contra la parte posterior de mi cabeza.

—No, no, no, no. No irás a ninguna parte, hombre del ejército.

—Ah, mierda —gruñí. Ryan me miró con ojos grandes y asustados. Odiaba verlo tan
atemorizado. No estaba acostumbrado a verlo con miedo.

—Debí haber sabido que me estabas engañando. Debí haberte matado en ese momento. Date la
vuelta para que pueda ver tu cara cuando te dispare.

Ryan negó con la cabeza, suplicando con la mirada. Le sonreí. Luego, lentamente, me di la
vuelta.

El jefe presionó su pistola contra mi frente, su dedo moviéndose hacia el gatillo. Me preparé.

Entonces, el sonido amortiguado de un helicóptero retumbó a través del dosel abierto de la selva.
Él miró hacia arriba, sorprendido. Su arma vaciló. Me lancé con la mano, agarrando el cañón y
tirando de él hacia un lado, alejándolo de mi cara. La pólvora salpicó mi mejilla cuando se
disparó con un estruendo ensordecedor, y sentí un dolor ardiente en mi hombro izquierdo. Le
arrebaté el arma de las manos y me abalancé sobre él, golpeándolo en el pecho con el codo.
Tropezó hacia atrás pero se mantuvo en pie, sacando un pequeño revólver que tenía escondido en
la parte trasera de sus pantalones. En el momento exacto en que lo levantó para disparar, el arma
explotó en su mano y cayó al suelo, convertida ahora en un trozo de metal retorcido e
irreconocible.

—Yo no haría eso de nuevo si fuera tú —gritó una voz familiar a través de un megáfono.

Un helicóptero zumbó sobre nuestras cabezas y descendió sobre los árboles, sacudiéndolos violentamente con la fuerza de su aproximación. Su bahía lateral estaba abierta y vi a mi hermano Sylan posado en el costado, con su único ojo bueno mirando a través de la mira de su confiable rifle de francotirador, su cañón caliente y humeante.

Una sonrisa se extendió por mi rostro. La puta caballería había llegado.

—Haz cualquier movimiento en falso y tu cara será la siguiente, imbécil —dijo—. Y créeme, soy mucho mejor en esto que tú.

—Acaba de decir que te va a volar la cara —dije en español—. Creo que será mejor que te rindas.

Frunciendo el ceño, el jefe se dejó caer de rodillas y puso las manos detrás de la cabeza. El helicóptero se cernía sobre nosotros, y pude ver el logo de Synn Services estampado en su costado. Dos cuerdas negras se desenrollaron y golpearon el suelo, y un escuadrón de mis contratistas vestidos con equipo de combate completo descendió rápidamente hacia nosotros. Se precipitaron en el campamento con increíble precisión, sus uniformes completamente negros haciéndolos lucir tan temibles e intimidantes como un jaguar. No hubo resistencia. Todos los bandidos arrojaron sus armas y se pusieron de rodillas.

Un hombre que reconocí inmediatamente se acercó a nosotros. Era mi otro hermano, Virgil. Sonriendo, me envolvió en un abrazo.

—¿Qué pasó con la jubilación? —pregunté—. ¿Vinieron los dos?

—Bueno, nadie más estaba dispuesto a rescatar tu maldito trasero, hermano, y no íbamos a dejarte pudrir. Tu hombro está herido. Vamos, saquémoslos de aquí de una vez.

El jefe me miró. —¿No vas a matarme?

—Ve a casa con tu hijo —dije—. Estoy seguro de que extraña a su padre.

Virgil escoltó a Ryan, Gustavo y a mí hasta el helicóptero. Sylus me saludó con un gesto y chocamos los puños. Después de que el resto de los chicos subieran a bordo, nos elevamos en el aire, con la selva extendiéndose debajo de nosotros.

—Me alegro de que hayamos llegado a tiempo —dijo Sylus.

—Admítelo —le dije a Sylus—. Extrañabas un carajo sostener ese rifle.

Sylus sonrió. —¿Sabes qué? No tanto como pensé que lo haría. Y por cierto, ya está confirmado. Chris y yo estamos comprometidos.

—¿En serio? ¡Felicidades! —Hice una mueca mientras uno de mis hombres me ayudaba a acostarme en una camilla, y me cortaron la camisa para curar la herida.

Ryan tomó mi mano y la besó. Gustavo, aún atado a su pecho, miraba asombrado a todos los hombres con su equipo, con sus grandes cascos y pasamontañas.

—Chicos —les dije a mis hermanos—. Este es Ryan.

La vida en el campo de batalla tenía una forma de unir a los hombres en un vínculo totalmente inimaginable para aquellos que nunca lo han experimentado. Lo que sentía por Ryan nació de la misteriosa semilla de la que surgían todos los romances, una conexión inexplicable de atracción química y cualquier otra cosa que pudieras usar para explicarlo. Pero mi amor por él se forjó en el fuego de lo que habíamos vivido juntos. Habíamos sobrevivido a tanto, incluyendo la prueba

de siete años. ¿Cómo podía no sentir que era mi alma gemela?

Nos llevaron de urgencia a un hospital en el centro de Los Llanos donde me trataron por una herida de bala superficial en el hombro izquierdo y laceraciones en la mejilla. Ryan, a pesar de estar ligeramente deshidratado, estaba bien. Gustavo fue puesto en observación en la sala de pediatría, y Ryan hizo una llamada a Gianna para pedirle que buscara a sus padres en el campamento de desplazados internos.

—¿Estás bien, hermano? —preguntó Virgil—. ¿Hay algo que podamos hacer antes de irnos?

Me incorporé en la cama del hospital, con el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Podéis darle un abrazo a vuestro hermano mayor —dije, y ambos se acercaron y me envolvieron en un gran abrazo de oso—. Os veré a los dos en casa muy pronto.

Ryan estaba apoyado contra la pared y les estrechó la mano cuando se marcharon.

—Un placer conocerte por fin —dijo Sylus.

Cuando se fueron, Ryan cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama del hospital. Me estudió con sus ojos grises y deslizó su mano en la mía. Le devolví la mirada, absorbiendo la visión de su hermoso rostro. Me había rozado con la muerte muchas veces en mi vida, pero nunca había estado más agradecido de estar vivo que en este momento.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como si me hubieran disparado en el puto hombro. Pero bastante bien, por lo demás.

—Bien. Entonces... supongo que esto se lleva el premio al peor trabajo que has tenido, ¿no?

—Oh, está entre los peores —dije, y nos reímos—. Si fuera la única manera de conocerte, lo haría de nuevo. Sin dudarlo.

—Estás loco.

—Sí. Pensé que ya lo sabías. Estoy completamente loco, y tú también. Por eso te amo. —Agarré su brazo y lo acerqué—. Por eso no puedo tener suficiente de ti.

Lo besé, deslizando mi brazo bueno alrededor de su nuca. Él se subió encima de mí, a horcajadas sobre mis caderas. La cama del hospital, una vieja cosa de metal, crujió con el peso adicional.

—¿Qué pasa cuando se acabe la locura? —preguntó, subiendo las palmas por mi pecho, levantando lentamente la bata del hospital.

—La locura no se va a acabar. Siempre voy a estar loco por ti.

Bajó sus labios a mis pezones y los rodeó con su lengua. Luego plantó besos por todo mi pecho, su barba incipiente haciéndome cosquillas en la piel. La sangre se precipitó hacia mi polla.

—¿Aún estás preocupado? —pregunté, acercando su frente a la mía—. ¿De que me vaya a ir?

Su mano vagó hacia abajo y encontró su objetivo. Sus dedos rodearon mi erección, apretándola firmemente en su puño. Gemí suavemente, relajándome en su toque.

Los temores de Ryan se mostraron fácilmente en su rostro por un momento.

—No estoy acostumbrado a esto, Bau. No estoy acostumbrado a esto en absoluto.

Volvió a bajar su cara, besando desde mi pecho hasta mi ombligo mientras acariciaba y frotaba mi polla. Luego abrió su boca y me tomó dentro, tragándome.

—Sé por qué lo hiciste —dije, pasando mi mano por su pelo, tirando de él más profundamente sobre mi polla—. Te fuiste porque no querías que te rompieran el corazón. Querías tener la última palabra.

Lo solté y él salió jadeando por aire, su saliva goteando de sus labios sobre mi polla. Me tomó dentro de nuevo, engulléndome en su garganta. Agarré su brazo, tirando de él de vuelta a mis labios. Lo besé y, usando una mano, desabroché su cinturón y abrí el frente de sus pantalones. Me ayudó a quitárselos, y pronto estuvo desnudo de cintura para abajo, su polla erguida y dura. Se puso a horcajadas sobre mí, nuestras pollas presionando fuertemente juntas. Las agarré ambas en mi mano y las acaricié al unísono.

—La cagué —susurró—. No sabía cómo lidiar con toda esa mierda. Lo siento.

—Deja de disculparte —gruñí, acariciándonos más fuerte—. Pasó. Está detrás de nosotros. Estamos juntos ahora. Y no me voy a ir a ninguna parte. Han pasado casi diez años y aún no he dejado de amarte, así que no sé qué otra prueba necesitas.

Ryan giró su cuerpo para que pudiera saborear su polla mientras él chupaba la mía. Arrastré mi lengua por su eje y la giré alrededor de sus bolas, chupándolas y acariciándolas con mis labios. Luego separé su culo y pasé mi lengua por su agujero. Todo su cuerpo se estremeció y sentí sus gemidos en mi polla. Lo tomé dentro, satisfaciendo finalmente un deseo de siete años por el sabor de su polla.

Me acariciaba mientras prestaba atención a mis bolas, sacándome pequeños estremecimientos de placer con cada movimiento de su lengua. Ryan sabía exactamente cómo volverme loco. Mi cabeza daba vueltas, apenas capaz de funcionar con lo que me estaba haciendo. Lamí y sondeé su

agujero y ordeñé su polla con todo lo que tenía.

Entonces Ryan se movió de encima de mí. Se quitó la camiseta y la arrojó a un lado. Lo observé mientras se deslizaba fuera de la cama y caminaba hacia el mostrador al otro lado de la habitación. Abrió uno de los cajones y sacó un frasco con dosificador de lubricante, dispensando un poco en su palma. Regresó y untó mi miembro con el gel frío. Luego se agachó sobre mí y llevó mi pene a su entrada. Me miró a los ojos mientras se bajaba. Gemí cuando mi miembro empujó hacia adentro. Sentí su calidez envolviéndome mientras bajaba más y más, tomándome más profundo hasta que estuve completamente dentro hasta la base. Su pene se flexionó y se tensó, y lo tomé con mi mano, acariciándolo mientras se mecía arriba y abajo sobre mi longitud.

Agarré su brazo con mi mano, moviendo mis caderas para igualar sus movimientos. El armazón de la cama crujía ruidosamente, como si estuviera a punto de colapsar sobre el suelo. Me estaba llevando al límite, completamente impotente para detener mi inminente clímax. Mis dedos de los pies se curvaron mientras cada músculo de mi cuerpo se tensaba. No pude evitar soltar un gemido atronador cuando mi miembro se hinchó y palpité dentro de Ryan, el orgasmo finalmente atravesándome.

No dejé de acariciarlo, y no pasó mucho tiempo antes de que él también se corriera. Lo sentí pulsando a través de su pene, pequeños espasmos de placer que terminaron en una espesa carga de semen sobre mi pecho desnudo.

Nos quedamos allí, con los pechos agitados y brillantes de sudor mientras nos mirábamos a los ojos. No voy a ir a ninguna parte, pensé.

El ventilador de techo giraba perezosamente sobre nosotros. Una gota de sudor se deslizó por el pecho de Ryan y cayó sobre mi mano. De repente, la puerta se abrió de golpe y el doctor y dos enfermeras entraron apresuradamente. Nos vieron, se congelaron y luego retrocedieron lentamente fuera de la habitación.

—Lo siento —dijo el doctor—. Oímos el grito y pensamos... Lo siento.

Cerraron la puerta. Ryan y yo nos reímos. Se movió de encima de mí y cogió algunos pañuelos, y después de limpiarnos se acurrucó conmigo en la cama. Nos quedamos juntos en silencio pensativo. No podía quitarme la sensación de que todavía no había logrado convencerlo y que simplemente iba a desaparecer de nuevo.

El teléfono celular de Ryan sonó. Se levantó para contestarlo, y yo me incorporé.

—Hola, Gianna, ¿qué pasa? —Hizo una pausa, escuchando—. Oh, Dios mío. Esas son noticias jodidamente geniales, Gianna. Sí, gracias. Vale, hablamos luego. —Se volvió hacia mí—. Los padres de Gustavo. Los encontré.

RYAN

Bau y yo observamos desde la ventana cómo los padres de Gustavo se reunían con él en la sala de cuidados infantiles. La expresión de pura alegría en su carita cuando lo sacaron de la cuna fue algo que nunca olvidaría, al igual que las lágrimas de alivio de sus padres. No nos habíamos dado por vencidos con él, y ellos tampoco.

Algo definitivo cambió dentro de mí en ese momento. Me sentí aún más seguro de mi propósito aquí, y me di cuenta de que no había fallado en mi misión en absoluto. Tenía la historia justo frente a mí; todo lo que necesitaba era terminarla.

La gente sí se preocupaba por la preciosa luz que era la vida humana, pero yo había cerrado los ojos a ese bien hace mucho tiempo. Me había decidido entonces, pero ahora me daba cuenta de que estaba listo para echar otro vistazo. Tenía a Bau. Y siempre lo había tenido.

Los padres de Gustavo nos agradecieron, y rechazamos sus ofertas de dinero, regalos y todo lo demás que intentaron darnos. Lo habíamos hecho por Gustavo, sin otra razón que asegurarnos de que ese pequeño bebé pudiera crecer y vivir su vida. Cuando salieron del hospital con él en brazos, lo vi mirándonos. Le saludé con la mano, sintiendo una punzada de anhelo en mi corazón. Se rio e imitó mi gesto agitando sus bracitos en el aire, y luego se dio la vuelta.

No era mi hijo. Pero era inevitable no sentir que lo estaba perdiendo después de todo lo que habíamos pasado. Podía ver que Bau sentía lo mismo.

—Estará bien —dijo Bau.

—Me alegro de que todo haya salido bien. Pero hay una parte de mí que esperaba poder adoptarlo.

Me miró sorprendido.

—Ya sé, es una locura —dije.

—¿Quieres adoptar a un niño?

Me encogí de hombros. —Tal vez sería mejor padre de lo que me había dado crédito.

Bau se quedó en el hospital un día más. Pasé tiempo con Gianna reorganizándome, preparándome para el nuevo proyecto que iba a emprender. Había regresado de la jungla sin más que un recuerdo del gato de los Llanos, pero tenía una cámara llena de fotos de la expedición y las luchas que habíamos atravesado para salvar la vida de Gustavo.

Ayudé a Bau a vestirse mientras se preparaba para salir del hospital. —El señor Castillo se ofreció a llevarnos a casa en avión —dijo, abotonándose la camisa frente al espejo—. Jet privado directo a Nueva York. Tomaré otro avión de regreso a Los Ángeles desde allí, pero pensé en quedarme contigo un tiempo para que podamos resolver las cosas. ¿Verdad?

Sonreí. —Todavía no, Bau.

—¿Todavía no?

—Me voy a quedar. Voy a documentar a la gente de aquí, lo que está pasando con los campamentos y la destrucción de los pueblos. Quiero contar la historia de Gustavo. Con suerte, podrá cambiar las vidas y las mentes de las personas, como lo hicieron conmigo. —Deslicé mi

brazo alrededor de su cintura—. Pero no te preocupes, no estaré fuera por mucho tiempo. Estaré justo detrás de ti.

Se rio. —Bueno... al menos esta vez me estás avisando con tiempo.

—Hablo en serio. No voy a ir a ninguna parte.

—Tal vez debería quedarme.

—Necesito terminar esto por mi cuenta. Y tú necesitas volver a casa y recuperarte para que puedas volver al trabajo. Pero cuando todo esto termine... te veré en Los Ángeles. —Tomé su rostro entre mis manos y lo besé—. Lo prometo.

Escrutó mis ojos y asintió. No pude decir si me creía o no.

Esa noche, observé desde la ventana del aeropuerto cómo su jet privado rugía por la pista y se elevaba en el aire. Sentí un desgarró en el pecho —la misma sensación que tuve cuando abordé el avión de transporte que me alejó de él la primera vez— y supe que necesitaba estar con él.

Pasé el mes siguiente fotografiando y entrevistando a personas dentro del campamento, así como buscando entrevistas con funcionarios del gobierno sobre la falta de respuesta a los desastres. Me sumergí más profundamente en el trabajo de lo normal, porque era la única forma en que podía obtener algo de alivio de lo mucho que extrañaba a Bau.

Bau era el tipo de hombre que nunca abandonaría a las personas que amaba. No, era el tipo que nunca abandonaría a nadie que necesitara ayuda. Por primera vez en mi vida, sabía que estaba a salvo. Y quería convertirme en ese tipo de persona también. Sabía sin duda alguna que él y yo nos íbamos a casar, y que íbamos a formar una familia. ¿Qué mejor manera de sanar las heridas del pasado que proporcionar un futuro mejor para mi propio hijo? ¿Para todos los niños que pudiera?

No me iba a rendir todavía. Estaba listo para seguir adelante y hacer todo lo posible por traer un poco más de esperanza a este mundo, para romper las maldiciones que me habían atado durante toda mi vida. Y lo haría con mi hombre a mi lado.

EPÍLOGO

BAUTISTA

La decisión fue simple: la primera boda de los hermanos Synn se celebraría en el rancho familiar. Debido al estatus de celebridad de Chris, él y Sylus querían evitar cualquier intrusión no deseada en su día especial. No iba a permitir que eso sucediera: ya había planeado tener a mis mejores guardaespaldas trabajando en el evento para asegurarme de que ningún paparazzi atrevido se aventurara demasiado en la propiedad.

Los tres pasamos el día con el organizador de bodas repasando algunos arreglos logísticos finales. En el área detrás del granero, había un gran campo cubierto de maleza que paisajearíamos y usaríamos para la ceremonia. Haríamos construir una gran carpa para la recepción, y todos los árboles en el huerto que rodeaba el área estarían adornados con luces brillantes de hadas. Chris tenía a uno de sus amigos, un chef famoso, listo para encargarse de la cocina esa noche.

Después de que el organizador de bodas se fue, nos sentamos en el porche delantero y bebimos té dulce que Sylus había preparado. Chris sacó su guitarra acústica y tocó algo de música mientras veíamos el sol ponerse sobre el rancho.

—¿Has sabido algo de él? —preguntó Sylus.

—Un mensaje aquí y allá —dije—. El hombre está ocupado. Lo entiendo.

—¿No te preocupa que él...

—¿No vaya a volver?

—Sí.

Negué con la cabeza. —Volverá.

Pasaron un par de semanas, durante las cuales recibí alguna que otra llamada con estática de teléfono satelital de Ryan, aún en Los Llanos, solo para asegurarse de que supiera que estaba vivo. Nunca le pregunté cuándo volvería, en parte porque no quería interferir en su trabajo, pero más porque temía recibir una respuesta que no querría escuchar.

Intenté poner mis pensamientos en otra parte, lo cual era prácticamente imposible. No tenía contratos abiertos por un tiempo, así que estaba atrapado solo en casa sin nada que hacer excepto trabajar en mi proyecto de coche y pensar en Los Llanos.

Gustavo también estaba mucho en mi mente. Me preguntaba qué sería de él, si estaba bien, si estaba a salvo o hambriento. Ryan inició un fondo de ayuda para Los Llanos al que doné la mitad de mis ganancias del contrato Castillo, pero deseaba poder hacer más para ayudar a Gustavo. Después de servir en el Ejército durante tanto tiempo, uno pensaría que desarrollarían una forma de lidiar con esas situaciones, pero nunca sucedió. Siempre era igual de desgarrador. Me encontré queriendo volver allí, no solo para estar con Ryan sino para ofrecer mis servicios. Sentía que estaba perdiendo el tiempo aquí, sentado esperando a que mi maldito brazo sanara.

Era una tarde cálida, un clima perfecto para trabajar en un motor. Me quedé solo con los vaqueros, disfrutando de una refrescante brisa que llegaba desde las colinas, haciendo susurrar las hojas y levantando pequeños remolinos de polvo del camino de grava. Me incliné sobre el capó abierto del Plymouth Duster y metí la mano con mi llave dinamométrica. Llevaba un par de años restaurando este coche, uno de los favoritos de papá. 1976, V8, un hermoso azul eléctrico.

Capté el sonido de un vehículo subiendo por el camino hacia la propiedad. Revisé mi teléfono móvil. No había llamadas perdidas. No esperaba a nadie, y Sylus y Chris no estaban en casa.

Dejé la llave de vuelta en su bandeja y me limpié la grasa de las manos con un trapo sucio que llevaba sobre el hombro. El misterioso vehículo serpenteó hasta la entrada, un SUV de alquiler, e inmediatamente reconocí quién estaba al volante. Casi no lo creí, pensando que mi mente estaba conjurando las cosas que quería ver. Pero no, realmente era él.

Aparcó junto al Duster y abrió la puerta de golpe. Antes de que pudiera llegar a él, me detuvieron dos borrones de pelo que saltaron sobre su regazo. Rebotaron y pusieron sus patas sobre mí, casi derribándome. Eran los dos perros del vecindario de Gianna. Gimoteaban felices, saltando arriba y abajo sobre sus patas traseras, con sus colas moviéndose a mil por hora.

—Hola, chicos —dije, riendo mientras me lamían las manos y la cara.

—Sorpresa —dijo Ryan, saliendo—. Espero que tengas suficiente espacio por aquí para unos cuantos callejeros.

Lo rodeé con mis brazos y simplemente lo abracé tan fuerte como pude, sintiendo la realidad de su cuerpo contra el mío. Realmente estaba aquí.

—Sabía que aparecerías en mi puerta eventualmente —le dije—. Te he estado esperando.

Caminamos de vuelta al granero, los perros siguiéndonos. Junto con su maleta, Ryan llevaba un gran maletín de portafolio que dejó sobre mi mesa de la cocina. De él sacó una carpeta negra, que me entregó. En el frente había una simple etiqueta que decía: "Proyecto Los Llanos".

—Estas impresiones son para ti —me dijo, y abrí la carpeta. Dentro había página tras página de fotografías impresionantes. Había una de mí sentado en el capó del Isuzu, con el rifle sobre mi regazo. Una del viejo granjero de mangos que nos había dado indicaciones. Una de mí acunando a Gustavo en mis brazos.

Miré a Ryan y sonreí. —Estas son increíbles.

Había fotos del campamento de los cazadores furtivos; imágenes viscerales de un lugar que nadie había visto antes, así como fotos del campo de refugiados.

—Ya he recibido algunas ofertas importantes por el trabajo —dijo Ryan—. La historia de Gustavo se está dando a conocer. La gente está escuchando sobre ella.

—¿Lo viste en algún momento?

Ryan asintió y deslizó su mano sobre mi muslo.

—Ahora está a salvo. El fondo ayudó a reubicar a su familia en la ciudad.

—Bien.

Metió la mano en la caja y sacó otra foto grande.

—Tengo una cosa más que darte.

Era una foto en blanco y negro mía en Irak, tomada desde un dramático ángulo bajo mientras disparaba mi rifle a algún objetivo fuera del encuadre. Decir que era una imagen impactante era quedarse corto. Era el tipo de foto que podía dejarte paralizado.

—Hostia —dije—. ¿Cuándo tomaste esto?

—Después de que me derribara una explosión. Corriste a salvarme. No tienes idea de cuántos premios ha ganado esta foto. De hecho, tengo esta fotografía colgada en mi dormitorio.

—¿Tu dormitorio?

—Supongo que no pude olvidarte, después de todo.

Tomé su mano, apoyándome contra el lado de la mesa de la cocina, y él lentamente relajó su cuerpo contra el mío. Lo rodeé con mi brazo bueno, abrazándolo con fuerza. Él me devolvió el abrazo y apoyó su mejilla contra mi cuello. Ambos estábamos listos para dejar ir el pasado. No todas las preguntas habían sido respondidas, y no todos los problemas se habían resuelto. Siempre llevaríamos esos demonios con nosotros. Pero al menos, estábamos listos para avanzar juntos hacia el futuro.

Ahora, finalmente, mi búsqueda había terminado.

POSTFACIO



¡Muchas gracias por leer Bajo Su Vigilancia! Si te gustó este libro, ¡por favor considera dejar una [calificación con estrellas](#)! ¡Solo toma un segundo y ayuda enormemente!

Nota para los lectores: Si compras una copia de este libro, recibirás gratuitamente todas las actualizaciones importantes sobre formato, edición y traducción. Estas actualizaciones se enviarán automáticamente a tu Kindle. Para recibir notificaciones sobre las actualizaciones, [por favor suscríbete](#) a mi boletín por correo electrónico.



Serie Hermanos Synn

Sylus Synn - *En Su Mira*

Virgil Synn - *No Es Su Hombre*

Bautista Synn - *Bajo Su Vigilancia*